



**¿Desaparecer para ser vista?  
Consideraciones en torno a la intersección entre obesidad y género**

Requisito parcial para optar al título de

**Maestría en Estudios Culturales  
Facultad de Ciencias Sociales  
Pontificia Universidad Javeriana  
(2015)**

Ángela Marcell Cruz Parra  
Marta Cabrera- Directora

Yo, Ángela Marcell Cruz Parra, declaro que este trabajo de grado, elaborado como requisito parcial para obtener el título de Maestría en Estudios Culturales en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Javeriana es de mi entera autoría excepto en donde se indique lo contrario. Este documento no ha sido sometido para su calificación en ninguna otra institución académica.

Ángela Marcell Cruz Parra  
Febrero de 2015

*Me miro en un espejo  
y mi imagen no existe.*

*Me miro en un espejo que no existe  
y mi imagen existe.*

*La imagen crea el espejo  
el espejo es la imagen de la imagen.  
—Roberto Juarroz*

*I kill myself for my body.  
—Cher*

A mi madre, por ser la respuesta a la pregunta sobre cuánto puede un cuerpo, por enseñar todos los días con su ejemplo que la fuerza y la bondad no son mutuamente excluyentes.

A mi hijo Jacobo, por hacer de este trabajo y de esta vida mía, lugares de amor y calma.  
A Felipe, por alimentarme, amarme, cuidarme y empujarme a escribir cuando lo necesité.  
A mis hermanos Malú y Julián, que comen y no engordan, por su infundada admiración y su incondicional cariño.

A mi padre, por enseñarme que uno puede ser mil personas distintas a la vez, y que como dijo Whitman, yo contengo multitudes.

A Gabriela Sáenz, Lina Calle, Paula Vejarano, Camila Gallego, mil gracias, porque sin cada una de ustedes este trabajo nunca habría sido entregado.

A los profesores y amigos, Richard Tamayo, Javier Murillo, César Mario Gómez, Gustavo Chirolla, Esteban Durán, Roberto Suárez y Juan Fernando Mejía, por las conversaciones a través de las cuales este trabajo tuvo innumerables modificaciones.

A Virginia Mayer, Catalina Ruiz-Navarro y todas las demás personas que con sus testimonios y opiniones nutrieron este trabajo, y esta autora.

A Marta Cabrera, por su paciencia, su rigurosidad y su confianza en mi trabajo, mi gratitud y mi admiración por siempre.

## Tabla de contenidos

<b>Introducción</b>	<b>6</b>
<b>Capítulo 1</b>	
<b>La percepción de la normalidad del cuerpo y su relación con la obesidad como estigma contemporáneo</b>	<b>14</b>
1.1 Normal es a mujer como delgada es a...	21
1.2 No controles: medicalización y gobierno	24
1.3 El estigma de la obesidad: anormalidad, monstruosidad, discapacidad	39
<b>Capítulo 2</b>	
<b>La obesidad femenina y el estigma de la obesidad: consideraciones en torno a la intersección entre género y peso</b>	<b>49</b>
2.1 ¿Necesito que me hagan “sentir mujer”?	51
2.2 La letra escarlata: G de gorda	59
<b>Capítulo 3</b>	
<b>Gorda y transgresora: ni sinónimos ni antónimos</b>	<b>76</b>
3.1 Salir del clóset como gordas aún cuando no cabemos por la puerta	81
3.2 Más de mí para amar, ¿o más de mí para gastar?	83
3.3 Comerse el mundo o ser devorado por él: activismo gordo en español	89
<b>Conclusiones</b>	<b>104</b>
<b>Bibliografía</b>	<b>109</b>

## Introducción

A lo largo de los años he contemplado la idea de desaparecer totalmente como una forma de ser reconocida más allá de mi cuerpo, de esa materia en la que habito, pero que a la vez arrastro con todo su peso. Peso. En la medida en que la materia que compone a mi propio cuerpo es cuantificable he establecido rutinas que eviten el exceso de la misma a lo largo de los años. Tal vez la idea de “cargar” con un cuerpo en el que no estoy segura de sentirme cómoda y al cual a veces no reconozco como vocero de ese yo que creo que soy, es la que me ha llevado a contemplar la idea de eliminarlo. ¿Pero entonces cuál sería la evidencia de mi paso por la tierra? El único rastro posible de que alguna vez estuve es precisamente esa materia de la cual he renegado y que, sin embargo, es la que escribe hoy estas líneas. Que no hay nada más allá de este cuerpo parece una verdad innegable en la medida en que sólo a partir de la conciencia que de él tengo me es posible situarme, habitar, pero también, sentirme extranjera en cualquier territorio. Esta inadecuación es el germen del presente texto.

He sido gorda desde que nací, pero solo hasta que en un consultorio médico me dijeron que era “obesa”, tuve la sensación de que padecía a mi cuerpo, de que me resultaba una carga insostenible y que debía a toda costa librarme de él, de su exceso. Desde entonces empezó para mí una carrera desenfrenada en aras de reducirme al máximo, sin importar el tiempo, el dinero o el dolor que tuviera que invertir en el intento. Como profesional en Estudios Literarios, la escritura ha sido siempre para mí la mejor manera de expresar mis temores y de transformarlos en memorias que me recuerden el camino que he recorrido y las cosas que he aprendido a su paso.

Lo anterior explica el lugar desde el cual emprendo este recorrido por lo que significa la obesidad y sus implicaciones en mi vida personal, que es la recopilación de textos que he consignado en un diario personal a raíz de dos intervenciones médicas con el fin de adelgazar. En 2010, y posteriormente en 2014, me fue colocado un balón intragástrico con el fin de perder peso, lo que me llevó a reflexionar sobre las causas por las cuales el asunto del peso ha sido siempre problemático en mi vida y cómo este no se configura

solamente dentro del ámbito de la preocupación por mi salud. Me cuestiono entonces, a lo largo de este trabajo, si la cirugía bariátrica, y las demás formas de tratamiento para alcanzar “el peso ideal” son formas de tomar nuestra vida en nuestras propias manos o de sujetarnos a nuevas normas.

Es a raíz de lo anterior que el presente trabajo tiene como insumo principal la experiencia de mi propio cuerpo, el modo en que lo escribo y lo narro, la manera en que esas palabras me constituyen como sujeto.

### *Autoetnografía feminista y feminismo gordo*

Como señala Charlotte Brunch, citada por Susan Bordo, estoy convencida de que “no hay ningún dominio privado de la vida de una persona que no sea político y no hay ningún asunto político que no sea a fin de cuentas personal” (Bordo, 2001, 36), razón por la que este trabajo tiene como uno de sus insumos principales, mi experiencia. Hablo entonces de una propuesta de autoetnografía feminista, entendida esta como una aproximación a la investigación en la que se pretende analizar sistemáticamente la experiencia en orden de entender la cultura, y que adicionalmente se sitúa desde la posición estratégica de las mujeres para comprender su relación con los sistemas de gobierno androcentrados (Smailes, 2014). Desde esta perspectiva se postula, en primer lugar, un rechazo hacia la presunta neutralidad del observador, de manera que la implicación del investigador en su objeto de estudio se convierta en un recurso válido para la producción de conocimiento en la medida en que, al romperse la separación entre lo público y lo privado, se abran nuevas perspectivas de análisis sobre lo que se quiere conocer, en este caso, el cuerpo gordo, mi cuerpo gordo (Burman, 2006; Burns y Walker, 2005). Es así como el relato de mi propia experiencia y su análisis a la luz de las diferentes posturas teóricas con respecto a la obesidad, me permiten exponer las peculiaridades de ser “una mujer gorda en un mundo antigordo” (Smailes, 2014, 53).

De esta manera, el presente trabajo incorpora, a través de entradas del diario personal que he llevado en los últimos cuatro años, el proceso de re-aparición y resignificación de mi

propio cuerpo a la luz de mi relación con el estudio de la medicalización de la obesidad, su intersección con las categorías de género y las propuestas de un activismo gordo que surgen hoy en día en mi contexto geopolítico, es decir, en el caso de Hispanoamérica. Sin embargo, reconozco que estas propuestas, de emergencia reciente, tienen su asidero en el feminismo gordo norteamericano, que desde hace aproximadamente cuatro décadas, ha trabajado en la valoración del estigma de la obesidad y el pánico moral que este ha suscitado, debido en gran parte, a la patologización de la misma y su señalamiento como epidemia.

De esta manera, se analiza también la relación que existe entre la obesidad y el gobierno de los cuerpos en aras de su normalización, de manera que se pueda exponer cómo esta interacción hace parte de un continuado histórico en el que presunciones sobre la debilidad moral de los cuerpos gordos, y la relación entre voluptuosidad y lascivia, entre otras, terminan haciéndonos vulnerables y estableciendo una estratificación en la que unos cuerpos resultan ser más válidos que otros; es decir, un panorama en que los cuerpos esbeltos y en buena condición física se establecen como un símbolo del “dominio viril sobre los deseos corporales que son experimentados continuamente amenazando con tomar el control del ser”. (Bordo, 2001, 25).

En mi caso, el relato de esta experiencia no puede pretenderse generalizante ni reivindicador dado que, como primer resultado del ejercicio de investigación, es la propia postura del investigador como alguien ubicado en una experiencia singular de clase social, raza y género, la que se pone en cuestión y está sujeta a transformaciones con las que se debe dialogar. Es así como la elección de las entradas de diario presentes en esta tesis tiene como objetivo mostrar el proceso de transformación de mi propia mirada con respecto no solo a mi cuerpo sino a las consideraciones teóricas sobre la obesidad a las que he recurrido. En este punto, considero pertinente volver la mirada hacia el sentir, pues como señalaba Silvia Citro en una entrevista personal: “Cada vez hay una mayor predisposición a volver sobre el cuerpo, bien sea desde lo disciplinar, como el fitness, o alternativamente como el vegetarianismo, la meditación, que nos llevan a vivir el cuerpo más allá de la imagen, sino a través de la sensación. Entonces se está dando una

preocupación muy fuerte hacia cómo me ven los otros, pero también hacia como siento mi cuerpo” (Citro, 2014, en línea).

Dado lo anterior, es posible considerar cómo al desdibujarse la barrera entre lo privado y lo público en la investigación, estamos también acercándonos de manera más precisa a las nuevas formas de construcción de sí en las que el eje de la identidad se ha desplazado de la vida interior a la exposición ante la mirada de los otros: “nos apoyamos en la visibilidad para construir lo que somos, no es casual que haya pantallas por todos lados y la mirada del otro es fundamental porque está en la capacidad de juzgar. De la mirada del otro irradia la verdad sobre lo que somos, más que de adentro de cada uno” (Sibilia, 2014, en línea).

Por otra parte, este tipo de investigación basada en la propia experiencia permite cuestionar las mismas dicotomías desde las cuales nos hemos definido y podría tener redundancia política en las prácticas de la cotidianidad en la medida en que nos permite analizar de manera más profunda a los sujetos e individuos, los procesos de construcción de sí, sin que estos sean abstraídos del entorno social sino que mas bien sirvan para identificar las transformaciones que este requiere para convertirlo en uno más justo e igualitario (Esteban, 2008).

### ***Los Estudios Culturales***

Precisamente, la politización de la teoría, propia de los Estudios Culturales, va en la dirección de la transformación de las prácticas culturales mismas y es desde allí donde se puede militar en pos de una transformación de aquellos conceptos que hemos internalizado y que nos han convertido en sujetos vulnerables. Es así como la consideración conjunta de las teorías de gobierno, los procesos de medicalización, la configuración de nuevas formas de segregación y las respuestas a las mismas desde el activismo, nos puede dar luces sobre el panorama en el cual estos cuerpos dejan de ser construcciones en el lenguaje y trascienden el plano teórico. Así pues, esta voluntad política de los Estudios Culturales permite ajustar el enfoque teórico a la naturaleza

cambiante de los cuerpos y entender cuáles son las transformaciones por las que debemos trabajar en nuestro entorno para que estos cuerpos sean, indiscriminadamente.

Es precisamente en el carácter transdisciplinar de los Estudios Culturales donde puedo situarme para desarrollar la reflexión de este trabajo, dado que me permite combinar diferentes perspectivas desde las que el mismo objeto de estudio, la obesidad, ha sido abordado. Pero adicionalmente, esta transdisciplinariedad no solamente se encarga de conjugar diferentes aparatos teóricos sino además sus lugares de emergencia. En esta medida es útil considerar cómo las prácticas y los movimientos surgidos en otros contextos geopolíticos —como en el caso del activismo gordo norteamericano— tienen cabida en la consideración de nuestras propias circunstancias y cómo se pueden establecer redes de conocimiento y acción que nos permitan enriquecer el ejercicio académico tanto como la experiencia. Por otra parte, esta visión múltiple conjugada con la auto-observación, como sucede en el presente trabajo, resulta en un cuestionamiento constante de sí mismo y se convierte en un terreno fértil para el avance de las discusiones, pues:

En verdad, me atrevería a sugerir que hoy los Estudios Culturales (o, por lo menos, los que se proponen en esta colección y en esta conferencia en particular) son en gran parte una cuestión de doble ciudadanía; tienen por lo menos dos pasaportes, si no más. Pareciera que el trabajo y el pensamiento verdaderamente interesantes y productivos no tienen lugar sin la tensión productiva de intentar combinar, navegar, coordinar diversas “identidades” al mismo tiempo, diversos compromisos y posiciones. Es como una reiteración de la antigua idea sartreana de que es mejor para el escritor dirigirse al mismo tiempo a por lo menos dos públicos distintos y no relacionados entre sí. (Jameson, 1998, 83)

Al venir de una disciplina como los Estudios Literarios, esta apertura me ha permitido resignificar el relato de mi propio cuerpo y entenderlo ya no como un signo unívoco de rechazo o vergüenza, sino como una plurivocidad, una construcción polifónica en la que todas mis voces me cuentan, sin negarse unas a otras.

### *Aspectos metodológicos*

En la línea de construir un relato de mi propio cuerpo y ver cómo este se ha configurado a través de mi experiencia y de las diferentes epistemes con las que me he vinculado a lo largo de mi recorrido académico, el presente trabajo está diseñado como un ejercicio de auto-observación ligado a la reflexión teórica sobre el tema de la obesidad y su intersección con el género. Mi propia experiencia, la de ser una mujer gorda que posteriormente se enfrenta al diagnóstico de la obesidad, señala una ruta en la cual es preciso definir cuáles son las diferentes causas por las cuales mi corporalidad ha resultado problemática.

En este sentido, mi trabajo tiene sus raíces en la escritura de un diario personal que fue llevado desde julio de 2010 hasta el momento presente, en el cual se consignaron mis experiencias a través de la realización de dos procedimientos de cirugía bariátrica en los cuales me fue colocado un balón intragástrico con el fin de bajar de peso. La primera intervención fue realizada por el doctor Jaime Daza Carreño el 5 de agosto de 2010; la segunda, por el doctor Fabián Valle Carrión, el 14 de julio de 2014. A la luz de lo anterior, el presente trabajo puede considerarse como un ejercicio de conocimiento situado (Haraway, 1995), en el cual lo que se consigue es reconocer la parcialidad de mi investigación para lograr una mayor consciencia de las oportunidades y limitaciones de mi propio lugar de enunciación. Es así como, desde el punto de vista de la autoetnografía feminista, me dispongo a establecer un diálogo entre mi yo investigador y las condiciones de emergencia del mismo.

Dado lo anterior, el *problema de investigación* construido desde la travesía emprendida por mi propio cuerpo intenta dar respuesta a la pregunta: *¿Cómo está constituido el vínculo actual entre género y obesidad?* Es así como me interesa interrogar la manera en la que los cuerpos de las mujeres obesas son considerados como corporalidades problemáticas en la medida en que exceden a la norma y se construyen fuera y a pesar de ella.

Es así como el *objetivo general* de este trabajo es realizar una reflexión sobre la incidencia de los procesos de medicalización de la obesidad y sus intersecciones con el ámbito del biopoder y la construcción de subjetividad. El anterior objetivo pretende aportar un marco de discusión en el cual pueda analizarse la manera en que las discusiones sobre la gordura y el activismo gordo se constituyen en prácticas de resistencia, y además la manera en que estas pueden ser cuestionadas como tales.

De lo anterior se desprenden tres *objetivos específicos* que serán desarrollados en cada uno de los capítulos del trabajo:

- i. Revisar el proceso de medicalización de la obesidad y su relación con el surgimiento de una normativa corporal que excluye al cuerpo obeso y lo estigmatiza.
- ii. Analizar la intersección existente entre obesidad y género y la manera en que esta tiene implicaciones en las prácticas sociales al generar procesos de exclusión sobre los cuerpos.
- iii. Considerar los modos en que el feminismo y el activismo gordo han intentado subvertir tales prácticas excluyentes en nuestro entorno geopolítico.

A razón de los anteriores objetivos, la propuesta de autoetnografía se ve complementada con un análisis teórico de los procesos de medicalización y las teorías de gobierno de los cuerpos, así como de los conceptos de normalidad, estigma y pánico social. Por otra parte, se realiza un rastreo desde la teoría feminista y el feminismo gordo norteamericano para comprender los modos en que la corporalidad gorda es construida y transmitida, así como las maneras en que tal construcción se manifiesta en las prácticas cotidianas. Al trabajar con los textos originales en inglés, ha sido necesario para mí, y para facilitar la comprensión de los lectores, realizar todas las traducciones necesarias para la utilización de las fuentes.

Posteriormente, el trabajo se nutre con imágenes de medios de comunicación en aras de poner en evidencia las formas en las que los cuerpos gordos están siendo representados y

cuestionar las implicaciones de estos modos de exposición. Además, se acude a entrevistas y testimonios de mujeres que comparten la misma inquietud sobre su cuerpo y la manera en la que este es percibido y representado. Finalmente, se consideran las producciones de algunas iniciativas de activismo gordo en Hispanoamérica que por su visibilidad e interconexión, permiten delinear un estado del avance del mismo en nuestro entorno geopolítico.

De esta manera, el *primer capítulo*, se centra en exponer la manera en que la obesidad, a la luz de los procesos de medicalización, se ha configurado como un problema de salud pública y el delineamiento de una corporalidad problemática, que desafía a la norma corporal. El *segundo capítulo*, se encarga de analizar la intersección entre peso y género a la luz de la teoría feminista y el feminismo gordo, así como las implicaciones que esta tiene en el desarrollo de un estigma sobre los cuerpos gordos.

Por su parte, el *tercer capítulo*, rastrea las formas de resistencia ante el estigma gordo que emergieron en Estados Unidos hace más o menos cuatro décadas y su relación con las prácticas actuales de activismo gordo en nuestro entorno geopolítico, además de cuestionar los efectos e implicaciones de las mismas.

## Capítulo 1

### La percepción de la normalidad del cuerpo y su relación con la obesidad como estigma contemporáneo

*No está mal ser bella, lo que está mal es la obligación de serlo.*

Susan Sontag

*There is no exquisite beauty... without some strangeness in the proportion.*

Edgar Allan Poe

*1 de septiembre de 2010*

*Por fuera de todo. Extranjera de mi propio cuerpo, como siempre. Ha pasado un mes desde que ese cuerpo extraño fue implantado en mi cuerpo y puede ser que las cosas no estén funcionando de acuerdo a plan. A veces es mucha presión. El Dr. Daza me dice que no estoy bajando de peso con la velocidad que él espera. El 5 de agosto pesaba 93 kilos, hoy la báscula dice que peso 86.*

*Para mí, esos 7 kilos de diferencia representan más de lo que he logrado alguna vez haciendo una dieta o matándome a punta de ejercicio. Significan que toda mi ropa ha tenido que ser reformada porque ya nada me calza como debiera y porque comprar cosas nuevas sería una “pérdida de tiempo”, según me dicen.*

*Pienso todo el tiempo en esta forma de disciplinar el cuerpo. De controlar el afuera que lo va constituyendo en cada bocado, de limitar ese afuera. Digamos que en cierto sentido ya no puedo incorporar todo lo que quiera, que mi cuerpo rechaza adiciones innecesarias y responde a ellas con dolor, que a veces parece ser lo único que sabe decir.*

*Volver al trabajo y que la gente me diga que me veo “más bonita”, “¡cómo estás de bien!”... y sin embargo. Es verdad que todo el destino humano cabe en un “sin embargo”. No es suficiente. Es menos peor que antes. Pero aún no logro sentirme normal porque soy yo la única que sabe que mi cuerpo se encuentra en otro plano de realidad. Que para ser “normal” tengo que convertirme en otra cosa, dejar entrar “el intruso” y*

*esperar todos los días que ese huésped quiera quedarse, que no sufra ningún daño. Y soportar sus maneras. La forma en la que la deglución de los alimentos ahora se me hace una tarea delicada y no una simple rutina, una acción mecánica, repetitiva, despojada de cualquier tipo de ritualidad.*

*En el control médico de ayer –presión arterial normal, abdomen depresible- me sentía como siendo evangelizada, convertida hacia una fe en la comida y en su relación con el cuerpo en la que nunca quise creer, o que me pareció irrelevante durante toda mi vida. Luego están las apreciaciones personales del médico, “tienes que hacer esto por ti, estás muy joven para estar ASÍ de gorda, vamos a lograr que pronto seas una persona normal para tu edad”... ¿Bromea doctor? A veces no entiendo que pretender lograr con todo ese discurso de es-por-tu-bien-no-hay-que-rendirse-invertiste-mucho-dinero-cómo-vas-a-dejar-perder-eso... como si la única manera de ser “normal” fuera ser delgado y el resto fueran sólo fruslerías.*

*Escribo esto desde la molestia y el dolor y tal vez sea sólo un desvarío. Pero si algo sé de cierto es que no puedo estar segura de que sea por mi bien. Ni de que esté haciendo algo que me vaya a hacer “feliz”. Pero la gente ve. Incluso en el trabajo, a veces siento que me miran con otros ojos. Ahí recuerdo. Recuerdo el día en que me dijeron en una entrevista de trabajo: “¿Y tú nunca has tenido problemas al dictar clase, me explico, que tus estudiantes se burlen de ti por ser así?” –“¿Así cómo?” – “Pues... gorda”. Pienso en si esa persona nunca habrá tenido problemas al dictar clase por ser así, así, entrometida. Pensar en eso, en cómo a veces los cuerpos son lugares de los que podemos entrar y salir con nuestras palabras, espacio público sobre el que se puede opinar cuanto nos antoje. Cuerpos separados de quienes los habitan. Cuerpos cuya agenda está clara para todos menos para quienes cargan con ellos. Cuerpos que cargan la obligación del cambio para poder funcionar en el mundo, agradar, ser bellos o por lo menos, pasar desapercibidos.*

En medio de todas las consideraciones sobre el cuerpo que conforman el sustrato de las reflexiones planteadas en esta tesis, surge el concepto de normalidad. ¿De qué hablamos cuando nos referimos a una “norma del cuerpo”? El presente trabajo pretende iniciar una discusión sobre ese estatuto de lo normal a partir de la consideración del sobrepeso como

una corporalidad problemática a la luz de diversos registros: el primero es el de su medicalización, en virtud de lo cual se hablará de la construcción de la obesidad como un problema de salud pública y el estatuto epidémico que le ha sido conferido; en este sentido, se expondrá la emergencia de la obesidad como epidemia y sus implicaciones en la manera en que consideramos el cuerpo en nuestra sociedad. Por otra parte, se hablará de la relación entre el anterior aspecto y la manera en que moviliza un “pánico moral” en el que al cuerpo obeso se le atribuyen fallas del carácter como la negligencia y la falta de voluntad, de manera que se encuentra sujeto al escrutinio público desde diversas plataformas, como los medios de comunicación masivos y la publicidad. De este modo, podremos ver cómo se asocia a los cuerpos obesos con estereotipos negativos y cómo estos, a su vez tienen implicaciones efectivas en la vida cotidiana de quienes los habitan. Algunos de dichos efectos se relacionan con características propias de la cultura colombiana y la manera en la que el cuerpo femenino es representado en los medios, en la medida en que se le considera de manera enfática en cuanto a su rol como objeto de deseo. En esta medida, la proliferación de las cirugías estéticas, entre otros mecanismos para modificar el cuerpo, deben ser consideradas como estrategias de normalización.

Dado lo anterior, se procurará discutir las normas del cuerpo que son impuestas sobre las mujeres en nuestro contexto y la manera en la que el cuerpo obeso las desafía y excede, de manera que su gobierno resulta problemático. A partir de estas consideraciones es preciso analizar la manera en que esta relación conflictiva entre la construcción del cuerpo obeso y el gobierno de los cuerpos establece un campo de estratificación de los mismos de acuerdo a su funcionalidad y a sus condicionamientos biológicos que se traduce en prácticas desiguales de distribución del poder. En este orden de ideas, la revisión bibliográfica se articula con la exposición de casos en los que esta estratificación se hace patente y por otra parte, con el relato, a partir de entradas de mi diario personal, de la construcción de mi propio cuerpo obeso y el proceso de adelgazamiento al que me sometí durante los últimos años.

En primer lugar, está la definición de los términos en los que se entiende la obesidad en nuestra época desde la perspectiva médica. La Organización Mundial de la Salud, OMS,

declara a la obesidad no sólo como una enfermedad, sino como una epidemia en el año 1997. En efecto, se considera a la obesidad como un problema de salud pública ya que sus efectos en la comunidad se ven reflejados en el descenso de la calidad de vida de los pacientes obesos en la medida en que éstos se convierten en personas que, al ver su salud general disminuida debido al extenso número de enfermedades secundarias asociadas al sobrepeso, resultan menos productivas en el campo laboral y cargan sobre sí el estigma, la censura social relacionada con la gordura. Lo anterior se debe a un delicado entramado de relaciones entre los parámetros de belleza y bienestar de nuestra época, el asocio de tales estándares a los hábitos de consumo y el poder adquisitivo, y los modos de representación del cuerpo obeso en los medios de comunicación tanto en el ámbito informativo como en el del entretenimiento.

De este modo, no puede decirse que al hablar de la obesidad podamos reducirnos a una cierta “negligencia” en el cuidado del cuerpo, el efecto de la mecanización y aumento de velocidad de la vida cotidiana, las diferencias en el acceso al sistema de salud o la disparidad entre las costumbres alimenticias de las personas en virtud de su grupo y clase social. Digo reducirnos porque son todas estas razones y muchas otras las que intervienen en la construcción o emergencia de un cuerpo obeso.

Por otra parte, es importante considerar de qué manera el problema de la obesidad se ve atravesado por los factores de género y raza, de manera que éstos determinan para los pacientes obesos unas diferentes maneras de encarar su apariencia corporal.

Desde este punto de vista, pareciera ser claro que en el ámbito local, tal vez debido a la relación entre apariencia física y ascenso social –y el vínculo entre estos factores y la producción de ideales estéticos de lo femenino en el marco de la cultura del narcotráfico-, la obesidad pareciera recaer con más peso aún sobre los cuerpos de las mujeres. Lo anterior es sin embargo rebatible, dado que los ideales de belleza del cuerpo femenino anteceden por mucho a la emergencia de la cultura del narcotráfico. Empero, a la luz de lo que muestran los medios de comunicación y entretenimiento, algunos de los patrones socioculturales de conducta de nuestro país en la actualidad reciente, se desprenden de los

estereotipos ligados a la estética del narcotráfico y han redundado en producciones televisivas, reinados, campañas publicitarias, entre otros medios, en los que la representación del cuerpo femenino hace énfasis en la objetificación de los mismos.

Es así como, en cierta medida, son las mujeres quienes se ven presionadas a hacer de sus cuerpos a la medida de un deseo colectivo fabricado en torno a la idea de ser deseadas, adoradas y por supuesto, sexualizadas y utilizadas como cierto objeto decorativo que da estatus social a sus hombres. En algunas ocasiones, podría pensarse que la mujer colombiana aún construye su feminidad en torno a la idea de ser “la mujer de” y no una mujer “con” pareja, hijos, amigos. Si bien lo anterior podría decirse de muchos otros lugares del mundo, las problemáticas sociales propias del entorno colombiano, que incluyen dificultades de movilidad social y posibilidades de educación e independencia, especialmente para las mujeres, ha hecho que en el imaginario popular la “esposa trofeo” se convierta en un ideal dado que plantea una salida posible de un entorno problemático.

Por tales razones, no es de extrañarse la proliferación desmedida del mercado de las intervenciones estéticas en Colombia, que van desde la casi obligatoria cirugía para el aumento de mamas –ejemplificada y hasta celebrada en series de televisión y telenovelas– hasta las mini-liposucciones posparto que algunos médicos ofrecen clandestinamente como una forma de “rehacer la vida” más rápido que esperando a que la naturaleza obre por sí misma.

El punto al que me quiero acercar es que esta sobreoferta acarrea peligros para la salud que muchas veces no valen la pena con respecto a aquellas “imperfecciones” iniciales que se quieren combatir y aunque muchos medios de comunicación expongan con periodicidad desafortunados casos de intervenciones estéticas que terminan en la muerte o la deformidad, los consultorios estéticos de todos los valores, se mantienen atiborrados con mujeres cuya esperanza es tener un cuerpo “normal”. Pero esta peregrinación masiva de mujeres de todas las edades, por lo menos desde la adolescencia en adelante, no tiene que ver con hacerse a un cuerpo sino con hacerse a unas partes; el cuerpo femenino, y específicamente el de la mujer colombiana, es objetificado sexualmente de manera que en

cierto modo, la búsqueda de todas nosotras es la de armar, a punta de los senos más redondos, las nalgas más rellenas, los labios más carnosos, el abdomen más cuadriculado, el perfecto Frankenstein contemporáneo que satisfaga la mirada de aquellos que nos rodean y nos hagan dignas de ser el trofeo perfecto.

Es así como emerge la pregunta inicial sobre la normalidad y asume radical importancia cuando nos enfrentamos, en medio de este panorama, a la sensación de que ese cuerpo normal es normal en tanto que sexual, disponible para el placer del otro. Desde la perspectiva local, no estamos hablando de la normalidad corporal entendida como la cualidad de los cuerpos de acoplarse a un conjunto de características morfológicas estandarizadas que sean compatibles con el trabajo y la convivencia comunitaria, sino de un conjunto de características aprovechables para la satisfacción de una sexualidad que privilegia al cuerpo de los hombres sobre el de las mujeres. De este modo, consideraremos entonces lo normal no solo como aquello que define el estatus de un cuerpo, como el tipo al que pertenece, sino como un valor al que se aspira en la medida en que permite el ascenso social y la puerta de entrada a privilegios que señalan el triunfo de unos pocos ante la negligencia de la mayoría. En la medida en que lo normal se convierte en un ideal que moviliza valores positivos, como la disciplina, la autoexigencia y la capacidad de adaptación a los deseos colectivos, su contrario, el cuerpo que excede a la norma, se convierte en el depositario de todo aquello que cause rechazo, aquello que deba evitarse en aras de poder pertenecer a una comunidad.

Las consideraciones que hago en el presente trabajo no plantean la obesidad solamente como un problema de salud pública inscrito en las preocupaciones urgentes de la OMS, ni como un desahogo emocional frente a los prejuicios que a lo largo de mi vida he desarrollado con respecto a la imagen de mi propio cuerpo y la relación entre ésta y mi comportamiento o mi desempeño afectivo y profesional. Espero poner de manifiesto que, más allá de los mencionados factores, existe todo un conjunto de prácticas dentro del lenguaje con el que nos nombramos como mujeres, como mujeres normales o bellas, y cómo ese acto de nombrarnos pareciera no abarcar las palabras “gorda” ni “obesa”.

6 de agosto de 2010

*¿Habrá una cosa más grande que el dolor cuando duele? Son las 12 de la noche y no puedo dormir. Estoy sentada porque si me acuesto, todas las malas acciones de mi vida me oprimen el pecho y el estómago. He llamado siete veces al doctor Daza a su teléfono móvil. Le digo, le imploro, le ruego, le grito, que me saque esto ya. Que yo no quiero esto más. Que soy débil. Que me siento morir.*

*Hace dos horas vino la enfermera a inyectarme Dipirona ante la insistencia. Igual sigo sin dormir. Estoy haciendo un recuento mental de todas las cosas que he hecho en mi vida para adelgazar. La primera fue, por supuesto, rezarle a Dios por un milagro y el obr , cuando estaba todavía en el colegio, dándome el prodigio de una clase de patinaje, única actividad física que pude desarrollar con mediana eficiencia durante mi etapa escolar. Una vez logrado el objetivo y con mi paso a la universidad, pens  que no podía perder lo ganado, o mejor dicho, ganar lo perdido. Mantuve mis 58 kilos de garbo y elegancia durante el primer año de la universidad gracias a la observación de una dieta rigurosa consistente, en su mayoría, en un paquete y medio de cigarrillos mentolados, tres botellas de Coca-Cola Light, un brownie, una manzana, algunas circunstanciales cervezas esporádicas y dosis navegables de Mylanta, todos los días. Y colapsó. No pude más. Me despert  un día en la clínica psiquiátrica Campo Abierto, luego de un intento de suicidio frente al cual sólo pude argumentar que me sentía muy cansada. No s  si existió una relación directa entre mis saludables hábitos alimenticios y mi agotamiento extremo. O lo s . Pero lo dej  pasar y sonre  y fui feliz, especialmente, para poder salir rápido de la clínica y no tener que volver a ver a ningún psiquiatra en los siguientes 235 años de mi vida.*

*Un año después qued  embarazada y aumentó, debido a la diabetes gestacional y a un aumento incontrolable de la presión arterial que resultó en una eclampsia y un parto de emergencia, la nada despreciable cifra de 35 kilos. Entonces, luego de tener a mi hijo, llegó a pesar los 93 kilos que pesaba ayer. Pero han pasado 9 años y esto no ha sido una constante. He jugado fútbol, corrido, consumido laxantes, ayudantes para la digestión de las grasas, t s, geles adelgazantes, supresores del apetito. Me han hecho masajes dolorosos, he usado fajas que parecen réplicas de aparatos de tortura del período de la Inquisición y que no le envidian nada a los del museo de Cartagena, me*

*han inyectado vacunas para la obesidad, me han hecho mesoterapia, lipólisis, el tratamiento mágico de los batidos adelgazantes de Herbalife. He pesado 96, 82, 76 y, como mínimo, 67 kilos.*

*He subido y bajado al ritmo de mis ansiedades, mis miedos y mis angustias. He sido la gordita chévere y la gorda asquerosa. Pero sobre todo, he sido la gordita reticente a dejarse ver del médico sobre todo porque me he resistido todo este tiempo a que me digan “obesa”, a sentir que estoy enferma, porque nunca me ha dolido, en el cuerpo, aunque sí en, no sé si decir “los sentimientos” porque sueño a la gordita cursi, “el alma”, cargar ese peso extra que hoy parece estarme destrozando las entrañas y gritarme desde adentro del estómago que no está pensando en marcharse.*

### **1.1 Normal es a mujer como delgada es a...**

*Ahí radica el verdadero poder de los medios masivos: pueden redefinir la normalidad.*

*Michael Medved*

Tal como señala Zandra Pedraza en su artículo “Al borde de la razón: sobre la anormalidad corporal de niños y mujeres” (2008) el estatuto de la normalidad se establece en la cultura occidental, fundamentalmente, a partir del incremento del conocimiento científico sobre el cuerpo humano en el marco de la Ilustración europea, dando lugar a un modelo extendido de normalidad cuyo modelo es el cuerpo del varón adulto blanco, dada la superioridad intrínseca del mismo para la vida civil y las artes del gobierno.

El mencionado artículo plantea el establecimiento de parámetros que, atendiendo a lo morfológico y lo somático, establecen un régimen de lectura de los cuerpos en los que el factor predominante para considerar a un cuerpo óptimo es aquel que no padece de las imperfecciones inherentes al cuerpo femenino y que, en el caso de los niños, sólo pueden ser sorteadas y superadas en el momento de la adultez por los varones. Lo anterior sucede en la medida en que estos, justamente, no sólo se han transformado corporalmente sino que además han sido separados del ambiente femenino, doméstico, dentro del cual el desarrollo intelectual y espiritual está limitado al ámbito del servicio y la mansedumbre.

Me refiero aquí a la anormalidad como una forma de interpretar las capacidades humanas, sus variaciones y sus consecuencias mediante la cual se fija un conjunto de cualidades que encarnan la normalidad. Las desviaciones de esta norma tienden a considerarse anomalías, más o menos graves según los principios convenidos para este régimen interpretativo. Así, pueden distinguirse las “incapacidades naturales” de las adquiridas. Las segundas surgen de circunstancias individuales, históricas o sociales que introducen en la vida de las personas rasgos que pasan a considerarse causantes de una diferencia y pueden o no provenir de las naturales. Las incapacidades naturales –y por ello entendidas como esenciales– tendrían, en esta perspectiva, su origen principalmente en el cuerpo. Esta forma de tratar la variabilidad humana obtuvo poder explicativo cuando el cuerpo pasó a comprenderse como una entidad definitiva para la condición humana, es decir, cuando cobró vida la antropología de la modernidad. (Pedraza, 2008, 208)

En esta medida, el establecimiento del concepto de normalidad corporal implica entender lo humano de acuerdo al carácter óptimo de los cuerpos para funcionar dentro del marco político y civil planteado por las transformaciones sociales del momento histórico. Es así como este conocimiento científico de la constitución, el funcionamiento y las posibilidades orgánicas y esenciales de los cuerpos estratifica a las personas de acuerdo a sus condicionamientos biológicos de manera tal que la dimensión sexuada de los mismos se erige como el fundamento principal de la definición de los roles que las mismas desempeñaran en el ámbito social.

En este orden de ideas, resulta comprensible el prevalecimiento histórico de la distribución del poder sobre los cuerpos de modo inequitativo para el cuerpo femenino con respecto al masculino, en la medida en que se presenta una dominación patriarcal del cuerpo de la mujer, dando como resultado una importancia mucho más amplia de la idea de la consecución o construcción de “cuerpo ideal” en el caso de las mujeres. Es de esta manera como, siguiendo a Pedraza, la naturaleza femenina no permite al cuerpo transitar hacia la perfección, alcanzable solamente para el niño que se convertirá en hombre adulto.

La reproducción social de la diferencia simbólica no solamente actúa como un mecanismo ideológico que confiere legitimidad a las diferencias y jerarquías entre sexos y generaciones. Ante todo, es la base para ordenar la experiencia en torno a la cual estas experiencias efectivamente se incorporan y constituyen la vida diaria y, finalmente, la identidad individual y colectiva. En este

aspecto relumbra la condición corporal de cada grupo pues es el principio para organizar la experiencia y afianzar la identidad. (Pedraza, 2008, 214)

La reproducción social de la diferencia simbólica nombrada por Pedraza, tiene su asidero en el estudio anatómico del cuerpo femenino y su valor diferencial al ser un cuerpo diseñado para la maternidad, que al poner a las mujeres en un cierto lugar de privilegio moral al ser propagadoras de la especie humana, las convierte en seres débiles, llevados por las pasiones, cuyos huesos frágiles y la delicadeza de su sistema nervioso imposibilitaba para el pensamiento abstracto y analítico.

La conclusión a la que llega el estudio anatómico del cuerpo de la mujer deriva en la aparición, durante los siglos XVIII y XIX, de especialidades médicas como la ginecología, la obstetricia y la pediatría que se encargan de devaluar “los principios de autonomía y conocimientos propios de las mujeres” (Pedraza, 2008, 214) al desplazar la función de las comadronas, nodrizas y madres para dar paso al saber médico masculino y ejercer un control patente e incontrovertible sobre los cuerpos femeninos. El artículo de Pedraza muestra como se estableció una norma antropológica de los cuerpos a partir de este conocimiento médico que se extendió como aceptada y aplicada en todo Occidente y que fue importada a Colombia de manera que definió de manera patente, por lo menos hasta mediados del siglo pasado, la regulación de los derechos civiles y políticos de las mujeres.

Es en este momento histórico de definición científica de las capacidades y carencias esenciales del cuerpo en que se anidarán las raíces de la idea del cuerpo como proyecto no sólo en el ámbito de la salud, sino además en las posibilidades de gozar a través de éste de bienestar, belleza y aceptación. Para Susan Bordo, el continuado poder histórico de estas consideraciones sobre el cuerpo se traduce en la pervivencia de imágenes sobre el mismo que terminan siendo internalizadas no solo por los hombres, en un esquema de dualismo dominante, sino por las mismas mujeres, de manera que se traduce en prácticas centradas en torno al cumplimiento de los patrones de belleza establecidos por el entorno (Bordo, 2001, 20). El énfasis en este proceso de construcción corporal ha transformado la normativa sobre lo femenino, pues el cumplimiento del ideal de belleza tiene más que ver

con la obediencia que con cualquier otra cosa. Por tal razón, como se explorará a lo largo de este trabajo, la intersección género-peso demanda especial atención en la medida en que la obsesión por la delgadez de nuestra sociedad puede considerarse como una suerte de “domesticación” del cuerpo femenino:

En la medida en que las mujeres han reclamado poder intelectual y económico para sí mismas, la cultura ha encontrado nuevas formas de hacerlas inferiores. Brown llama al ideal del cuerpo femenino una “manifestación de normas misóginas que proviene de una cultura en la que las mujeres están devaluadas y desempoderadas”. Lo anterior a causa de que las mujeres mismas son vistas de algún modo como menos que los hombres, y sus cuerpos deben mostrar tal inferioridad. (Hartley, 2001, 62)<sup>1</sup>

Desde esta perspectiva, es importante iniciar por una revisión de los procesos de medicalización y gobernabilidad en la modernidad que emergen como consecuencia del desarrollo de las conclusiones planteadas por el establecimiento de la normalidad corporal y la manera en que se relacionan con la aparición contemporánea de la exclusión social de las personas obesas, especialmente de las mujeres, en la medida en que su corporalidad resulta problemática no sólo por requerir más cuidados y resultar riesgosa en términos de bienestar médico, sino porque choca con la definición de “cuerpo ideal” de modos que parecen ser irresolubles.

## **1.2 No controles: medicalización y gobierno**

*No controles mi forma de bailar porque es total y a todo el mundo gusto.*

Tan privado como público, mi cuerpo es una enunciación que yo no hago, sino que me hace. Tesoro y baratija, lo que se guarda celosamente y lo que se comparte sin límites, templo del espíritu y valor de cambio. En el cuerpo sucede todo, el cuerpo es el territorio. Es la unidad primera de lo gobernado y lo gobernable, de lo propio y lo ajeno.

---

<sup>1</sup> N.d.A: Todas las traducciones en el presente trabajo, son propias. “As women have claimed intellectual and economic power for themselves, culture has found new ways for them to be inferior. Brown calls the ideal feminine body a “manifestation of misogynistic norms flowing from a culture where women are devalued and disempowered”. That is because women themselves are seen as somehow less than men, their bodies must demonstrate that inferiority.” (Hartley, 2001, 62)

El cuerpo se significa a sí mismo como interioridad-sensible corporal: tan sólo debemos notar todo aquello que le hacemos decir al cuerpo humano, en la postura erguida, el pulgar oponible, los ojos donde la carne se convierte en alma (Marcel Proust). Y así el cuerpo presenta los signos sin dejar de ser sí mismo, lo que sería articular la comunidad cabal de significante y significado, el fin de la exterioridad, el sentir (situado) justo en lo sensible. (Nancy, 1992, 64).<sup>2</sup>

Un cuerpo no es una unidad, un cuerpo ya no es mi cuerpo; sin embargo, yo le pertenezco, él es el campo, es el territorio dentro del cual mis órganos funcionan o mal funcionan. Cuerpo es lo que se conoce de mí, lo que se sospecha y lo que permite adivinar o suponer toda una serie de acciones, de rutinas, de medidas, de dispositivos que hacen de él una culpa y que podrían ser sentencia. Culpa. El cuerpo es un lastre. El cuerpo es una barrera, el muro que se alza casi infranqueable entre el deseo y la posibilidad. Tengo que hacer de mi cuerpo un objeto que funcione, una pieza que encaje en mi comunidad, mi casa, mi trabajo y que por otra parte, me permita reconocermé en él cuando el espejo me lo señale. Una de las primeras perspectivas que quisiera abordar acerca del asunto del gobierno ejercido sobre los cuerpos, en el presente trabajo, es aquella que establece al cuerpo como un valor en la cadena de producción. Un cuerpo es un capital que se hace crecer o se lleva a la ruina. Un cuerpo es capital humano.

Me parece que el interés de esta teoría del capital humano radica en lo siguiente: el hecho de que representa dos procesos; uno que podríamos llamar el adelanto del análisis económico en un dominio hasta entonces inexplorado; y segundo, a partir de ese adelanto, la posibilidad de reinterpretar en términos económicos y nada más que económicos todo un dominio que, hasta ahora, podía considerarse y de hecho se consideraba como no económico. (Foucault, 2007, 255)

Es precisamente el incremento en la conciencia sobre las capacidades y potencias del cuerpo lo que lo carga de valor; en la medida en que dichas capacidades y potencias se hace acreedor de un salario, pero también de una frase, de una mirada, de algún tiempo de reconocimiento. La narrativa que me motiva a esta reflexión, que se refiere a mí misma,

---

<sup>2</sup> “The body signifies itself as body sensible-interiority: we just have to see all that we have the human body say, and is upright posture, its opposable thumb, its eyes where flesh turn into soul (Marcel Proust). And so the body presents the sign’s being itself, which is to say the accomplished community of the signifier and the signified, the end of exteriority, the sense right at the sensible”. (Nancy, 1992,64)

da cuenta de la ausencia de reconocimiento del esfuerzo, las capacidades o el trabajo, como algo que siempre relacioné con el hecho de ser gorda. Sin embargo, como se ve en el aparte que antecede al presente subcapítulo, siempre tuve cierta reticencia a ser una “gorda medicada”, una **obesa**. Así, nunca pude ver a mi cuerpo como un capital significativo, aprovechable, ni siquiera propio. El paso “necesario” hacia el acto de dejar recaer sobre mi cuerpo la mirada médica, implicaría entonces el reconocimiento de mi escaso talento como empresaria de mi cuerpo, la incapacidad propia para el aprovechamiento de un capital que me fue dado de balde y al cual no pude gobernar ni conocer. En ese sentido, la mirada del experto, del médico debe diagnosticar y medicar a este cuerpo de manera tal que lo rehaga, lo vuelva óptimo, lo entrene y rehabilite para que pueda cumplir a cabalidad con sus funciones dentro de la sociedad a la que fue arrojado desde su nacimiento.

El concepto de capital humano conduce, desde su misma definición, a enfrentar serias consideraciones sobre la forma en la que se establecen las prácticas de gobierno de sí en la actualidad y cómo éstas pueden llegar a convertirse en nuevas formas de sujeción. ¿De qué manera puede alguien convertirse en empresario de sí mismo? ¿Cómo gobernar, manejar, cuidar algo que parece tener una vida propia cuyo único objetivo a veces, parece ser mortificarnos? En nuestros días, siguiendo a Eva Illouz, nos encontramos con formas de presentación de lo aspiracional que descansan sobre la manera de autogestionarse y que tienen como piedra angular al pensamiento positivo, la autoestima, la autoayuda, el poder de autocuración y sanación. Al respecto, Illouz afirma en *Intimididades congeladas*: “La frecuencia y la persistencia de esa narrativa, que podemos llamar una 'narrativa de reconocimiento', se relaciona con los intereses ideales y materiales de una variedad de grupos sociales que operan en el mercado, en la sociedad civil y dentro de los límites institucionales del Estado” (Illouz, 2007, 18). El discurso de la autoayuda se ha filtrado en nuestra sociedad gracias a una popularización de las ciencias psi, que han saltado del consultorio a las pantallas de televisión, deformadas y despojadas cada vez más de su carácter terapéutico real. Las formas de apropiación del discurso psicológico en nuestros días, se encargan de concienciar a las personas de sus propias capacidades y de las

maneras en que éstas pueden conducirlos a un mejoramiento de su propio cuerpo, a una optimización.

Estas consideraciones sobre la autogestión y la capacidad de propio gobierno, sobre el progreso corporal y el incremento de las habilidades y la disminución del riesgo biológico, se manifiestan en la constante necesidad de modelado que atraviesa a los cuerpos. El cuerpo puede trabajarse y concretizarse, idealizarse. Como un objeto técnico se concreta, asimismo el cuerpo, en relación con su medio asociado, se convierte cada vez más en la función, la tarea que necesita desempeñar.

Se llega por ende a la idea de que el salario no es otra cosa que la remuneración, la renta afectada a cierto capital, un capital que va a calificarse de capital humano en cuanto, justamente, la idoneidad-máquina de la que constituye una renta no puede dissociarse del individuo humano que es su portador. (Foucault, 2007, 257)

Es decir, el cuerpo tiene que funcionar de ciertos modos que le permitan ejecutar tareas específicas, entrar en formas de relación particulares con su medio. Por un lado, un devenir técnico del cuerpo como objeto de la acción, de la empresa, cuerpo que se configura dentro del mismo *phylum* que el objeto técnico; por otra parte, una potenciación del dolor, de la propia miseria, como fuente de optimización del cuerpo mismo. Lo operativo, lo biológico y lo emocional, conforman el campo de inversión a partir del *fitness*, la capacitación y la psicoterapia, bien sea bajo la forma del tratamiento guiado por el experto o el autoconocimiento. Todos ellos asociados de manera tácita a la dietética, a una determinada configuración del régimen alimenticio.

Es así como nos vemos enfrentados al panorama del entrenamiento que no gratuitamente es “work out”, trabajar, esforzarse –“porque el trabajo lo hizo Dios como castigo”. Y entonces, un nuevo agente responsable de toda esta pandemia de la obesidad emerge: el sedentarismo. La mirada médica de la que hablaba hace algunos párrafos, no solamente intervendrá en la modificación de los hábitos dietarios de los pacientes sino que se encargará de proveer herramientas complementarias a través del ejercicio, del disciplinamiento del cuerpo del paciente.

Un cuerpo debe, por ejemplo, entrenarse y la razón de dicho entrenamiento es el cambio de las formas de representación del ideal corporal en los inicios del siglo XX que, en gran parte, exaltaron los cuerpos atléticos masculinos, pues podían soportar las exigencias de la guerra, y los cuerpos fuertes y curvilíneos de las mujeres, con suficientes curvas como para alimentar las esperanzas y los sueños de las tropas, y lo suficientemente fuertes para poder realizar las tareas del hogar sin depender de la ayuda de la fuerza bruta masculina. Dicho cuerpo, al entrenarse, requiere una determinada distribución del consumo de los alimentos, en cuánto a periodicidad del ingesta, tamaño de las porciones, grupos alimenticios por consumir. “Emerge lentamente un universo que hasta entonces no había estado muy presente en las prácticas corporales: el de los músculos sometidos a esfuerzo, analizados, “concienciados”. El cuerpo se psicologiza a imagen del dueño, que se considera más dueño de sí con la modernidad”. (Vigarello, 2006, 179)

Dada la razón del entrenamiento, su ejercicio consiste en una obstinación, en un esfuerzo, en una concentración profunda en él mismo, el desarrollo elevado de una conciencia sobre la responsabilidad y culpabilidad que el cuerpo demanda. Sin embargo, esa obstinación requiere esfuerzos que no todos los cuerpos son capaces de asumir. No todas las personas con sobrepeso están dispuestas a pasar horas interminables en un gimnasio lleno de gente delgada que los mire con desdén mientras se esfuerzan por conseguir la victoria pírrica de las 30 abdominales. Pero más allá de ello, de esta “presión social” ejercida por la mirada de los otros, están cuestiones mucho más tangibles y generales como la posibilidad de acceso al entrenamiento en centros profesionales debido al costo y al tiempo requerido para ello.

De hecho, uno de los mercados más interesantes de nuestra actualidad televisiva, guiada por las franjas de televentas matutinas, explota la necesidad de lograr el moldeamiento del cuerpo funcional, del cuerpo perfecto, “en tan sólo diez días, sin dietas ni ejercicios”, sin entrenarse en el clásico sentido de Vigarello. En cierta forma, entrenarse es sacrificarse también. Es sacar tiempo, dinero, energías de donde no las hay, de un cuerpo enfermo que condicionado por su propia condición se siente incapaz de avanzar hacia su curación. “Un

cuerpo que se ha acostumbrado a su enfermedad y que haya en ella un lugar cómodo, una suerte de certeza” escribí hace algún tiempo, en cierta forma de manera radical y reduccionista, producto tal vez de esa concepción misma de la obesidad como una suerte de negligencia hacia mi propio cuerpo con la que he cargado gran parte de mi vida.

Nikolas Rose en *Politics of Life Itself* (2006) abre el campo para una consideración de la vida en sí misma desde sus aspectos más esenciales, más moleculares, de manera que cada vez más hay un distanciamiento profundo entre la construcción de subjetivación y la intervención estatal. Un cuerpo es su material genético, sus células madre: no es ya su rostro ni su forma de andar, sino los componentes esenciales que lo hacen biológico. Un cuerpo no es una persona, es un modo de organización de ciertos flujos.

Esta nueva política de la vida distancia al hombre de su cuerpo en la medida en que lo hace responsable del mismo, es decir, que lo obliga a pensarse analíticamente, a separar y medir las especificidades biológicas que lo componen sin contar ya con una norma a la cual obedecer porque el simple lugar de enunciación de la misma así lo exija. Es decir, que dentro del repertorio discursivo de nuestro tiempo, el hombre ya no obedece al pastor por ser él quien posee la verdad, sino que el hombre elige una específica verdad y se auto pastorea o, por lo menos elige a sus pastores de acuerdo a la necesidad que el devenir le plantea, poniendo de manifiesto, de este modo, nuevas formas de circulación de la esperanza y el deseo, “En la era del mejoramiento corporal, podemos reconfigurar aspectos claves del funcionamiento de nuestros cuerpos y nuestras almas más o menos a voluntad” (Rose, 2006, 98)<sup>3</sup>. Un cuerpo ya no es la materia dócil y sumisa que se maneja por medio de la fe o de la ley, un cuerpo ya sólo obedece a sí mismo en la medida en él es su propia exterioridad.

Lo anterior se ve desplegado a través de nuevas aproximaciones al cuerpo que están mediadas en gran parte por los avances médicos en el campo de la diagnosis y la prognosis, pero también, del desarrollo de terapias alternativas para la cura de dolencias y

---

<sup>3</sup> “In the age of enhancement, we are able to reshape key aspects of the functioning of the body more or less at will” (Rose, 2006, 98)

enfermedades que pueden o no existir. Un cuerpo es un paciente, un potencial tratamiento, un nuevo campo de investigación, un cuerpo susceptible de ser abierto.

En este punto es importante considerar qué tan apropiado puede ser el hecho de la autorresponsabilidad en el campo de la salud, si se tiene en cuenta que los nuevos medios de difusión del saber médico incursionan en las secciones de salud de los periódicos, los folletos de tiendas naturistas, los blogs, y las redes sociales como Facebook. Un cuerpo está detrás de todos ellos y es más importante que una actualización de estado, la respuesta a un “*What are you doing?*” que se contesta en Twitter, o la foto publicada de algún cumpleaños.

Es claro que el hecho de que el saber médico ya no sea un saber centrado e inaccesible, recluso en las facultades o en los consultorios, permite a las personas mejorar sus propias técnicas para el cuidado de sí. Sin embargo, considero que esta sobreexposición a la información diagnóstica nos plantea cuestiones importantes sobre los peligros de la automedicación, bien sea en la forma del diagnóstico o el tratamiento: un cuerpo es el objeto de estas dos prácticas.

Uno de los ejemplos que más llamó mi atención al iniciar este trabajo, está relacionado con los tratamientos adelgazantes milagrosos difundidos por la Internet. Si se considera a la obesidad como la gran “epidemia” del siglo XXI, y las implicaciones que ésta ha tenido en el desarrollo de las políticas públicas en el sector de la salud en los últimos años, se comprenderá que este tema va más allá de ser una inquietud cosmética. La obesidad está catalogada como una enfermedad que consiste en el exceso de grasa corporal en el cuerpo y que está asociada directamente con el índice de masa corporal (IMC), que se obtiene a partir de la relación entre talla y peso de la persona y cuya cifra, si excede el 40%, es la primera evidencia de la presencia de la condición. El cálculo de IMC es entonces la primera entrada al circuito del cuerpo obeso, que desde la perspectiva del riesgo, es proclive a desarrollar una serie de dolencias asociadas dentro de las que se encuentran, entre otros, los accidentes cardiovasculares, la diabetes y la hipertensión. Además de desencadenar toda clase de demandas, como las interpuestas por personas obesas contra

las aerolíneas por la falta de espacio en los asientos<sup>4</sup>, la obesidad se ha convertido en un tema de obsesión para nuestra cultura, si se tiene en cuenta la caracterización de la enfermedad hecha anteriormente. Asociada como está al sedentarismo y a los malos hábitos alimenticios, la obesidad tiene como componentes epidémicos diferentes factores de tipo ambiental para su desarrollo.

En los Estados Unidos, país en donde, como se sabe gracias a los informes de la comisión del agua y el cuidado de la salud de las Naciones Unidas (WHO, por sus siglas en inglés)<sup>5</sup>, se presenta la mayor tasa de obesidad del mundo desarrollado, sin duda alguna, el brote epidémico de la enfermedad está asociado por una parte con la adopción de un estilo de vida que se caracteriza por el bajo costo de los alimentos, el incremento del consumo de comidas rápidas, y sobre todo, las estrategias de marketing dirigidas a audiencias en rangos de edad cada vez más bajos con respecto al consumo de golosinas y productos ricos en azúcar refinada, la obesidad, sobre todo en la población infantil, ha generado una alarma impresionante en las autoridades en la medida en que, el capital humano futuro, parece prometer más bien un “descuido” de sí. Un cuerpo debe responder a la exigencia de cuidarse.

Los reportes, videos e imágenes que circulan a diario en la red sobre este problema no dejan de ser interesantes para nuestro campo de estudio, en la medida en que, considero, los márgenes del autogobierno, de la autorregulación, se han desdibujado y han hecho que los cuerpos se separen de manera masiva de una cierta medida unificadora, de un índice de normalidad que afecta al cuerpo en los aspectos de su aptitud y funcionalidad. Entre los miles de ejemplos que diariamente se encuentran en los diarios quisiera señalar uno que mereció mi especial atención hace ya algunos meses: el caso de la Universidad de Lincoln, que apareció en todos los periódicos de alta circulación del país y que se reseñó también el portal de BBC Noticias, donde varios estudiantes, luego de haber finalizado sus créditos no podrán graduarse esta vez por poseer un índice de masa corporal superior a

---

<sup>4</sup> Ver los casos expuestos por Lisa di Carlo en la edición digital de la revista Forbes con su artículo *Why Airlines Can't Cut Fat?* [http://www.forbes.com/2002/10/24/cx\\_id\\_1024obese.html](http://www.forbes.com/2002/10/24/cx_id_1024obese.html) Consultado el 20 de agosto de 2014

<sup>5</sup> Las referencias al aumento de la obesidad en Estados Unidos se encuentran disponibles en la página web de la Organización Mundial de la Salud <http://www.who.int/es/> Consultado en agosto 20 de 2014

30% (que indica sobrepeso), lo que contraría las políticas de prevención de la obesidad de la institución que se habían centrado en la aplicación del programa *Fitness for Life*, dentro del cual los estudiantes con índices de masa corporal superiores a 30% se comprometían a modificar hábitos dietarios y asistir a sesiones de entrenamiento en diferentes áreas como Pilates, y spinning. Sin embargo, debido a que muchos de los estudiantes no han logrado reducir la cifra de IMC, se encuentran ahora en la finalización de sus créditos académicos sin la esperanza de poder acceder al título de profesional de diferentes disciplinas.

Reproduciendo algunos fragmentos del reporte, nos encontramos con la postura institucional, representada por el profesor James DeBoy, jefe del departamento de Salud, Educación Física y Recreación, quien propuso el programa, y afirma que es probable que unos 30 estudiantes no pasen: "Alrededor del 15% de la población estudiantil no ha logrado obtener un Índice de Masa Corporal de menos de 30", le dijo al Servicio Mundial de la BBC. "Así que esperamos que dos docenas (de estudiantes) no logren completar el curso". Desde este punto de vista es claro que se encuentran y se cruzan dos perspectivas diferentes sobre el cuidado y el tratamiento de la obesidad como enfermedad:

1) **El cálculo del riesgo.** Aún cuando nos encontramos en este caso específico frente al establecimiento de una determinada "población en riesgo", basado en el diagnóstico fisiológico de la condición, sustentado en evidencia dada desde la investigación médica reciente, y su prevención esté mediada por disciplinas corporales que han comprobado efectividad de tratamiento, la forma general de asumir dicho manejo de la condición expresada se dirige precisamente al grueso de la "población" citada, es decir, que en cierta medida este mecanismo preventivo puede estar obviando las especificidades biológicas (genéticas, biológicas) de los individuos en cuestión.

2) **Aparición de nuevas formas de exclusión.** Es innegable que la obesidad sea un problema de salud que hace mella en la efectividad, la capacidad productiva y la estabilidad emocional de las personas afectadas por la condición. Sin embargo, es preciso cuestionarse la pertinencia de mecanismos como el anterior, que si bien podrían considerarse desde una lógica del sentido común como "bienintencionados", hace mella

precisamente en esos aspectos sobre los que la condición misma recae, como se citaba anteriormente, en la medida en que hacen circular la forma de percepción de la enfermedad como una consecuencia de la irresponsabilidad de los pacientes en el cuidado de sí mismos.

Si como se anotaba anteriormente, esta política institucional se ha basado en el diagnóstico clínico, podría mirarse con un cariz similar al que utiliza Nikolas Rose para la consideración del riesgo genético, —conexión más que pertinente si se tienen en cuenta los estudios que han tenido como objetivo el aislamiento del gen de la obesidad— en la medida en que este tipo de políticas se encargan de constituir nuevos modos de relación de las personas consigo mismos, con su cuerpo, con su entorno pero a la vez, generan un sinnúmero de obligaciones sociales en cuestiones como las decisiones que toman con respecto al cuidado de sus cuerpos y la manera en la que estas afectan sus relaciones familiares y afectivas.

La conexión con la aproximación de Rose al concepto del riesgo genético resulta clara si se tienen en cuenta los reportes sobre los avances en la investigación de tipo genético con respecto a la obesidad mórbida (la que presenta un IMC mayor a 40). Los estudios más recientes han establecido algunos vínculos entre ciertas mutaciones genéticas con la obesidad, especialmente en los casos en los que las personas tienen obesidad mórbida desde la niñez; esta condición no es muy común en las edades más tempranas del desarrollo, razón por la que el incremento de pacientes de este tipo es considerado por algunos de los expertos como un índice general de problemas específicos en la estructura genética. Uno de estos informes descubrió que la leptina, la hormona responsable de regular el apetito, era defectuosa. Otros controladores del apetito dañados parecen tener la forma de PCI, una enzima. Los expertos también mencionan un vínculo entre la obesidad y el gen FTO, que está relacionado con la acumulación de las grasas.

Pero además, y esto es de capital importancia dentro del orden de ideas señalado en el presente texto, en la medida en que esas medidas afectan su capacidad de ingresar en el mercado laboral y que, de lograrlo, sobre dichos modos de cuidado y sus evidencias más

palpables pueden extenderse prejuicios y formas de aislamiento, separación, degradación o exclusión que sin duda alguna afectan el rendimiento de su propio capital humano biológico. Un cuerpo puede ser analizado sí, pero además, separado, aislado, expulsado o excluido en virtud de las partes de dicho análisis.

El caso anteriormente señalado, considero, sirve para dar cuenta de la importancia central que ha tomado en nuestra cultura el manejo del problema del sobrepeso y la forma en que, en la medida en que existen ciertas políticas restrictivas para la población obesa, y en la medida en que el saber popular y extendido sobre la misma condición nos extiende un panorama en el que ésta recae sobre el asunto de la irresponsabilidad del obeso sobre su cuerpo, y como esta importancia he provocado una proliferación de gurúes, medicamentos, dietas y tratamientos estéticos sobre la condición.

Lo importante en este punto, me parece, es comprender de qué manera están trazadas las líneas entre un tratamiento verdaderamente saludable de la condición, que genere un bienestar integral sobre el cuerpo tratado, y un tratamiento superficial o que pueda causar efectos secundarios que atenten de manera directa no sólo contra la salud sino contra la vitalidad. En efecto, la ansiedad por bajar de peso que se impone en nuestra sociedad tiene como estrategia de mercado la premisa de que la condición es tan grave que no importa lo que haya que hacer, ni el precio que haya que pagar para lograr los resultados esperados con los diferentes tipos de tratamiento que se ofrecen. Sin embargo, como con cualquier problema relacionado con el área de la salud, las posibilidades de acceso y financiación de las formas de intervención médica reguladas y oficiales, no todos los ciudadanos logran tener acceso a lo que pudiera serles más provechoso, ni cuentan con la información apropiada para emprender el cuidado de sí mismos. Cuando la inversión en un cuerpo no es entrenamiento, es decir obstinación y voluntad ejercidas sobre los músculos y los tejidos, se convierte en cheque o en código de seguridad de la tarjeta de crédito.

Uno de los campos en los que esta distorsión de las características reales de la enfermedad y su tratamiento se ve retratada es en los programas de televentas y en los grupos de conversación alrededor de la obesidad que se mantienen en la red. En algunos casos, el

experto que ahora guía el tratamiento es otro paciente que ha sido referido a su vez por otro y por otro que ha escuchado que “alguien” logro vencer a la obesidad “sin dietas, ni ejercicios” en tiempos ridículos, medibles en meses, semanas o hasta días.

Tal es el caso de la proliferación de grupos de conversación y foros en los que se recomienda el uso de medicinas como el orlistat y la sibutramina; el primero, regulador del metabolismo de las grasas que permite una eliminación más rápida de las mismas, y el segundo ansiolítico anoregético que disminuye el apetito y contribuye a la eliminación de líquidos. Ambos medicamentos, derivados de las anfetaminas, razón por la cual deberían, aunque su venta sea libre<sup>6</sup> y sus efectos adversos sólo suelen presentarse en casos de dosis excesiva, estar regulados por el acompañamiento médico necesario que debería incluir en primera instancia una batería de exámenes clínicos que determinen si existen interacciones medicamentosas o condiciones alternas que pudieran hacer de la persona un paciente no apto para el tratamiento.

Estos ejemplos me rondan desde hace muchísimo tiempo no como una experiencia ajena, sino como una vivencia, pues fue a partir de estos ejercicios de la búsqueda del milagro de la delgadez, que me acerqué al consumo de fármacos. Las drogas para adelgazar que consumí, las conseguí en principio con una fórmula médica expedida de afán en una consulta de 15 minutos por algún médico de mi EPS y luego, sin restricción alguna, si iba a la farmacia indicada. La ligereza en esta primera medicación fue la manera en que me acerqué por primera vez de manera consciente a la experiencia de mi obesidad, de mi condición ya no risible de “gordita” sino de paciente.

Asistimos en estos casos a una reconfiguración de las relaciones de poder entre médicos y pacientes, de manera que son los individuos quienes se encargan de gestionar su enfermedad a partir de su propia experiencia; los nuevos expertos ya no son quienes

---

<sup>6</sup> La comercialización de Sibutramina fue prohibida en Colombia por el Invima en el año 2010 debido a su posible correlación con la depresión, las fallas hepáticas y renales y la hipertensión, entre otros efectos secundarios. Sin embargo, el producto se ha enmascarado desde entonces bajo el nombre de otros tratamientos farmacéuticos para adelgazar que se promocionan a través de páginas de Internet. Ver: “Sibutramina se vuelve a colar en el mercado”, Redacción Vivir en El Espectador: <http://www.elespectador.com/noticias/salud/sibutramina-se-vuelve-colar-el-mercado-articulo-284747>  
Consultado el 4 de octubre de 2014

curan, sino quienes padecen las enfermedades. Un cuerpo ya no es cuerpo, sin embargo, por su capacidad de padecer, sino por su capacidad de curar el padecimiento.

Estas nuevas formas de vida, estas nuevas ideas acerca del tipo de personas que somos y podemos o debemos ser, están emergiendo en las múltiples intersecciones entre los imperativos del mercado y el empuje por obtener plusvalía, las nuevas imaginaciones del cuerpo y sus procesos que han sido traídas a la existencia, el afán de los investigadores médicos por producir papers, ganar premios y obtener propiedad intelectual, y las esperanzas de los gobiernos nacionales de nuevas oportunidades económicas (Rose, 2006, 105).<sup>7</sup>

En este panorama, es importante considerar de qué manera se están llevando a cabo nuevos debates políticos en el campo de la salud, en la medida en que el estatuto biológico de los individuos, para el caso de la obesidad, limita sus formas de ingreso o dificulta el desarrollo de su hacer cotidiano dentro del sistema educativo, el mercado laboral y los sistemas de seguridad y salud social.

En primer lugar, con respecto al último de los espacios mencionados, el acceso a especialistas en el campo de la obesidad resulta muy complicado en un sistema de salud como el colombiano, dentro del cual la llegada a la consulta con el especialista implica una serie de gastos previos que la mayoría de las personas no pueden asumir; por otra parte, esta falta de la existencia de políticas visibles y generales sobre las formas de tratamiento han relegado a éste al dominio de los spa, las tiendas naturistas, y los consultorios particulares de los médicos especializados más en el área de la cirugía estética que en el de la nutrición, la dietética o la endocrinología. Un cuerpo siempre tiene una oportunidad, aunque ésta se reduzca si quien posee el cuerpo es un pobre.

Lo anterior en los casos más afortunados, pues esta falta de acceso a modos de tratamiento efectivos y responsables por el problema del costo de los mismos, ha generado todo un mercado negro en el que la esperanza de adelgazar, si bien se cobra más barata, se termina

---

<sup>7</sup> “These new forms of life, these new ideas of what kinds of persons we are and could or should become, are emerging at the multiple intersections between the imperatives of the market and the drive for shareholder value, the new imaginations of the body and its processes that have been brought into existence, the drive of biomedical researches for papers, prizes and intellectual property, and the hopes of national governments for new economic opportunities” (Rose, 2006, 105).

pagando con una cuantía mayor, extraída directamente del bienestar y la vitalidad corporales. Las drogas adelgazantes citadas con anterioridad (orlistat y sibutramina) son desarrolladas en los laboratorios de las grandes multinacionales farmacéuticas —como es el caso de Roche, que comercializa el orlistat con el nombre de “Xenical”, o de Abbot, que comercializa sibutramina con el nombre de “Reductil” — y en estos casos, en los países poco desarrollados como el nuestro, cabe la pena preguntarse de qué manera los intereses comerciales de dichas compañías están afectando en realidad la salud de la población obesa y sus posibilidades de acceso al tratamiento de su condición y qué tipo de acciones a distancia se están ejerciendo detrás de las normas de licencia, tasación y comercialización de los medicamentos.

Una extraordinaria máquina del tiempo, un martillo, un compás, un marcador, un secador de pelo. Todos ellos accionados por alguien: por un personaje de caricatura, por un carpintero, por un ingeniero, por un docente, por un ama de casa. ¿Quién acciona ese cuerpo “autónomo” y “libre”?, ¿en realidad, su habitante?

*7 de julio de 2011*

*76 kilos. 76 kilos del alma. 17 kilos menos de mí para amar. Hace casi un año estaba pensando en que me sacaran este bendito balón intragástrico de la panza y hoy veo una imagen diferente de mí en el espejo. Y en las fotos.*

*Ayer celebré un reencuentro con mis antiguos compañeros de trabajo, que llevaban en su mayoría más de un año sin verme. Cuando llegué al lugar, mientras buscaba la mesa, sentía miedo de pensar que me iban a reconocer. Y no lo hicieron. No todos a primera vista. Lo que me sacó de la angustia fue el primer comentario que me hicieron al llegar a la mesa: “Ángela, cómo estás de bonita y de cambiada, cuando te vi de lejos pregunté quién era ésa”. Comentario que salió de la misma boca que hace unos años me preguntara si no era difícil dictar clase siendo “así”. No puedo negar la oleada de autocomplacencia que me invadió, lo segura y atractiva que me sentí toda la noche, lo liberada, lo hermosa, lo más-lista-que-todos-ustedes que me sentí.*

*Meforcé a mí misma a comer como cualquiera y a beber como cualquiera, aún cuando después de algunos pocos bocados y algunos tragos estaba mucho más que*

*completamente satisfecha. Me pavoneé, me tomé mil fotos, abracé hasta a aquellos cuyas burlas y risitas cuando decidía vestir algo que no fuera “ropa de gorda” escuchaba a mis espaldas. Fui feliz. Me sentí normal, más que normal, me sentí poderosa.*

*Anoche sentí que había ganado la guerra después de todas las batallas contra con mi cuerpo que he librado.*

*Lo primero que hice esta mañana, lo que acabo de hacer, es mirar las fotos en Facebook. Sólo elogios, solo buenas palabras, pero sobre todo, un mar de sonrisas en todas y cada una de las imágenes. Y aunque en el fondo sé que algún día alguien va a leer estas palabras, me voy a dar la ridícula licencia de confesar que lo que acabo de sentir se opone radicalmente a lo que sentía esa persona, con mi ropa y con mi cara y esa cosa nueva que es ahora “mi cuerpo” cuando era capturada por el lente.*

*Lloré. Incluso ahora me es difícil escribir sin que se me haga un nudo en la garganta. Porque así como aquella persona no supo quién era ésa que iba entrando, siento que yo tampoco logró reconciliar lo que veo con la idea que tengo de mí misma. Y no estoy particularmente delgada, digo, creo que toda esta pérdida es solamente un paño de agua tibia frente a la “curación” completa que me hizo tanta ilusión el 5 de agosto del año pasado.*

*¿Tuve que pasar por todo esto? Es decir, sé que no es una tortura medieval, que nadie me obligó, que era una “necesidad” de salud y todo lo que quieran decir al respecto, pero en este momento, mientras escribo, no logro comprender cómo ni por qué ahora soy mejor que antes, cómo la gente cree que soy mejor que antes y el porqué de esa ridícula y estúpida amabilidad saliendo de los labios de quienes algún tiempo atrás parecían mirarme si no con lástima, con asco.*

*Es como si las personas creyeran que yo era algo así como una persona encerrada en un caparazón de grasa y que ahora por fin, milagrosamente, he salido a ver el mundo y por fin me conocen. Nadie sabe lo ridícula que me siento al escribir esto, porque me excede, me excedo a mí misma, no logro comprender como durante todos estos años fui una sombra de lo que en realidad soy y no entiendo bajo que maldita razón tenga que convencerme a mí misma de esa idea si yo, antes, siempre, creí que era yo y que la grasa era mía, que me constituía.*

*Me rehúso a que me vean como la mariposa que salió de la asquerosa crisálida porque siento, en el fondo de mi corazón cursi y temperamental, que de alguna forma desaparezco y me hago nada y le doy paso a un espectro, a una alucinación colectiva con la que todos parecen estar más cómodos.*

*Y me siento estúpida y cobarde. Estúpida por haberme regocijado en las sonrisas falsas de la gente que nunca quiso saber quién era yo o más bien, que yo era, y cobarde porque ante la pregunta sobre qué había hecho para adelgazar solo atiné a responder: “dieta y ejercicio”.*

*En este momento siento que empiezo a odiarme, nuevamente.*

### **1. 3 El estigma de la obesidad: anormalidad, monstruosidad, discapacidad**

*Tis true my form is something odd,  
But blaming me is blaming God.  
Could I create myself anew,  
I would not fail in pleasing you.  
If I could reach from pole to pole,  
Or grasp the ocean with a span,  
I would be measured by the Soul,  
The mind's the standard of the Man.*

*Joseph Merrick*

Expone Jean-Jacques Courtine en su recorrido por la historia del cuerpo anormal que tal historia es la de las miradas, de las lecturas que se hacen sobre el cuerpo. Al ser de este modo, una historia de la mirada, el cuerpo anormal se convierte en una narración más sobre los espectadores que sobre el “monstruo” o el *freak*. Más allá de confrontarnos con la furia divina, la mutación genética o el exceso de la transformación corporal propia, el cuerpo anormal nos sitúa frente a un espejo en el cual nos percatamos de lo normales que somos o por lo menos, lo normales que pretendemos ser.

Al hacer un recorrido por esa historia de la mirada que recae sobre el cuerpo anormal, los registros de la superstición y la culpabilidad cristiana se amalgaman con el panorama de la medicalización. La razón de lo anterior es que desde los dos registros se establecen preceptos que encaminan a los cuerpos a la autorregulación y de esta manera, los hacen gobernables. Es así como se explica que una nueva fe, la fe en la ciencia médica, es aprehendida y obedecida en aras del bienestar, y sustenta la manera en que esta se encarga de situar a las corporalidades problemáticas en el ámbito de lo social de manera que sean aisladas o expuestas para el estudio y el aprendizaje, motores que ayuden a impulsar el imparable tren de la ciencia médica. Aún así, las consideraciones sobre la monstruosidad engendradas en la fe y la superstición seguirán manteniendo el signo del presagio y el castigo sobre aquellos cuerpos que escapan a los límites morfológicos y etiológicos de lo que es considerado “natural”. De este modo, entonces, nos encontramos frente al carácter múltiple de las audiencias que se enfrentan a estos sobresaltos del orden natural de las cosas encarnados. (Courtine, 2006)

Tanto la rareza, como la desmesura y la barbarie, se convierten entonces en esos valores diferenciales que se encargan de ratificar la norma del cuerpo planteada por la medicina, en la medida en que por contraste, modelan el ideal corporal. Es así como, para Courtine, la exposición de las “curiosidades humanas”<sup>8</sup> se ofrecen al espectador de manera distante, casi dando el mensaje de que tal exceso, prodigio o rareza, no habrá de tocarle, en el marco de una estrategia tranquilizadora que le permite el humor, la piedad o el asco del que él mismo, a partir de esta constatación, sabe, no será objeto.

Gran parte de esta distancia y la tranquilidad que provee, se debe a la escenificación dentro de la cual se sitúa al monstruo.<sup>9</sup> Asimismo, funcionan en nuestro tiempo cuestiones como la musicalización de los episodios de *The Biggest Loser*<sup>10</sup> que se encarga de

---

<sup>8</sup> Los que nacieron así (*born freaks*), los que se hicieron así (*made freaks*) y los que ofrecían un espectáculo que forzaba al cuerpo, en actos como la deglución de espadas, por ejemplo (*novelty act*).

<sup>9</sup> El mayor ejemplo situado por Courtine es de los siameses Tocci quienes, al compartir un solo par de piernas no podían mantenerse en pie y eran exhibidos por su padre apoyados en sendos sofás para dar la ilusión del prodigio al espectador (Courtine, 2006, 212).

<sup>10</sup> *The Biggest Loser* es un programa de realidad televisada (*reality show*) lanzado en 2004 por la cadena NBC en Estados Unidos. El propósito del programa es reunir a un grupo de personas obesas para que, con la ayuda de un entrenador personal y un plan de dieta, logren perder la mayor cantidad de peso durante un

enfaticar el esfuerzo físico realizado por los concursantes, las historias de vida dramáticas que cuentan con testimonios de familiares y amigos en *Extreme Makeover*<sup>11</sup>, hasta los artículos de las revistas de mujeres de circulación nacional, escritos por mujeres exitosas y delgadas que se erigen como el modelo de normalidad apetecido por la mayoría de mujeres colombianas.

En esta medida, el cuerpo separado de la norma y el ideal se construyen no solamente desde el punto de vista científico sino además, desde las posibilidades comerciales que le permitirán inscribirse en la sociedad. Así que ese cuerpo anormal es algo que puede ser reparado, reinsertado en el orden social a partir de su disciplinamiento, medicalización y exhibición.

El avance de la cirugía estética, especialmente en un país como Colombia, permite la posibilidad de que podamos ser normalizados cada vez más , ya que dentro de este proceso no se encuentran ya los siameses Tocci o el hombre elefante, sino todos nosotros que podemos aspirar, más que a la normalidad, a la perfección. Los antiguos fenómenos de feria son ahora excentricidades de la genética que pueden ser tratadas por la medicina o excesos en la transformación corporal que, como en el caso de los tatuajes, las prótesis o las perforaciones, se eligen de manera deliberada y consciente. El antiguo monstruo de feria aparece ahora como tratable, paciente, despojado de estigma.

---

periodo aproximado de tres meses. El incentivo, además de la pérdida de peso en este programa “gratis”, es económico, de manera tal que el concursante que logre perder más kilos se hace acreedor de una fuerte suma de dinero. Ha sido versionado en muchísimos países alrededor del mundo y tiene adeptos que resaltan la función social en la concienciación sobre la epidemia de obesidad mundial, así como detractores que rechazan la espectacularización de la enfermedad con fines de lucro para las compañías de televisión.

<sup>11</sup> Programa de realidad televisada creado por la cadena ABC en 2002 y cancelado en 2007 en los Estados Unidos debido a luchas legales con antiguos concursantes. En cada capítulo del programa se mostraba a alguien que resolvía participar para ser objeto de una transformación completa de su apariencia física en un proceso que incluía cirugías estéticas mayores, procedimientos médicos y odontológicos, regímenes dietarios estrictos, cambios de guardarropa y estilismo profesional a cargo de profesionales en estas áreas radicados en Hollywood y acostumbrados a tratar entre sus pacientes a diversas luminarias de la farándula internacional. El programa fue versionado por el canal RCN en Colombia entre 2003 y 2004, siendo objeto de estas transformaciones personas de muy limitados recursos así como gente reconocida en el ámbito del entretenimiento nacional. Polémico desde su inicio por el recurso de exponer un solo modelo de belleza como válido y por la sobreexposición de las condiciones de vida de los concursantes que habían sido víctimas de maltrato, discriminación y pobreza, atribuyendo todo a su “desafortunada” apariencia.

¿Sucede lo mismo con aquellas corporalidades que a pesar de no llevar la marca del estigma, la rareza o el prodigio, escapan al ideal prevaleciente de perfección? No. En un mundo en el que la perfección está al alcance de la mano, no agarrarla es negligencia. Retornamos entonces a la idea de la obesidad como señal de negligencia consigo mismo, de incapacidad para el gobierno de sí.

Vemos entonces que sobre algunos cuerpos recae el estigma del que la monstruosidad ha sido despojada. *Obesity Action Coalition* (OAC) es una organización sin ánimo de lucro, fundada en 2005, cuyo objetivo principal es dar apoyo a los pacientes obesos y darles información, así como a la comunidad en general, sobre las causas, implicaciones y tratamientos de la obesidad para de este modo, concienciar a la sociedad sobre la importancia de la misma. Una de sus ideas principales es precisamente la concienciación de que la obesidad se ha convertido en un estigma en nuestros días.

La OAC señala en su página web como características de este estigma la negativa de trabajos, el rechazo de los pares en la edad escolar y el trato inapropiado de los profesionales médicos debido al peso corporal, y señala como estas situaciones “pueden tener un serio y negativo impacto en la calidad de vida”<sup>12</sup>.

Me pregunto si resulta exagerado calificar de estigma al fenómeno de segregación y marginalización que recae sobre los obesos. Sin embargo, la literatura en torno al tema parece confirmar que sí existe una marca indeleble sobre los cuerpos obesos que parece determinar de manera implacable la calidad de vida de millones de personas alrededor del mundo. Resuenan en mi mente las consideraciones de Susan Bordo en *Unbearable Weight: Feminism, Western Culture and the Body*: “El cuerpo es de hecho un “peso insoportable”; se le puede hacer ligero y soportable a través de una consciente autodefinición e identidad, una trascendencia mental e intelectual”, (Bordo, 1993, 198)<sup>13</sup>, porque pienso en el peso de esa marca, de esa herida que parece ser el cuerpo obeso, que

---

<sup>12</sup> “Comprensión del estigma de la obesidad” <http://www.obesityaction.org/educational-resources/brochures-and-guides/comprension-del-estigma-de-la-obesidad> Consultado en junio 3 de 2014

<sup>13</sup> “The body is indeed an “unbearable weight”; it can be made light and bearable through conscious self-definition and identity, mental and intellectual transcendence.” (Bordo, 1993, 198)

tiene que luchar constantemente por sanarse a sí mismo, por salir de sí, por definirse a partir de volver a hacerse.

En este panorama el cuerpo ya no es sólo un dato sino una construcción, siguiendo a Jean Baudrillard, y en ese sentido, los profesionales de las salud aparecen como “redistribuidores del cuerpo” (Baudrillard, 2001, 13) y de esta manera redefinen la relación de éste con la identidad. De esta forma, el cuerpo ya no es solamente el capital humano del que se hablaba en el segundo apartado de este capítulo, sino que además es un fetiche, un sustituto del alma, un signo social que da cuenta de las categorías de bienestar y belleza dentro del cual la obesidad resulta problemática y se convierte en fallo, excentricidad, rareza y además, marcador de género y clase social. La razón de lo anterior es que la regulación de los cuerpos de las personas es un reflejo de la regulación del cuerpo social. Señala Susan Bordo al respecto:

Similarmente, plantearé la hipótesis de que tal preocupación por la gestión “interna” del cuerpo (esto es, la gestión de sus deseos) se produce gracias a inestabilidades en lo que podríamos llamar la macro-regulación del deseo dentro del sistema del cuerpo social. En el capitalismo de consumo avanzado, como elegantemente ha argumentado Robert Crawford, se produce una producción de personalidad agonística e inestable debido a la estructura contradictoria de la vida económica. (Bordo, 1993, 199)<sup>14</sup>

En su artículo “The Body in Social Policy: Mapping a Territory” (2002), la socióloga inglesa Julia Twigg reitera la importancia de esa mirada médica de la que hablaba anteriormente, como una forma no solamente de regular y disciplinar a los cuerpos sino además, en nuestro tiempo, se convierte en el vector principal para su clasificación y estratificación. De esta forma, Twigg señala que aún cuando uno de los grandes problemas tiene que ver con las políticas públicas en cuanto a la prevención de la enfermedad y el cuidado de la comunidad, rara vez es el Estado quien es apelado con respecto a enfermedades como la obesidad, presentándose de este modo una suerte de “decoro” sobre lo público que desaparece cuando se trata de señalar a la enfermedad

---

<sup>14</sup> “Let me hypothesize, similarly, that preoccupation with the “internal” management of the body (that is, management of its desires) is produced by instabilities in what we could call the macro-regulation of desire within the system of social body. In advanced consumer capitalism, as Robert Crawford has elegantly argued, an unstable, agonistic construction of personality is produced by the contradictory structure of economic life.” (Bordo, 1993, 199)

como resultado de la negligencia del individuo. De esta forma la responsabilidad del Estado llega hasta donde las personas hayan “puesto de su parte”, comprendido que no pueden dar su cuerpo por sentado, gobernándose a sí mismos, lo que no es, en mi opinión, sino otra forma del repetitivo mando invisible a distancia, y una manifestación de las lógicas neoliberales.

Es así como vemos que allí donde el cuerpo pareciera tener radical importancia es ignorado mediáticamente, como en la discapacidad, donde, en medio de una sociedad que ha hecho de la apariencia y la imagen fetiches, recae sobre los cuerpos una tiranía de la perfección donde el discapacitado es el otro, y además de ser el otro es el otro disfuncional. Me acerco al asunto de la discapacidad pues cada vez más se expone, dentro del moderno *freak show* constituido por los programas de realidad televisada y los canales de “salud y familia”, que es ésta una de las consecuencias más graves de la obesidad. El obeso también es otro disfuncional, cuyo dolor yace en los intersticios de lo cultural y lo biológico.

En este punto es pertinente considerar, sin embargo, que el señalamiento que recae sobre el cuerpo obeso, no es propio solamente del siglo XX. Por supuesto, la medicalización y patologización de la obesidad son fenómenos que datan de nuestra historia reciente, pero que encuentran sus orígenes mucho antes. Como señala Joyce L. Huff (2001) en su artículo “A ‘Horror of Corpulence’”, podemos tomar como referente el panfleto *A Letter on Corpulence* publicado por el inglés William Banting en el año 1863, que presenta una forma estigmatizada de ver el cuerpo corpulento:

De todos los parásitos que afectan a la humanidad” inicia el panfleto, “yo no puedo concebir o siquiera imaginar uno más doloroso que la obesidad”. Más adelante, Banting describe a la corpulencia como una “lamentable enfermedad” y un “mal a gritos”, mientras que confiesa que desde su niñez ha experimentado “un terror inexpresable hacia tal calamidad. (Huff, 2001, 41)<sup>15</sup>

---

<sup>15</sup> “Of all the parasites that affect the humanity,” the pamphlet begins, “I do not know of, nor can I imagine, any more distressing than obesity.” Banting further describes corpulence as a “lamentable disease” and a “crying evil,” confessing that from his childhood, he had experienced “an inexpressible dread of such a calamity.” (Huff, 2001, 41)

Señala Huff que, a pesar de lo anterior, Banting parece protestar la visión de la sociedad victoriana según la cual la corpulencia era una señal de negligencia del individuo. Sin embargo, quien también señala que su régimen dietario es la solución para escapar de los crueles señalamientos públicos a los que el obeso se ve sometido. Desde la perspectiva de Banting, que se arraigará fuertemente en nuestra cultura hasta hoy en día, es necesario que el individuo se modifique a sí mismo, de ninguna manera que la sociedad, los otros, cambien en algo su manera de considerarlo.

Al establecer la postura de Banting como un referente del prejuicio hacia la corpulencia, en el mundo anglosajón, podemos cuestionar hasta qué punto las presiones sociales a las que hace alusión son en efecto condiciones reales que enfrentaban todos los sujetos corpulentos de su época o si más bien, su “gordofobia” ayuda a incrementar tales presiones, las motiva y las convierte en realidad, gracias a la repercusión de su escrito. Señala Huff que uno de los más grandes críticos de Banting, William E. Aytoun, se refería a la inconformidad de Banting con su propio cuerpo como “una respuesta no a ninguna experiencia real de presión social experimentada por los sujetos corpulentos sino más bien a un ‘horror personal mórbido frente a la corpulencia’ y un ‘extremo disgusto por ser elegido como sujeto de burlas’”.<sup>16</sup> (Huff. 2001, 41)

En la línea de pensamiento de Aytoun, muchos han considerado el texto de Banting como una muestra clara de *fat-phobia*<sup>17</sup>, término que generalmente se usa en español como “obesofobia”, pero que para este trabajo preferiremos llamar “gordofobia”, como traduce literalmente. La diferencia entre estos dos términos tiene que ver, con el desplazamiento del “horror personal mórbido” hacia la corpulencia de su motivación aparente, que sería la de la falta de salud y vitalidad, hacia la preocupación estética por el exceso de tejido adiposo.

---

<sup>16</sup> “(...) Was a response not to any real social pressure experienced by corpulent individuals but to a personal ‘morbid horror of corpulence’ and an ‘extreme dislike to be twitted on the subject of p[a]unchiness’.” (Huff. 2001, 41)

<sup>17</sup> Los términos *fat-phobia* y *fat-shaming* serán analizados con mayor profundidad en el segundo capítulo del presente trabajo.

La consideración de Banting sobre el cuerpo obeso fue, según Huff, una respuesta al afán por normalizar las actitudes victorianas frente al cuerpo de manera tal que en tal contexto se presentó una plurivocidad frente a la corpulencia, de manera que no solo el texto de Banting construía el cuerpo de sus lectores. *A Letter on Corpulence* emerge en un contexto en el que cada parte del cuerpo estaba codificada y se consideraba apropiada una determinada cantidad de adiposidad en ella; en contraposición, la voz de la industria dietética y la de la moda se han combinado para construir un discurso hegemónico sobre el cuerpo actual, y especialmente de las mujeres, en el que simplemente la adiposidad no tiene cabida. En este esquema, el cuerpo obeso/gordo<sup>18</sup> es aquel falta de voluntad, poco saludable y fuera de control, características que al superponerse con otros factores discriminatorios como la clase social, la etnicidad y el género, llevan al borde a una cantidad significativa de personas (Huff, 44).

Un ejemplo para hablar de este proceso de otredad dentro del cual se enmarca la condición de los cuerpos obesos es el caso del mexicano Manuel Uribe Garza, ganador del récord Guinness de 2007 como el hombre más obeso del mundo. Al momento de su reconocimiento, Uribe Garza había alcanzado un peso de 507 kilogramos y había permanecido ya cinco años sin poder moverse de su cama, luego de una lipectomía realizada en 2002 con el ánimo de perder algo de los 300 kilogramos con los que contaba en ese momento.<sup>19</sup> En el año de su nombramiento como el hombre más obeso del mundo, el norteamericano Mike Henderson dirigió el documental *The Heaviest Man (2007)*<sup>20</sup>, presentado en América Latina por Discovery Channel; esto, sumado a la cantidad de notas de prensa, segmentos de noticiero, entrevistas vía satélite en *talk shows* de todo el continente, hizo de Uribe Garza una celebridad. Tanto el documental como los demás materiales se centraron principalmente en mostrar los errores médicos que se habían cometido con él –como en el caso de su fallida lipectomía que finalmente lo postraría en su cama- y las dificultades de su vida diaria, siendo la mayor de ellas, la inmovilidad. Uribe cuenta en el documental como, a lo largo de esos cinco años, intentó quitarse la

---

<sup>18</sup> Aunque en apariencia sinónimos, hago una distinción para distinguir la denominación médica del cuerpo con sobrepeso (obeso) y el registro del habla común (gordo).

<sup>19</sup> <http://www.manueluribe.com/> Consultado en octubre 14 de 2014

<sup>20</sup> Ficha técnica en Internet Movie Database: <http://www.imdb.com/title/tt1347011/> Consultado en octubre 14 de 2014.

vida en repetidas ocasiones y se sintió “preso” en su propio cuerpo. Lo interesante del caso de Uribe es que se contrapone a ese ideal contemporáneo de la perfección del que hablaba en párrafos anteriores ya que, al no ser su cuerpo ese territorio de consumo y placer, se convierte en un proyecto, en ese monstruo al que hay que reparar.

En este punto resulta pertinente considerar aquellos factores que interceptan al cuerpo ya que no es éste en sí mismo el generador de diferencia sino que ciertas características suyas, como la raza, el género y el peso, se encuentran imbuidas dentro de las concepciones a partir de las cuales se escriben las políticas públicas y se delimitan los sistemas de salud. Es así como la atención primaria dada a Garza Uribe en su país de residencia, Estados Unidos, se centró en la cirugía estética (lipectomía), que prometía recortar su grasa y hacerlo una persona más acorde a las expectativas visuales de la sociedad, acercarlo al cumplimiento de las cada vez más estrictas demandas de la apariencia que parecieran mostrar que quien se ve mejor, es mejor. Concederle algo de la superioridad moral de quien sí ha cuidado su cuerpo. Y sin embargo, en el caso de Uribe Garza, lo único que se logró fue agudizar el problema, incapacitar al paciente, reducirlo, hacer aún más grande su estigma.<sup>21</sup>

La espectacularización del tratamiento de la obesidad, la exposición mediática que se centra en el señalamiento de la debilidad implícita del paciente obeso, la aceptación social de la burla hiriente y del maltrato verbal hacia los pacientes con obesidad, genera repercusiones negativas en cuanto a las posibilidades de borrar tal estigma. Según Helb y Heatherton, uno de los valores diferenciales de este estigma sobre otros de los señalamientos actuales que recaen sobre el cuerpo en nuestra sociedad, es que la actitud negativa hacia la obesidad no es algo que se presente única y exclusivamente en las personas delgadas sino además en las mismas personas obesas. En su estudio *The stigma of Obesity in Women: The Difference is Black and White* (1998), que retomaremos en el

---

<sup>21</sup> Según la página de Internet de Uribe Garza, para el año 2012 habría perdido 215 kilogramos gracias al tratamiento integral que le proporcionó la exposición mediática de su caso, ya que tal tratamiento comporta el trabajo de un gran número de profesionales de la salud que no son cubiertos por el sistema de seguridad social de los Estados Unidos. Uribe Garza, sin embargo, falleció en mayo de 2014 por un paro cardiorrespiratorio que, según los informes médicos, habría sido causado por problemas relacionados con su obesidad.

capítulo siguiente, los autores se encargan de demostrar cómo se presentan múltiples gradaciones con respecto a la imagen de las mujeres blancas y negras en relación con su peso corporal, y cómo estas gradaciones parecen jerarquizarlas de modo tal que las obesas tienden a estar, o a ser percibidas, en la parte más baja de la escala socio-económica. Cabe anotar, sin embargo, que las dinámicas de raza y clase social son diferentes en el ámbito local, dado que los procesos de “blanqueamiento”, o de la construcción de un imaginario de blancura, se encuentran asociados con mayor frecuencia al nivel educativo y la movilidad social. La explicación histórica de lo anterior se anida en los procesos culturales del tránsito entre el momento colonial y la modernidad en la Nueva Granada, como señala el filósofo colombiano Santiago Castro-Gómez en su libro *La hybris del punto cero*, en el que las élites coloniales afianzaron su poder a través del discurso de limpieza de la sangre, que derivó en una clasificación de las castas a través de la concentración del conocimiento y la etnización de la riqueza: “desde el comienzo mismo de la acción colonizadora en el territorio neogranadino, el fenotipo de los individuos (blanco, negro, indio, mestizo ) determinó su posición en el espacio social y, por lo tanto, su capacidad de acceso a aquellos bienes culturales y políticos que podían ser traducidos en términos de *distinción*”. (Castro-Gómez, 2005, 69, énfasis en el original)

A partir de lo anterior, podría considerarse una intersección múltiple entre el ideal de belleza como garante del ascenso social, el nivel educativo y la consideración del cuerpo femenino. Para mí, luego de haber bajado de peso dramáticamente a los ojos de los demás, tal afirmación pareció incontrovertible cuando la relación entre mi mejoría laboral y financiera fue asociada con mi recién estrenada “belleza”. Sin embargo, esa relación resulta ser en algunas ocasiones, solo una apariencia, una parte más de la estrategia tranquilizadora de la normalidad, una justificación para esa “obligación de ser bella” de la que habla Susan Sontag en el epígrafe con que incia, y al parecer termina, este capítulo. En torno a esa obligación, sus motivaciones y efectos, se centrará la discusión en el capítulo siguiente.

## Capítulo 2

### La obesidad femenina y el estigma de la obesidad: consideraciones en torno a la intersección entre género y peso

*I would say the world's in terrible shape, but I'm afraid the world would say, "Look who's talking!"*

*Cass Elliot, a.k.a. Mamma Cass*

*12 de febrero de 2011*

*Peso 80 kilos pero a todo el mundo le parece que peso 50. Es decir, hay un montón de personas que no me habían visto este año, sorprendidas con lo delgada que llegué de las vacaciones. Comentarios sobre lo linda que me veo, los años que me quité de encima, lo bien que me veo AHORA. Claro, porque antes debían verme como un monstruo, supongo. Lo importante es que para mí, hoy, y tal vez solo por hoy, todo este tema resulta más o menos triste. Y resulta triste porque al lado de los elogios vienen las preguntas sobre qué hice para perder de peso. Me siento fatal por confesarlo pero finalmente mi lector soy yo, así que no hay forma de ocultármelo: siempre digo “dieta, ejercicio, una vida más saludable”.*

*Soy una traidora.*

*Soy una vendida.*

*Soy una farsante.*

*Soy una mentirosa.*

*Soy una gorda vergonzante.*

*Además no entiendo qué carajos me está pasando por la cabeza cuando creo que me creen y no sé por cuál bendita razón siento tanta vergüenza de decir que me puse un balón en el estómago. Pero es la verdad, me aterra. Me siento incapaz de admitir que yo sola, por mi propia voluntad, no fui capaz de hacerme bonita. Que tuvieron que meterme un balón de goma por la garganta porque esta mediocridad corporal mía me gana y me ganará siempre y dependo de que alguien me impida comer, de que algo me llene el*

*estómago para no caer rendida ante la tentación de no sé, lo que sea, un chocoramo, una vaca, todo lo comible que haya en el mundo.*

*Pero yo no comía vacas y solo he soportado una punta del chocoramo, desde que era pequeña. No me voy a poner a preguntarle a dios ahora por qué tengo tantas amigas flacas que comen y comen y no son esta bola de grasa sonriente que yo siempre he sido. Ni me voy a poner a llorar otra vez porque un antiguo novio dijo que yo era tan linda pero que le daba “tanto asco” acostarse conmigo.*

*Ni pensaré en las veces en que me sentí culpable de pedir algo tan grande de comer mientras mis amigas pedían ensalada o mi madre me miraba con reprobación.*

*Especialmente porque justo ahora, a las 11:35 p.m., mientras escribo esto, daría lo que fuera por haber podido comer más de todo lo delicioso que había en la mesa por el cumpleaños de mi hermano. Mi hermano, ese afortunado que come y no engorda. No pensaré en ello ni me lamentaré.*

*Es solo que siento que ahora que lo logré no logré nada, porque no logro nada con esta mentira de decir que “lo hice yo solita” y porque me siento alguien totalmente diferente a quien yo creía que era. Porque perder tanto peso es para mí eso, una pérdida, un vacío. Porque yo no he estado gorda: yo soy gorda.*

En el capítulo anterior hablaba de la reproducción simbólica de la diferencia entre hombres y mujeres a partir de las consideraciones hechas por Zandra Pedraza con respecto a la anormalidad corporal en niños y mujeres, y aunque dicha lectura de los cuerpos nos aparece situada con sus raíces en el siglo XVI y un desarrollo posterior que abarca hasta los inicios del XIX, considero que estamos muy lejos de desplazar o reemplazar algunos de sus puntos principales. El cuerpo y la forma en la que nos hacemos a él, en que lo construimos, está imbuida dentro de un conjunto de prácticas sociales y de género que nos siguen jerarquizando y se convierten en factores discriminantes a la hora de *representar* a las mujeres. A continuación se analizará esta intersección entre género y peso, luego de haber recorrido en el capítulo anterior la manera en la que el cuerpo obeso se establece como un cuerpo anormal y es el objeto de una fobia social que lo acerca al campo de la monstruosidad.

## 2.1. ¿Necesito que me hagan “sentir mujer”?

*Silky smooth  
Lips as sweet as candy, baby  
Tight blue jeans  
Skin that shows in patches  
Strong inside but you don't know it  
Good little girls they never show it  
When you open up your mouth to speak  
Could you be a little weak?  
Madonna, “What it Feels Like for a Girl”.*

Hace un tiempo escribía en mi cuenta de Twitter que nunca he entendido la frase “hacerme sentir mujer”, que invade la cultura popular y he escuchado tantas veces en la televisión desde que era pequeña, para referirse a lo que siente una mujer cuando tiene relaciones sexuales con un hombre. En realidad no la entiendo con respecto a nada. Excede mi comprensión pensar que para “sentirme mujer” no me basta con mi propio criterio, sino que dependo de *el otro* para que esa sensación de “ser mujer” sea válida. Es decir, que si bien me puedo sentir como una mujer, alguien debe confirmármelo. Y por supuesto, que ese otro debe ser un hombre, un hombre que me “haga suya”.

Más allá del registro del chiste y las simpatías que causó, me interesa abrir esta parte de la discusión con esta anécdota porque siento que la manida frase está haciendo patente un cierto estándar de lo femenino basado en la asignación de roles a partir de lo biológico, en Latinoamérica y especialmente en Colombia, que se mantiene vigente hoy en día.

Personalmente, la importancia de reflexionar respecto a este estándar ha ido cambiando a lo largo de los años en los que a través de la academia, principalmente, he ido accediendo a lo que sucede tras las bambalinas de aquello tan naturales e irrefutables para mí como el hecho de que “soy mujer”. Para muchas mujeres de mi generación y de la clase media en Colombia, y más específicamente en Bogotá, el hecho de tener madres trabajadoras,

educadas, “profesionales”, casadas con padres que no las golpearan o las subordinaran de manera violenta, fue la cuota de tranquilidad para no tener que preguntarnos gran cosa, por lo menos en la infancia y la adolescencia temprana, sobre el hecho de ser mujeres. Con respecto a las abuelas y bisabuelas, que sufrieron la violencia doméstica, el trabajo del campo, la dependencia respecto al padre y luego al esposo, nosotras, esas niñas ingenuas, no teníamos nada que nos causara mayor preocupación. Sin embargo, mi salida de la esfera doméstica, de mi pequeño núcleo familiar a la calle cuando era adolescente, me mostró que ser mujer seguía siendo una lucha. Y alguna vez, leyendo a Monique Wittig diciendo que sólo “femenino” es género, empecé a cuestionar esa femineidad “natural” de la que estaba tan segura.

En *El género en disputa. Feminismo y la subversión de la identidad* (2007), Judith Butler, quien cita precisamente a Wittig, se encarga de hacer un recorrido por la teoría feminista y la filosofía, planteando la necesidad de cuestionar no solamente el establecimiento de roles planteados desde lo masculino sino también las presuposiciones dentro del mismo feminismo que, al intentar hacer visible jurídicamente a la mujer, se enmarcan dentro del mismo esquema falogocéntrico que se pretende atacar. Nos remiten nuevamente a una instancia prefeminista en la que se establece una identidad esencial de lo femenino en virtud de que no es lo masculino:

Así, la frase «Me siento como una mujer» es cierta si se acepta la invocación de Aretha Franklin al Otro definidor: «Tú me haces sentir como una mujer natural». Este logro exige diferenciarse del género opuesto. Por consiguiente, uno es su propio género en la medida en que uno no es el otro género, afirmación que presupone y fortalece la restricción de género dentro de ese par binario. (Butler, 2007, 80)

Por otra parte, nos señala Butler, con partir del desarrollo la frase de Simone de Beauvoir “No se nace mujer: llega una a serlo”, cómo debe desmontarse el discurso esencialista de lo femenino como si ser mujer fuera una instancia previa al lenguaje. Es en la performance, la repetición de los gestos, los comportamientos asociados socialmente, los roles (como la maternidad, por ejemplo) asignados en dependencia de lo biológico, que una *llega* a ser mujer. Existe entonces, una necesidad de, precisamente, “desnaturalizar” el

hecho de ser mujer y considerarlo como una instancia definitoria, totalizante e incuestionable que incluso desde el mismo feminismo a veces pareciera inalterable, todo esto legado de la consideración médica de los cuerpos sobre la que se discutía en el capítulo anterior:

El género es ante todo un concepto necesario para la aparición y el desarrollo de un conjunto de técnicas de normalización/transformación de la vida: la fotografía de los “desviados sexuales”, la identificación celular, el análisis y el tratamiento hormonales, la lectura cromosómica, la cirugía transexual e intersexual... (Preciado, s.f.)

Esa necesidad de desnaturalizar, de deshacer el género, se me plantea como vigente, actual, en la medida en que, si bien en las “élites” intelectuales, académicas y económicas se ha desvinculado de lo femenino la obligatoriedad de la maternidad o el matrimonio, las mujeres que no pertenecen a esos círculos, que son la mayoría, siguen viendo a estos dos roles como su inevitable destino, sólo por el hecho de nacer como mujeres desde el punto de vista biológico. Porque en ese sentido, el género no es solamente, de hecho no es, la causa de la diferencia o la discriminación sino que es también su efecto. Porque ser mujer, el género, no sólo es mi cuerpo, sino que produce mi cuerpo y lo necesito para constatarme a mí misma, desde la cuna rosada y la Barbie que mis papás no me compraban, hasta la llegada de la regla, el colegio de señoritas del que me echaron y la primera vez en que me di cuenta de que los niños no querían jugar escondidas americanas conmigo porque yo no era bonita, sino gorda.

El género entonces no es real, pero produce efectos de realidad en mí, a partir de los roles que me han sido impuestos como esenciales. Para dilucidar esa cualidad del género como causa y efecto, citaré a Teresa de Lauretis en su ensayo *La tecnología del género*:

Procederé a establecer una serie de cuatro proposiciones en orden decreciente de auto-evidencia y luego volveré sobre ellas para elaborarlas con más detalle.

(1) El género es (una) representación, lo que no quiere decir que no tenga implicaciones concretas o reales, tanto sociales como subjetivas, para la vida material de los individuos. Todo lo contrario.

(2) La representación del género es su construcción, y en el sentido más simple se puede afirmar que todo el arte y la cultura occidental es el cincelado de la historia de esa construcción.

(3) La construcción del género continúa hoy tan diligentemente como en épocas anteriores, por ejemplo, como en la era victoriana. Y continúa no sólo donde podría suponerse -en los medios, en la escuela estatal o privada, en los campos de deportes, en la familia, nuclear o extendida o de progenitura única- para resumir, en lo que Louis Althusser ha llamado los aparatos ideológicos del Estado. La construcción del género continúa también, aunque menos obviamente, en la academia, en la comunidad intelectual, en las prácticas artísticas de vanguardia y en las teorías radicales y hasta y por cierto especialmente, en el feminismo.

(4) En consecuencia, paradójicamente, la construcción del género es también afectada por su deconstrucción; es decir por cualquier discurso, feminista u otro, que pudiera dejarla de lado como una tergiversación ideológica. Porque el género, como lo real, es no sólo el efecto de la representación sino también su exceso, lo que permanece fuera del discurso como trauma potencial que, si no se lo contiene, puede romper o desestabilizar cualquier representación. (De Lauretis, 1989, 16)

La inquietud principal que me planteo a partir de lo señalado por De Lauretis tiene que ver con la pervivencia del género como construcción social porque creo que no tiene que ver sólo con una permanencia ligada a los sistemas “ideológicos del Estado”, sino que se encuentra anidada dentro de nosotras, en la forma en la que nos definimos por oposición al hombre y sus derechos o privaciones o libertades y nos dirigimos prestas a cumplir el destino que nuestra sexualidad nos demarca en el cumplimiento de los roles tradicionales. Desde esta perspectiva, las tecnologías de género deben considerarse como progresivas en la medida en que sus diferentes dispositivos se encargan de producir y reproducir significados dentro de los cuales comprender nuestros propios cuerpos y a partir de los cuales se produce nuestra representación subjetiva. Lo anterior implica que esos significados producen efectos reales en la construcción y deconstrucción de la propia subjetividad, pues para subvertirlos es necesario, en principio, reconocerlos.

En este sentido, siguiendo a De Lauretis, comprendemos al género como el producto no solo de la representación sino de la auto-representación, esto es, las mismas tecnologías de género necesitan de unos sujetos para concretarse, bien sea que estos creen o no en la existencia de una feminidad “esencial” o se rebelen ante tal idea.

Los efectos de las tecnologías de género señaladas por De Lauretis, sin embargo, se dan en el marco de un contexto androcentrado y pueden producir efectos opresivos sobre las mujeres, aun cuando se decida renunciar a la obligatoriedad de los roles tradicionales, o tal obligatoriedad se diluya, de modo que en nuestro entorno pareciera ser que esa constante lucha por llegar a ser una mujer, La Mujer, pervive de manera más general en el rol de “objeto de deseo”. Y nos devolvemos, entonces, a esa obligatoriedad de ser bella de la que hablaba Susan Sontag, que nos ha rondado desde el capítulo anterior.

En este sentido, creo que esa obligatoriedad, la belleza, es también una construcción, un sistema de representaciones determinadas por las características de los cuerpos que deben asumir unos roles concretos dentro de la esfera social en la medida en que son sexuados y que comportan unas obligaciones “estéticas”, unos ciertos ademanes y posturas que deben ser cumplidas para no ser menos bella y por lo tanto, menos mujer.

Los gestos, los comportamientos, la performance, está en total dependencia de la imagen de nuestro cuerpo y como ésta se ajusta y se inscribe o no en los imaginarios de la mujer deseable, exitosa, profesional y en cierta medida, “liberada”. Pero así como el hábito no hace al monje, el gesto debe ser producido por una corporalidad específica para que pueda ser decodificado como bello y no como ridículo.

Pienso en ejemplos como las fotografías de la revista colombiana *SoHo*, en las que mujeres con sobrepeso han posado desnudas. Especialmente, en el caso de la ex representante a la Cámara, Yidis Medina quien desde la cárcel posaba para la revista en la edición de julio de 2008:



*Imagen 1. "Yidis Medina, el cuerpo del delito". Tomada de <http://www.soho.com.co/mujeres/multimedia/yidis-medina/19328> Consultado en junio 13 de 2014*

Más allá de la imagen, quisiera resaltar las declaraciones de la fotógrafa Alejandra Quintero, con respecto al proceso de producción de la misma: "Todo se arregló con una buena iluminación, pues Yidis no es flaca y teníamos que hacer un trabajo que no fuera morboso sino artístico" (SoHo, s.f.) lo que deja en claro que la modelo, al no ser delgada, necesitaba una ayuda externa como la iluminación para que el resultado de fotografiar su cuerpo desnudo fuera algo digno de ser expuesto en la revista y no algo "morboso", grotesco. Me atrevo a aventurar que la propia modelo se sintió agradecida de que el resultado final fuera tan "artístico". Tan artístico que, según la fotógrafa, hace una remembranza a las modelos de inicios del siglo XX, más voluptuosas, y por tal razón la elección del blanco y negro, una forma más de validar el cuerpo fotografiado.

No quiero entrar acá a juzgar las intenciones de fotógrafa, publicación y modelo, puesto que las desconozco y me parece que más allá de ellas, está la importancia de esa pervivencia en nuestro imaginario de un deber ser corporal de la mujer como única forma de ser considerada bella, de que lo polémico sea su imagen y no sus acciones, como en el caso de la ex representante que purgaba pena en una cárcel por el delito de cohecho.

Resulta entonces bastante conveniente que precisamente "El cuerpo del delito" —nombre dado al especial sobre Yidis Medina en la revista *SoHo* —, sea precisamente un cuerpo gordo, desbordado, que infringe tanto los límites de lo femenino-bello-normal, como los de lo social-moralmente-aceptable. Desde esta perspectiva, se presenta una reiteración de la relación entre la corporalidad desbordada, y la negligencia en el cuidado de sí, que señala de ese modo a la delgadez como una prueba de superioridad moral.

Quisiera retornar entonces al pánico moral que suscita la obesidad y como este se vincula con determinadas prácticas en el lenguaje. Como señala Juan Carlos Herrera en su tesis de maestría en Estudios Culturales, "Cuando las carnes abundan. La emergencia de la obesidad como un problema de la cultura contemporánea":

En el imaginario popular se ha quedado impreso el término “flaco”, para hablar de alguien escaso de carnes, pero ese imaginario se conecta con otros a su vez. Una persona flaca se puede asociar a lo frugal, ésta a su vez a alguien contenido o mesurado en lo que se refiere a la alimentación y por lo tanto a lo virtuoso, pues el que mucho come es una persona desmesurada y se liga a la gula, por cierto, uno de los pecados capitales, según la teología cristiana. (Herrera, 2012, 57)

De este modo, los términos “obeso/obesa” y “gordo/gorda” se definen a partir de una matriz histórica, señala Herrera, que marcada por la asociación cristiana entre delgadez y virtud, los convierten en señalamientos de orden moral en la medida en que contravienen los mandatos divinos, entran en desobediencia frente al poder supremo y son culpables, en tanto que desmesurados. Lo anterior, sumado a las maneras en las que se ponen en escena, contribuye a generar un pánico moral, esto es, una creencia extendida y divulgada a través de los medios de comunicación, que señala a los cuerpos gordos, desmesurados, como un peligro que amenaza con corromper el orden social. Sobre el concepto de pánico moral, me apego a la definición más frecuente al respecto:

Un pánico moral puede ser definido como un episodio, a menudo provocado por historias alarmantes divulgadas por los medios de comunicación, y reforzado por leyes reactivas y políticas públicas, de exagerada o mal dirigida preocupación pública, ansiedad, miedo o ira por una supuesta amenaza al orden social. (Krinsky, s.f., 1)<sup>22</sup>

Lo anterior no significa que esté desconociendo que hay factores de riesgo ligados a la obesidad y que uno de los factores más importantes en la recurrencia de la obesidad en nuestro tiempo tiene que ver con los malos hábitos alimenticios y un estilo de vida cada vez más sedentario. Sin embargo, es importante caer en cuenta de que estos hechos son sobreexplotados en la publicidad, las noticias, los medios impresos e incluso las películas y series de televisión y que es sobre ellos que la exitosa industria dietética y la del fitness se han apalancado en gran parte. En este proceso, los cuerpos gordos son representados a través de los lentes de la ridiculización y el estereotipo, el señalamiento directo sobre sus

---

<sup>22</sup> “A moral panic may be defined as an episode, often triggered by alarming media stories and reinforced by reactive laws and public policy, of exaggerated or misdirected public concern, anxiety, fear, or anger over a perceived threat to social order.” (Krinsky, s.f., 1)

posibles fallas morales y la marginalización. Señala Sander L. Gilman, sobre este pánico moral:

Entonces, ¿estamos engordando demasiado? ¿Qué significa “demasiado gordo” en términos de felicidad individual y salud? ¿Por qué estamos (si, en efecto, estamos) engordando?

Si hay un asunto de salud pública en esto, bien puede ser una serie de problemas originados en un supuesto equivocado: el aumento de la circunferencia y su relación absoluta con la mala salud. Esto no quiere decir que no hay problemas de salud asociados con la gordura, pero hemos creado un pánico moral en cuanto al impacto del aumento de peso en la sociedad, en la familia y en nuestra felicidad. Ver una epidemia mundial de gordura causada por una conspiración entre los productores de comida rápida y nuestros genes resulta extraño: pero la cultura de la dieta se apoya en la idea de que tenemos que controlar esta epidemia.

Cada era, cultura y tradición define lo que es aceptable en términos de peso corporal –no saludable, feo o corrupto. Tenemos que entender esto como un proceso de creación de cuerpos ideales o normales –aquellos cuerpos que queremos tener, pero que casi seguramente no tendremos. (Gilman, 2009, en línea)<sup>23</sup>

En este escenario es necesario establecer que si bien la obesidad, desde el punto de vista médico, pareciera estar delimitada a un específico índice de masa corporal y que su condición de riesgo para la salud se asocia con características precisas, como el volumen abdominal y el porcentaje de azúcar en la sangre, entre otros, socialmente hemos expandido su alcance, de manera tal que personas que hace un par de décadas eran consideradas “normales”, ahora son consideradas como una amenaza. Obesidad y gordura, caen indistintamente bajo la mirada que censura y aparta socialmente, la que considera a la delgadez como la única forma de belleza y salud posible.

Es así como la caracterización de la obesidad como una enfermedad de proporciones epidémicas, ha demonizado a los cuerpos gordos y ha convertido a las palabras “gordo” y “gorda” en demonios de nuestro tiempo que deben combatirse a través de la dieta, el ejercicio y, dado el caso, la intervención quirúrgica.

---

<sup>23</sup> “Lucha contra la obesidad” en Project Syndicate <http://www.project-syndicate.org/commentary/fat-chance/spanish> Consultado en diciembre 16 de 2014

## 2.2. La letra escarlata: G de gorda

*When we lose twenty pounds...we may be losing the best twenty pounds we have! We may be losing the pounds that contain our genius, our humanity, our love and honesty.*

Woody Allen

Llegada al punto de la presunta superioridad moral ostentada por los cuerpos delgados, quisiera devolverme en la discusión para desarrollar más ampliamente lo que se ha denominado como el estigma de la obesidad. Para ello hemos de considerar en primer lugar, la relación dieta-obesidad que emerge siempre al enfrentarse a la corporalidad obesa; en esta medida, existe un vínculo directo y proporcional entre las calorías consumidas en la ingesta y las gastadas por el cuerpo para su funcionamiento óptimo.

De este modo, la obesidad aparece en aquellas personas que suman una ingesta alta de alimentos con una baja actividad física. Tal correlación es innegable, pero dista mucho de ser una causa única de la obesidad.

En el documental “The Weight of The Nation” (2012)<sup>24</sup>, que retrata la epidemia de obesidad en Estados Unidos, accedemos a la opinión de varios médicos expertos acerca de las causas de la obesidad. Si bien la ingesta, el ambiente y las condiciones social y educativa de los pacientes son agentes que precipitan la obesidad, aclara el doctor Rudolph Leibel, director del centro médico de la universidad de Columbia, que una de las conclusiones relevantes del estudio en el que se basa el documental es que el componente genético incide entre un 60% y 70% en la aparición de la enfermedad.

De hecho, para ir más allá, muchos de los problemas relacionados con la ingesta de alimentos, por exceso o defecto, parece tener relación fundamental con alteraciones de algunos genes; así que hablamos de un componente biológico y uno ambiental que influyen de forma conjunta en la construcción de un cuerpo obeso.

---

<sup>24</sup> Dirigido por Dan Chaykin, producido por HBO Documentary Films, estrenado el 14 de mayo de 2012.

Llama la atención, al ver los testimonios de los pacientes escuchar frases como: “Me sentía muy sola, abandonada, así que empecé a comer compulsivamente. Un día me desperté y al verme en el espejo vi lo pesada que me había vuelto”, correspondiente al testimonio de Alice (27 años), quien pertenece a ese escaso 7% de adultos obesos que no lo fueron durante la infancia; en su caso, existe un componente emocional que precipitó también su obesidad actual.

El ejemplo anterior es útil para señalar las vías en las que el llamado estigma de la obesidad opera, razón por la cual, quisiera retornar a las consideraciones iniciales de Ervin Goffman acerca de la definición del estigma en general:

Se pueden mencionar tres tipos de estigmas, notoriamente diferentes. En primer lugar, las abominaciones del cuerpo —las distintas deformidades físicas—. Luego, los defectos del carácter del individuo que se perciben como falta de voluntad, pasiones tiránicas o antinaturales, creencias rígidas y falsas, deshonestidad. Todos ellos se infieren de conocidos informes sobre, por ejemplo, perturbaciones mentales, reclusiones, adicciones a las drogas, alcoholismo, homosexualidad, desempleo, intentos de suicidio y conductas políticas extremistas. Por último existen los estigmas tribales de la raza, la nación y la religión, susceptibles de ser transmitidos por herencia y contaminar por igual a todos los miembros de una familia. (Goffman, 1995, 6)

En principio, podría ubicarse a la obesidad dentro de las abominaciones corporales: el cuerpo no corresponde a la imagen normativa que de él se espera y dado el componente genético que influye en la obesidad, podría asumírsele como una anormalidad biológica. Sin embargo, sabemos que más allá de lo meramente biológico, existe la posibilidad de contrarrestar la posible obesidad en la medida en la que el cuerpo es disciplinado a través de la dietética y el entrenamiento.

Por lo tanto, podría pensarse, para retornar al prejuicio más comúnmente extendido sobre los pacientes obesos, que su mal obedece a una cierta debilidad que les impide gobernar su propio cuerpo, resistir al impulso de comer exageradamente y a la comodidad del sedentarismo, lo cual nos haría retornar a la supuesta superioridad moral de la delgadez como un rasgo relevante sobre las consideraciones acerca del cuerpo en nuestra época. El

signo del cuerpo obeso es entonces una “falta de voluntad”, una desmesura, que se encarga de desbordar al cuerpo y hacerlo salir del marco de lo socialmente aceptado en la medida en la que denota la incapacidad del sujeto de gobernarse a sí mismo. Pero, ¿acaso no es en ese mismo marco de lo socialmente aceptado en el que el descanso y el exceso parecieran ser privilegios? En palabras del famoso economista Jeffrey Sachs:

Hemos entrado en un ciclo de autoalimentación que es extremadamente peligroso. Nos están vendiendo cosas que no están fomentando nuestro bienestar y que a menudo lo disminuyen. Nuestra salud se está quebrantando, nuestra ansiedad va en aumento, la gente no sólo ven demasiada televisión y come demasiada comida rápida, sino que además lo sabe y luego gasta una enorme cantidad de esfuerzo psíquico y dinero para tratar de resistir sus propios impulsos que son construidos y se han convertido en casi adictivos.<sup>25</sup>

Así que de este modo, la relación entre lo biológico y lo psicológico se enmarca en unos determinados procesos de consumo que posibilitan su interacción como causantes de la epidemia de la obesidad que, a su vez, se convierte en uno de los grandes signos de nuestra época y de la “americanización” –entendida esta como la inclinación al consumo desbordado del que Estados Unidos se ha convertido en símbolo– de la vida en la escala global. Es necesario tener cuidado sin embargo, en la manera en la que consideramos esta “americanización”, y precisar que nos referimos en este caso a la manera en que el consumo, y especialmente el consumo de alimentos se han modificado debido a la apertura económica y la llegada de nuevos productos y formas de mercadeo a la región. En el artículo “Antecedentes históricos sociales de la obesidad en México”, se señala el impacto que ha tenido este proceso de cambio en los hábitos alimenticios de la sociedad mexicana gracias a la transformación de la industria alimentaria misma, en un contexto social estratificado y clasista, extrapolable al caso colombiano, dado que de momento no

---

<sup>25</sup> “We have gotten into a self feeding cycle which is extremely dangerous. We are being sold things that are not raising our wellbeing and are often lowering it. Our health is breaking down, our anxiety is increasing, people not only watch too much television and eat too much fast food but they know it and then they spend tremendous amount of psychic effort and money to try to resist their own impulses which are built in and have become almost addictive”. Entrevista hecha por Jo Cofino para The Guardian, “Rio+20: Jeffrey Sachs on how business destroyed democracy and virtuous life” en [http://www.guardian.co.uk/sustainable-business/rio-20-jeffrey-sachs-business-democracy?CMP=tw\\_t\\_gu](http://www.guardian.co.uk/sustainable-business/rio-20-jeffrey-sachs-business-democracy?CMP=tw_t_gu) Consultada el 22 de junio de 2013.

existen documentos que detallen del mismo modo la transformación dietaria a nivel local. Señalan los autores:

Esta industria segmenta la oferta y comercialización de productos alimentarios de consumo masivo, en función de la capacidad económica de los consumidores. Los productos de baja calidad son dirigidos a los sectores con menor poder adquisitivo. Cuanto más bajo es el poder de compra del público al que se dirige, más alto es el contenido de grasas, azúcares y aditivos. Generalmente los productos industrializados que se consumen en circunstancias de antojo se dirigen a la población con menor capacidad económica y son relativamente más caros y menos recomendables desde el punto de vista nutricional que otros similares. En México la cultura alimentaria tiene un amplio mosaico de expresiones regionales y locales, sin embargo en la actualidad muestra tendencia a la homogeneización debido a la estigmatización que se ha hecho de la comida mexicana y la promoción de la comida industrial constituida como símbolo de abundancia. (Guerra, 2006, 93)

Desde esta perspectiva resulta claro que la transformación de la economía latinoamericana, en el caso de los países en vías de desarrollo ha impactado de manera contundente la relación entre los individuos y su alimentación. De este modo, podemos ver cómo, si bien se plantea una de las causas de la epidemia de la obesidad, también se delimita su alcance en términos poblacionales dado que quienes son más proclives a “contagiarse” son aquellos que precisamente, por falta de recursos económicos, pueden acceder a la comida industrializada. En este sentido, el señalamiento social sobre los cuerpos obesos y sobre la gordura, tiene más probabilidades de recaer precisamente sobre los pobres pues las circunstancias los obligan a llevar un estilo de vida que dista de lo que se considera saludable. Lo saludable, el bienestar, parecen ser artículos de lujo y muestra de ello se encuentra en cualquier visita al supermercado donde los productos frescos, orgánicos y con alto contenido nutricional exceden con creces el poder adquisitivo de cualquier ciudadano del común.

Sin embargo, no estoy intentando hacer una reducción burda de la clasificación de Goffman y es para mí claro, como se señalaba en el primer capítulo, que el problema de la negligencia en el cuidado del propio cuerpo, parece ser la característica más ampliamente atribuida a las personas obesas. Y en este mismo orden de ideas, la sobrealimentación

como causa principal de la obesidad acampa en el “sentido común” de manera que sobre la “gorda” recae su propia falta de voluntad.

Utilizo la palabra “gorda” para recalcar que, si bien los hombres también son víctimas de categorizaciones e imposiciones sobre sus propios cuerpos, es en torno al cuerpo femenino que el aparato de las representaciones de belleza y salud recae de forma más recurrente en nuestra sociedad.

En su artículo “The Absent Body Project: Cosmetic Surgery as Response to Bodily Dysappearance” (2006), Debra Gimlin hace un esbozo sobre dos consideraciones contemporáneas sobre el cuerpo que me permiten enmarcar las preguntas que sobre mi cuerpo he formulado y los señalamientos que recaen sobre el cuerpo femenino, como indicaba en el párrafo anterior. En primer lugar, tenemos una concepción del cuerpo como proyecto, en el que los esfuerzos por modificarse de acuerdo a un ideal determinado se entienden como una parte del proceso de crearse una identidad propia; se habla entonces de un cuerpo que se produce y que se asume a sí mismo en construcción constante en la medida en que pretende llegar a “completarse” por sí mismo, en la medida de sus propios esfuerzos. El cuerpo, como dice Gimlin, siguiendo el pensamiento de Bourdieu, se convierte entonces en un fin en sí mismo.

Por otra parte, Gimlin aborda la perspectiva planteada por Drew Leder con su teoría del “cuerpo ausente”, que enuncia el asunto del cuerpo como un fenómeno multidimensional relacionado con la atención o indiferencia con las que ciertas partes del cuerpo son tratadas dependiendo de las situaciones por las cuales atraviesa el sujeto. Para Leder, algunas partes del cuerpo son una ausencia en la medida en que no hay una conciencia de que estas existen sino hasta que son afectadas por alguna situación, bien sea la enfermedad, el placer o la atención puesta en ellas por parte de otros. Es forma de reparación corporal es llamada por Leder “*dys-appearance*” en la medida en que se experimenta al cuerpo como un obstáculo, una interrupción en el orden corriente de las cosas, en la rutina corporal misma, lo que es patente cuando se experimenta dolor, por ejemplo.

Otra de las manifestaciones de esta forma de re-aparición corporal ocurre cuando la mirada de los otros sobre el cuerpo lo convierte en objeto y este se transforma también en obstáculo para la interacción social.

La *dys-appearance* corporal nos remueve de las actividades en las que estamos comprometidos, nos aliena del mundo social y nos fuerza a permanecer dentro de la limitada esfera del cuerpo. [...] La *dys-appearance* social ocurre cuando la “mirada del Otro” es particularmente antagónica u objetivante, lo que causa a la vez una interrupción en la interacción social y una autoconciencia corporal del objeto de dicha mirada. (Gimlin, 2006, 702)<sup>26</sup>

La anterior idea resulta interesante para el estudio de la intervención del cuerpo con fines estéticos, como sucede en la investigación de Gimlin acerca de la cirugía plástica. Las entrevistadas por Gimlin acusan, en la mayoría de los casos, haber sentido ciertas partes o características de su cuerpo como un falso testimonio de sí mismas, pero ha sido precisamente a partir de la mirada de los otros que la conciencia sobre su propio cuerpo ha emergido y se ha convertido en un problema por resolver.

La voz de los otros es una llamada a la conciencia sobre el cuerpo que se experimenta desde temprana edad y que puede contribuir a esa consideración del cuerpo como algo vergonzoso o despreciable. De lo anterior se desprende que a veces el cuerpo se convierte en una presencia extraña, en algo que está ahí, extrañamente vinculado al yo, pero que se distancia de lo que en realidad somos. Llama la atención en este sentido que la mirada del otro se convierta en un mecanismo de interpelación sobre el cuerpo y sus particularidades. De este modo, aparecen testimonios en el trabajo de Gimlin en los que una parte específica del cuerpo es hecha consciente: un busto grande, por ejemplo, hace que la mujer sea vista por otros como una persona sexualmente activa o abierta y esa catalogación que convierte a los senos en objeto, resulta en una interferencia entre lo que la mujer quiere mostrar de sí misma más allá del aspecto meramente sexual. Algunas de

---

<sup>26</sup> “Bodily dys-appearance removes us from the activity in which we are engaged, alienates us from the social world and forces us into the limited sphere of the body. [...] Social dys-appearance occurs when the “gaze of the Other” is particularly antagonistic or objectifying, thereby causing both a disruption in social interaction and corporeal self-consciousness in the object of the gaze”. (Gimlin, 2006, 702)

las colaboradoras de Gimlin acusan sentir que no son tomadas en serio o que sólo son tomadas en serio en aspectos que se refieren a esas características corporales que ellas mismas no logran reconciliar con su propia identidad.

Gimlin señala que la cirugía estética responde entonces no a un deseo de embellecimiento, sino a una urgencia de normalidad en la medida en que la re-aparición del cuerpo a partir de su tratamiento como objeto señala una falla, una debilidad, una complicación para identificarse y mostrarse a sí mismo.

En momentos de estrés sociocultural, cuando la necesidad de una autodefinition positiva afirma lo que, pero no hay un criterio convincente de autoidentificación aparecen, siempre es posible decir algo como: "Yo puedo no saber el contenido exacto de mi propio sentido la humanidad, pero ciertamente *no soy así*", y simplemente apuntar a algo en el paisaje que es manifiestamente diferente de uno mismo. Esto podría llamarse la técnica de auto-definición ostensiva por la negación, y sin duda se practica de modo mucho más generalizado, en la polémica cultural que cualquier otra forma de definición, excepto tal vez por los juicios *a priori*. (White, 2001, 152)<sup>27</sup>

En el ámbito local, estas consideraciones sobre el afán de normalización y las cirugías estéticas fueron plasmadas, por ejemplo, en el trabajo de Lina Moreno Velásquez "Cuerpos modelo, cuerpos moldeables" (2010), quien señala un factor fundamental por considerar, y es que si bien ese afán está casi generalizado, las condiciones para su solución están estratificadas:

Si bien la estética de las estéticas se crea de acuerdo con los ideales que se ponen a disposición del público, su ubicación espacial dentro de la ciudad de Bogotá, también nos da pistas sobre el significado que adquieren estos lugares, o lo que representan. La mayoría de clínicas estéticas y consultorios médicos (por lo menos los más reconocidos) están ubicadas entre la autopista norte y la carrera séptima, de la calle 72 hasta la 134 aproximadamente, lo que significa que dado a las características de la zona (sector de elite, de

---

<sup>27</sup> "In times of sociocultural stress, when the need for positive self-definition asserts itself but no compelling criterion of self-identification appears, it is always possible to say something like: "I may not know the precise content of my own felt humanity, but I am most certainly *not* like that," and simply point to something in the landscape that is manifestly different from oneself. This might be called the technique of ostensive self-definition by negation, and it is certainly much more generally practiced in cultural polemic than any other form of definition, except perhaps *a priori* stipulations". (White, 2001, 152)

amplio crecimiento comercial, sobre todo en lo que respecta al sector salud y a la implementación del turismo de la salud en la ciudad), los principales usuarios están representados por personas con capacidad de pago, ya que la calidad de servicios no siempre se traduce en precios asequibles para todos. En contraste, existen otro tipo de clínicas -conocidas como clínicas de garaje- a las cuales acceden mujeres con limitaciones de tipo económico, que aun así buscan transformar su cuerpos con procedimientos, que si bien son ofertados a bajos precios, implican graves riesgos para la salud, en tanto ni las prótesis, ni el instrumental como tampoco la praxis médica están debidamente certificadas por los organismos correspondientes (Instituto nacional de vigilancia de medicamentos y alimentos (INVIMA) en el caso de las prótesis y la Sociedad Colombiana de Cirugía Plástica, Estética y Reconstructiva de Colombia (SCCPE), en el caso de los médicos). (Moreno, 2010, 38)

La anterior consideración nos lleva a contemplar cuán generalizado está el escenario de la consideración del cuerpo como proyecto y a la vez, como esta se inserta en las dinámicas sociales de nuestro contexto. Es así como podemos considerar que, tal como sucede en el ámbito de los hábitos alimenticios existen dos tipos de cuerpos diferentes: los que pueden y los que no pueden pagar el precio de ser saludables y bellos. Tal idea nos remite al planteamiento de que si bien la falta de voluntad y la desmesura son consideradas como las fallas morales que conducen a la obesidad y la gordura, estas exceden el ámbito de la voluntad en las prácticas reales. El afán de tener un cuerpo perfecto, bello y saludable, está ligado al deseo de ascenso social y de éxito económico, al anhelo de aceptación y de poder y por lo tanto, no puede reducirse, sino que debe considerarse desde un enfoque transversal. Sin embargo, es también importante considerar que pueden existir formas de construirse como sujeto por fuera de ese afán de normalización, desde la resistencia al mismo, en los que se rechaza la patologización y satanización de la obesidad y el sobrepeso, para asumir de este modo, una posición reaccionaria frente a las categorizaciones de las que obesas y obesos, gordos y gordas, somos presos.

Cabe señalar en este punto que estas categorizaciones, tal como señalaba al hablar de las tecnologías de género, necesitan sujetos en los cuales desarrollarse, y en esta medida, gracias a la perspectiva médica y el pánico social que fueron explicados anteriormente, los gordos y gordas del mundo las hemos interiorizado y nos hemos convencido de estar inscritos dentro de la anormalidad. Trabajos como el de Juan Carlos Herrera, en el ámbito local, exponen la vivencia de la obesidad configurada como una otredad, una corporalidad

problemática de la que es preciso liberarse pues conlleva la marca del viacrucis, del padecimiento. Muchos de los testimonios de la tesis de Herrera, *Cuando las carnes abundan* (2011), que corresponden a personas obesas que han optado por la cirugía bariátrica, señalan a la salida de la obesidad como una liberación, una manera de inscribirse dentro de lo normal y de considerarse a sí mismos como personas más valiosas, deseables y bellas. Al respecto el autor señala:

Aquí, el padecer va en doble vía, como lo entraña su origen etimológico (Pathos), lo obeso se puede leer tanto desde lo pasional como desde lo enfermo. Por la preponderancia del discurso de la ciencia se lee más desde lo enfermo. La enfermedad no es sólo la ausencia de la salud, es padecer, experimentar otra forma del cuerpo y desde lo mórbido, la enfermedad crea otras representaciones que se imponen en lo corporal. (Herrera, 2011, 66)

Como salida a lo anterior, Herrera propone asumir la obesidad desde la serenidad, como una práctica espiritual y política dentro de la cual no se pretenda negar las realidades médicas del cuerpo obeso, ni tampoco se naturalice a este como transgresor en sí mismo. Sin embargo, valdría la pena cuestionarnos si luego de que esa serenidad nos permita reconsiderar al cuerpo más allá de las lógicas del consumo y la optimización, las corporalidades consideradas como problemáticas podrían lograr espacios en los que puedan ser sin miedo al señalamiento y al juicio. A partir de lo anterior, considero que de la mano de esa serenidad debe existir un proceso de re-aparición del propio cuerpo, una aceptación de su existencia que nos permita salir del prejuicio y rebelarnos genuinamente ante la tiranía de la delgadez como ideal.

La re-aparición de mi propio cuerpo surge, dentro del marco de este trabajo, con la conciencia de la obesidad que, si bien es una condición con la que mi cuerpo se ha mantenido durante mucho tiempo, vino a mi consciencia de manera clara, tomó la forma de un problema, a partir del llamado de la enfermedad, del momento en que me diagnosticó como obesa. Durante la mayor parte de mi vida intenté encontrar una fórmula mágica para adelgazar, un método rápido y sin esfuerzo que me separara de todo aquello en lo que no puedo ser yo, en lo que habito y me siento extranjera. Si el cuerpo es un

territorio, no me reconocía adentro de sus límites, necesitaba, y necesito, un método rápido y efectivo para dejar de circular en él.

Hablo entonces de mi cuerpo, un cuerpo que he construido como femenino, ese específico cuerpo sobre el cual recaen determinadas presiones sociales acerca de la proporción, el uso y la costumbre. Al pensar en este cuerpo, y en el hecho de que sea precisamente “el de una mujer”, retomo a Butler en *El género en disputa* porque quiero creer que ese género que queremos deshacer, y del que me quisiera desasir a veces, no es la marca que recae sobre un cuerpo inmutable sobre el cual se impone una letra escarlata, que en mi caso es la “G” de “gorda”, que da cuenta de mis insuficiencias, de las fallas de mi voluntad que otros se apresuran a suponer: porque si bien el género se construye discursivamente, este cuerpo que narro está en tensión constante con el lenguaje mismo desde el cual lo narro. En este sentido, es importante para mí considerar que las representaciones corporales se diferencian desde la perspectiva del género en cuanto a sus efectos políticos y que en esa medida, consiguen movilizar imaginarios y sostener presupuestos lo suficientemente acendrados como para que aún hoy en día, se naturalice la debilidad del cuerpo femenino, la necesidad de las mujeres de ser guiadas por el saber médico con respecto a su propio cuerpo y la obligatoriedad de los roles tradicionales de madre, esposa o mujer fatal, que la sociedad nos impone.

Considero que, en gran parte, el discurso médico de la obesidad como enfermedad, desarrollado durante el primer capítulo, es un discurso del que necesito defenderme. En gran parte —como sociedad y a partir de la copia y apropiación de las mismas angustias experimentadas por la sociedad norteamericana, patentes en el documental anteriormente citado— hemos naturalizado, sin objeción alguna la idea de que el sobrepeso nos pone en una carrera acelerada hacia la tumba y disminuye nuestra calidad de vida. Hemos naturalizado la idea de que tener sobrepeso es una falla, una falta de cuidado, una ignorancia con respecto a lo que es bueno; hablo incluyéndome, desde un “nosotros” porque ha sido naturalizado por los que tenemos sobrepeso, los que haríamos casi cualquier cosa por adelgazar. Es entonces cuando esa idea de hacerse un cuerpo óptimo se convierte en un mandato pues solo esos cuerpos óptimos/delgados tienen visibilidad,

derechos, necesidades, son adecuados para el placer sexual y en últimas, buenos ciudadanos.

En su libro *Revolting Bodies? The Struggle To Redefine Fat Identity* (2004), Kathleen Le Besco señala como este sentimiento “anti-gordo” es un subproducto del deseo de adelgazar y —citando a Hill Schwartz—, “debe ser entendido como una confluencia de movimientos en las ciencias y en la danza, en la economía del hogar y la economía política, la tecnología médica y la industria alimenticia, la evangelización religiosa y el negocio de los seguros de vida” (LeBesco, 2004, 16). La anterior afirmación se encarga de explicar el conjunto de categorías desde las cuales está siendo valorado el cuerpo obeso y como éstas, al juntarse, se encargan de conformar el cuadro de un mal ciudadano, en oposición el bueno, que básicamente se caracteriza por ser bello, saludable y responsable de sí mismo y de su familia.

Lo anterior es una muestra de cómo la idea de superioridad moral de la delgadez persiste en nuestro entorno y nos da pie para considerar dos fenómenos que se relacionan íntimamente con su persistencia: la *fat-phobia* (gordofobia, obesofia) y la cultura del *fat-shaming*. Se entiende a la *fat-phobia* como el miedo exagerado a la gordura, bien sea la propia o la de otras personas, que se manifiesta a través de actitudes y comportamientos discriminantes, y percepciones distorsionadas del cuerpo propio y el ajeno, que pueden terminar relacionándose con alteraciones en la conducta y desórdenes alimenticios, como la anorexia nerviosa. En aras de encontrar una posible etiología del miedo excesivo a engordar, los investigadores de la Universidad de Minnessota, J.G. Bacon, K.E. Scheltema y B.E. Robinson, diseñaron una escala a partir de la cual se pudieran medir las actitudes discriminantes y estereotípantes que se presentan hacia las personas con sobrepeso. Los investigadores trabajaron en principio con un grupo de voluntarios que accedieron a contestar un cuestionario sobre los adjetivos que utilizaban con mayor frecuencia para referirse a las personas gordas. El experimento arrojó seis subcategorías, o campos semánticos que podían abarcar la manera en la que los sujetos del estudio se referían a quienes consideraban gordos y obesos: indisciplina; inactividad y falta de atractivo; mal

humor y antipatía; falta de higiene; pasividad; problemas psicológicos y emocionales; y estupidez y falta de creatividad.

Los investigadores señalan cuestiones interesantes sobre la manera en que estos campos semánticos son apropiados y validados: en primer lugar, encontraron una tendencia mayor al uso de adjetivos negativos en las seis categorías semánticas establecidas por parte de mujeres diagnosticadas con obesidad; el uso de adjetivos negativos presentó una disminución luego de que estas mujeres fueran sometidas a un tratamiento de mejora de la imagen corporal y la autoestima. Por otra parte, encuentran también que, en el caso de los hombres, son más proclives a presentar actitudes discriminatorias contra la gente gorda los hombres de peso promedio, jóvenes, con un nivel educativo alto por fuera de las profesiones médicas, que aquellos con sobrepeso y un nivel educativo más bajo (Bacon, Scheltema y Robinson, 2001). Los anteriores datos nos permiten confirmar dos escenarios: en primer lugar, que las prácticas en el lenguaje se encargan de mantener vigente el vínculo entre delgadez y superioridad moral; y en segundo lugar, que tales prácticas difieren en la medida en que se intersectan con los factores de género y clase social.

El reconocimiento de estos escenarios es un avance importante para la comprensión de la gordura como una corporalidad sujeta a discriminación y exclusión, razón por la que la escala se convierte en un instrumento valioso para medir las actitudes gordofóbicas y lograr en un futuro su eliminación. Por tal razón, en el año 2001, la escala original de 50 puntos, se redujo a una de 14 en la que se cuestiona a las personas sobre los términos con los cuales asocian más a las personas obesas. En la imagen 2 podemos ver cómo funciona la escala desde entonces:

## Fat Phobia Scale

Listed below are 14 pairs of adjectives sometimes used to describe obese or fat people. For each adjective pair, please place an X on the line closest to the adjective that you feel best describes your feelings and beliefs.

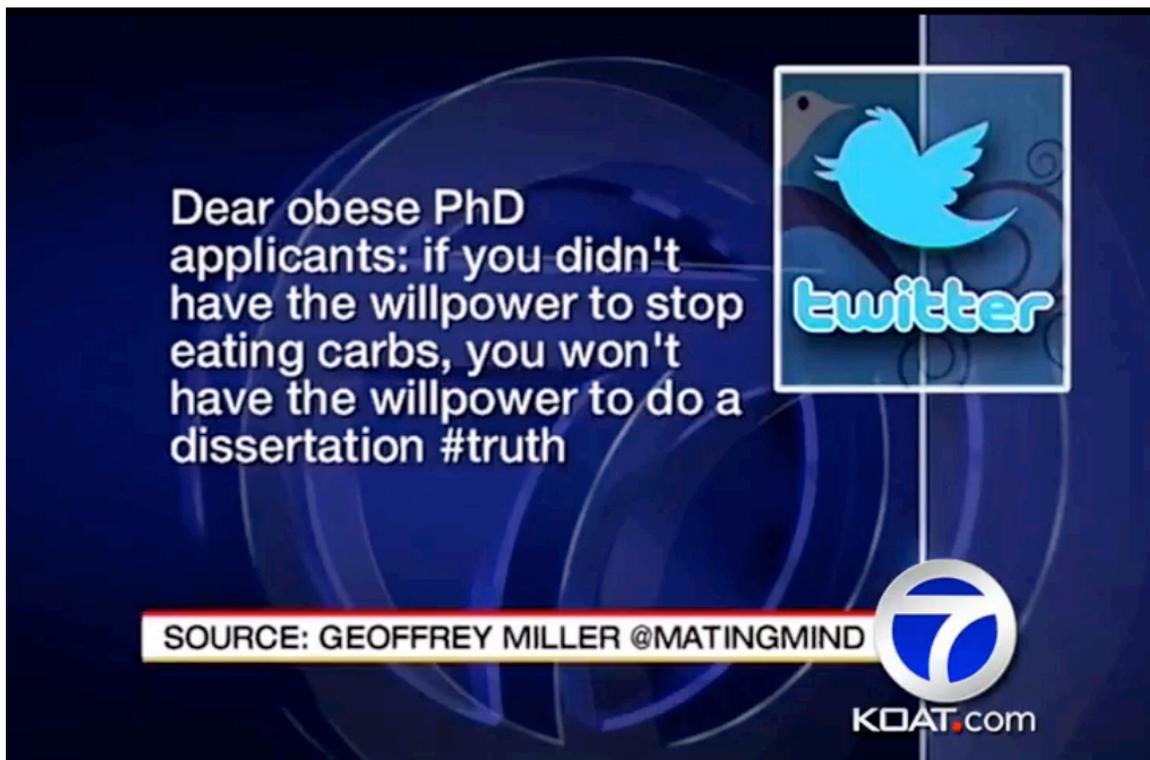
1. lazy	_____	_____	_____	_____	_____	industrious
	5	4	3	2	1	
2. no will power	_____	_____	_____	_____	_____	has will power
	5	4	3	2	1	
3. attractive	_____	_____	_____	_____	_____	unattractive
	5	4	3	2	1	
4. good self-control	_____	_____	_____	_____	_____	poor self-control
	5	4	3	2	1	
5. fast	_____	_____	_____	_____	_____	slow
	5	4	3	2	1	
6. having endurance	_____	_____	_____	_____	_____	having no endurance
	5	4	3	2	1	
7. active	_____	_____	_____	_____	_____	inactive
	5	4	3	2	1	
8. weak	_____	_____	_____	_____	_____	strong
	5	4	3	2	1	
9. self-indulgent	_____	_____	_____	_____	_____	self-sacrificing
	5	4	3	2	1	
10. dislikes food	_____	_____	_____	_____	_____	likes food
	5	4	3	2	1	
11. shapeless	_____	_____	_____	_____	_____	shapely
	5	4	3	2	1	
12. undereats	_____	_____	_____	_____	_____	overeats
	5	4	3	2	1	
13. insecure	_____	_____	_____	_____	_____	secure
	5	4	3	2	1	
14. low self-esteem	_____	_____	_____	_____	_____	high self-esteem
	5	4	3	2	1	

**Imagen 2.** “Fat Phobia Scale”. Tomada de

[http://www.yaleruddcenter.org/resources/bias\\_toolkit/toolkit/Module-1/1-08-SelfAssessmentTools/1-0808-FatPhobia.pdf](http://www.yaleruddcenter.org/resources/bias_toolkit/toolkit/Module-1/1-08-SelfAssessmentTools/1-0808-FatPhobia.pdf) Consultado en enero 15 de 2015

Las duplas de adjetivos en la escala de la gordofobia están constituidas entonces de la siguiente manera: 1) perezoso-trabajador; 2) con fuerza de voluntad- sin fuerza de voluntad; 3) atractivo- poco atractivo; 4) buen auto-control- pobre auto-control; 5) rápido-

lento; 6) resistente- sin resistencia; 7) activo- inactivo; 8) débil- fuerte; 9) autocomplaciente- sacrificado; 10) no gusta de la comida- gusta de la comida; 11) deforme- bien formado; 12) subalimentado- sobrealimentado; 13) inseguro-seguro; y 14) con baja autoestima- con alta autoestima. Los campos semánticos en los que se mueven estas duplas, nos permiten comprender cómo los efectos de la gordofobia pueden abarcar innumerables campos de las prácticas cotidianas en la vida de las personas gordas. De este modo podemos ver de qué manera se configuran las actitudes de burla y matoneo en los niños obesos, la discriminación en el ámbito laboral y académico, la exclusión de los cuerpos gordos de los estándares de belleza y salud, y nuevamente, la naturalización del cuerpo gordo como uno carente de voluntad y resistencia.



*Imagen 3. Tuit del profesor Geoffrey Miller en su cuenta de Twitter @matingmind el 2 de junio de 2013. Tomado de <http://bitchmagazine.org/post/academias-anti-fat-problem> Consultado en noviembre 25 de 2014*

Un valioso ejemplo de lo anterior se encuentra en el artículo “Academia’s Anti Fat Problem” (2013) de Amy Erdman Farrell, en el que se comenta la controversia suscitada por un trino publicado por el profesor de psicología de la Universidad de Nuevo México, Geoffrey Miller, quien declara que los aplicantes obesos a un título de doctorado no

tendrán carácter para finalizar su disertación (Imagen 3). Erdman advierte la importancia de que este tipo de manifestaciones gordofóbicas se den en la red por parte de miembros de la academia, más cuando estas actitudes discriminatorias generalmente son encubiertas con eufemismos que las hacen aparecer como políticamente correctas. En el caso de Miller, particularmente, gracias a la presión de su jefe de departamento, el profesor salió a corregir y disculparse por el tuit e intentó explicarlo como una estrategia dentro de investigación para analizar las respuestas de la audiencia frente a comentarios insultantes relacionados con la obesidad. Sin embargo, como se señala en el artículo, los adjetivos que utiliza para convocar estudiantes en su laboratorio son “brillantes, motivados y conscientes”, de los cuales se puede inferir, dado el perfil de sus colaboradores, que los estudiantes obesos no cumplen ninguna de esas características.

Estudiosas como Rebecca Puhl y Sondra Solovay han encontrado evidencia clara de la discriminación y los prejuicios de peso en el ámbito del empleo y la educación superior. Tuits como el del profesor Miller dan a esos estudiantes un golpe visceral, lo que nos permite ver y sentir que la discriminación puede ocultarse fácilmente detrás de palabras como "brillante, motivado y consciente." En otras palabras, un estudiante gordo de doctorado no puede, según Miller, ser “brillante, motivado y consciente” porque *ya se sabe* que una persona gorda es inferior a una persona delgada. (Erdman, 2013, 1, énfasis añadido)<sup>28</sup>

Resulta valioso, sin embargo, que el incidente protagonizado por el profesor Miller sirva para iluminar el campo de la gordofobia y ver cómo esta no es simplemente un término autoindulgente o victimizante ideado por los activistas gordos. A la par, es interesante ver cómo se puede responder a este tipo de prejuicios desde la resistencia activa y la visibilización de otras formas de considerar el cuerpo gordo; tal es el caso del blog en Tumblr (<http://fuckyeahfatphds.tumblr.com/>), citado por Erdman en su artículo “Fuck Yeah! Fat PhDs”, que surge como reacción al caso Miller y se encarga de visibilizar a las personas obesas que llevan carreras exitosas en la academia. Si bien el caso de Miller se

---

<sup>28</sup> “Scholars like Rebecca Puhl and Sondra Solovay have found clear evidence of weight discrimination and bias in employment and higher education. Professor Miller's tweets give those studies a visceral punch, allowing us to clearly see and feel the discrimination that can be easily hidden behind words like "bright, motivated and conscientious." In other words, a fat PhD candidate cannot, according to Miller, be bright, motivated and conscientious" because he already knows that a fat person is inferior to a thin person". (Erdman, 2013, 1)

presenta en el contexto anglosajón, es pertinente señalarlo como ejemplo dado que no se presentan casos con respecto a la relación entre academia y gordura en el ámbito local, o al menos no han contado con la misma visibilidad y resonancia, ni causado reacciones masivas en línea como este.

En el marco de esta reflexión es entonces importante ver cómo, más allá de la gordofobia que un sujeto puede experimentar, se encuentra todo un aparato cultural en el que la discriminación hacia los cuerpos gordos resulta aceptable, y que se anida en el lenguaje mismo para reforzarse en las prácticas cotidianas. Es así como vivimos en una cultura de que valida “avergonzar al gordo” (*fat-shaming*), y es en ese conjunto completo en donde se puede intervenir para producir resistencia, en palabras de Janet Tomiyama:

Si estigmatizar a la gente gorda funcionara, ya lo habría hecho. Las personas obesas son de hecho los individuos más abiertamente estigmatizados en nuestra sociedad, lo que se demuestra con la información publicada que muestra como el estigma del peso es más penetrante e intenso que el racismo, el sexismo y otras formas de prejuicio. La discriminación basada en el peso es una de las pocas formas legales de discriminación que prevalecen en América, y existen evidencias substanciales de ella a través de múltiples dominios de la vida, incluyendo el cuidado de la salud, el empleo, la educación y los medios de comunicación. Los ejemplos más descorazonadores del estigma del peso provienen del campo de las relaciones interpersonales. Niños de tan solo 3 años describen a otros niños con sobrepeso como “malos”, “perezosos”, “estúpidos” y “feos”, y los niños obesos son 1.6 veces más proclives a ser matoneados en comparación con aquellos que no tienen sobrepeso. Es en realidad muy difícil imaginar una manera en la que la obesidad pudiera estar más estigmatizada de lo que ya está. (Tomiyama, 2013, 5)<sup>29</sup>

---

<sup>29</sup> “If stigmatizing fat people worked, it would have done so by now. Obese people are already the most openly stigmatized individuals in our society, with published data showing that weight stigma is more pervasive and intense than racism, sexism, and other forms of bias.<sup>2</sup> Weight-based discrimination is one of the few legal forms of discrimination that remain in America, and there is substantial evidence of weight discrimination across multiple domains of living, including health care, employment, education, and media. The most heartbreaking examples of weight stigma come from the domain of interpersonal relationships. Children as young as three years describe overweight children as “mean,” “stupid,” “lazy,” and “ugly,”<sup>3</sup> and obese children are 1.6 times as likely to be bullied as children who are not overweight. It is actually difficult to imagine how obesity could be stigmatized more than it already is”. (Tomiyama, 2013, 5)

Las maneras en que la teoría feminista, especialmente el feminismo gordo, y la cultura popular han intentado subvertir esta relación entre la obesidad y una presunta “debilidad del carácter”, serán el tema del siguiente capítulo de este trabajo.

### Capítulo 3

#### **“Gorda” y “transgresora”: ni sinónimos, ni antónimos**

*Reclaiming the word fat was the most empowering step in my progress. I stopped using it for insult or degradation and instead replaced it with truth, because the truth is that I am fat, and that's ok. So now when someone calls me fat, I agree, whereas before I would get embarrassed and emotional.*

Beth Ditto

*15 de julio de 2014*

*Es la segunda vez que me pongo un balón intragástrico. Es la segunda vez que decidí que necesitaba estar más delgada y que no podía lograrlo a punta de dietas milagrosas ni el abominable ejercicio, que por supuesto nunca contemplé dentro de las posibilidades reales. Cuando leo el diario que llevé durante el anterior balón y pienso en por qué elegí esas páginas específicas para estar en la tesis, siento cierta sensación extraña, parecida a la tranquilidad. Mis dudas siguen siendo las mismas: todavía me preguntó por qué lo que dicen otros sobre mi cuerpo ha sido tan determinante para sentirme feliz o desgraciada. Todavía me avergüenzo un poco al admitir que no me he sentido suficiente para mí misma y que he aceptado que yo debo cambiar, a como dé lugar, para ajustarme a ese ideal que veo en las páginas de las revistas. Todavía me siento juzgada cada vez que voy al médico y cada vez que en un restaurante prefiero pedir la hamburguesa a la ensalada, pero también siento que algo ha cambiado en estos años de leer y de pensar acerca de mí, de mis llantas, de mi barriga, de mis brazos con estrías y de los cachetes que van y vienen a través de tantos cambios. Sin embargo estoy tranquila porque en cierto modo sé que seré gorda incluso cuando esté delgada. No sé cómo explicarlo, pero ya no quiero disculparme por comer de más, pero tampoco quiero disculparme por hacer dieta o intervenir mi cuerpo y tener este alien en mi estómago. No creo, nunca lo he creído, que esté descubriendo nada, pero tampoco creo que la reflexión que he hecho durante este tiempo haya sido en vano. Estoy aquí y ahora, con una convicción ingenua de que en medio de todo, siento simpatía, y por qué no decirlo, amor profundo, por la persona de 58, 72, 76, 94 y 106 kilos que el espejo me ha mostrado a lo largo de mi vida adulta.*

*Hoy peso 94 kilos y quiero tener otro hijo. Tengo 32 años. 13 años y 26 kilos más de cuando tuve al primero, vaya coincidencia. Los médicos me dicen que debo adelgazar y ansío subir escaleras sin cansarme, pero ya no tengo miedo de no conseguirlo. Hago lo que es mejor para mí, pero no porque no me quiera como soy, ni porque al cambiar vaya a ser más feliz, sino porque me niego a ser presa de cualquier encasillamiento, porque cada vez que me han dicho que no puedo hacer algo, lo hago en grande y con una bola de luces sobre mi cabeza. Me siento fuerte, segura y bella, y así como creo en que nadie debe ser presa como yo de tanto discurso de odio hacia su propio cuerpo, así como estoy de liberada hoy, creo que nadie debe disculparse por querer hacer de su cuerpo un otro nuevo, cada día. Lo que sé es que soy gorda y lo seré hasta que esa palabra deje de incomodar. Ser gorda es mi agenda política, pero también es mi vida, mi “belleza interior” y mi poder exterior. Debajo de mis pliegues y mis estrías no hay una más bella que yo, una Barbie que esté esperando a salir. No soy una Barbie, soy la mujer maravilla.*

Para comprender el marco dentro del cual se configuran los movimientos y acciones de resistencia de los cuerpos gordos contemporáneos en Latinoamérica, cómo logran construirse discursos que buscan la revaluación del cuerpo gordo y de qué manera se ha generado una consciencia de género fundamental en la comprensión de la forma en que la industria dietética y la de la moda están intentando capitalizar la gordura femenina, es necesario hacer una breve revisión acerca del modo en que el feminismo angloamericano revolucionó la manera en que consideramos el cuerpo en nuestros días. Hago un cambio de la palabra “obesidad” a la palabra “gordura”, porque es en la medida en que rehusemos la naturalización de la calidad de “paciente” que podemos encontrar puntos de fuga del estigma amparado por la medicalización, analizado en los dos capítulos previos de este trabajo.

Dentro del capitalismo patriarcal predominante, especialmente en el caso de Estados Unidos —que debido a las lógicas del mercado y la globalización se extenderá hasta nuestra región, al menos en cuanto a la carga aspiracional—, el cuerpo gordo ha sido considerado como feo, perezoso, irresponsable, y sobre todo enfermo, discapacitado para

funcionar dentro del mercado y sus exigencias. Adicionalmente, la construcción del cuerpo en la cultura occidental ha descansado sobre la delgadez como una señal de superioridad moral, lo que ha permeado las prácticas en el lenguaje con respecto a los cuerpos gordos, de manera que estos son asociados con adjetivos negativos. Dado este contexto, el señalamiento sobre los cuerpos de las personas gordas y su estigmatización, parecieran estar socialmente aceptados, de manera que se convierten en un obstáculo real para las prácticas cotidianas y refuerzan la interiorización, por parte de los mismos gordos y gordas, de su cuerpo como irrefutablemente inferior, pues como señala Amy Erdman Farrell: “En el siglo XXI, la gordura aún conjura todos los significados que han sido atribuidos a las personas inferiores a lo largo de más de cien años: pereza, glotonería, falta de voluntad y primitivismo” (Erdman, 2014, 173)<sup>30</sup>. Lo anterior se desprende de las consideraciones realizadas en los capítulos anteriores en torno al concepto de capital humano, el establecimiento de una norma de los cuerpos apoyado por la representación en los medios de comunicación y la medicalización de la obesidad, y el establecimiento de la gordofobia y la cultura del fat-shaming como los escenarios en los que se considera a los cuerpos gordos.

Sin embargo, gracias a la labor de concienciación realizada por los y las activistas gordos en los últimos 40 años, cada día son más las personas gordas que pueden “resistirse” —o creer que lo hacen<sup>31</sup>— a las demandas de una sociedad obsesionada con la delgadez y el fitness. ¿Hasta dónde podemos rastrear los orígenes de este cambio en la mirada sobre el cuerpo?

En la introducción de *El feminismo, la cultura occidental y el cuerpo* (2001), Susan Bordo establece algunas de las constantes que han determinado la construcción del cuerpo en Occidente a lo largo de la historia. Una de ellas es la animalización, que establece el dualismo entre lo natural y lo racional, en donde el cuerpo funciona como algo separado del ser y se encarga de minar sus mejores esfuerzos en tanto que funciona en términos

---

<sup>30</sup> “In the 21st century, fatness continues to conjure all the meanings that have been attributed to inferior peoples for over a hundred years: lazy, gluttonous, lacking willpower, primitive.” (Erdman, 2011, 173)

<sup>31</sup> Mi cuestionamiento sobre la resistencia, especialmente en el campo de la moda, será desarrollado más adelante, a la luz de lo que sucede con las modelos de talla grande y las fa(t)shionistas.

instintivos, guiado por su apetito. El cuerpo, que Bordo introduce a través del poema “El oso pesado” de Delmore Schwartz, funciona como una carga o una prisión, pero también, y particularmente en el siglo XVII, como un obstáculo para la objetividad en la medida en que engaña al hombre a través de los sentidos. La autora hace énfasis en que se establece un vínculo entre el cuerpo femenino y ese mundo natural, por lo que serían ellas quienes cargan con las peculiaridades de ese cuerpo o se inclinan hacia ellas, mientras que los hombres estarían más ligados a lo espiritual, lo absoluto. Este vínculo, propio del pensamiento occidental, y la transmisión de tal imagen a lo largo de la historia, ha establecido una relación muy poderosa entre la sexualidad femenina y la culpa: “Esta culpa se descompone en incomodidad con nuestra feminidad, vergüenza por nuestros cuerpos y autorrechazo” (Bordo, 2001, 20). A partir de lo anterior, pueden considerarse ciertas corporalidades específicas que resultarían más vulnerables ante esa imagen; Bordo propone el vínculo entre etnicidad y lascivia, cuyo ejemplo sería el cuerpo de la esclava, llevado al extremo en el caso de Saartjie Baarman, la Venus Hotentote, quien no podría ser violada, pues no incita y luego se resiste —como en el caso de la mujer europea blanca— sino que “entra en celo” pues su naturaleza le impide algo contrario. Para Bordo, la mujer hispánica es considerada del mismo modo y en mi opinión, algo similar ocurre con la mujer gorda quien, o está considerada por fuera del circuito del deseo, o se hipersexualiza desde el registro de la “abundancia” y la voluptuosidad de su cuerpo de manera que está “en su propia naturaleza” ser usada como fetiche, como cuerpo exótico y complaciente.

En este sentido, señala Bordo,

[...] el dualismo mente-cuerpo no es una mera posición filosófica para ser defendida o desdeñada por una argumentación inteligente. Más bien es una metafísica práctica que ha sido instalada y ha tomado cuerpo socialmente en la medicina, el derecho, las representaciones artísticas y literarias, la construcción psicológica del ser, las relaciones interpersonales, la cultura popular y la publicidad; una metafísica que será deconstruida solo mediante la transformación concreta de las instituciones y las prácticas que la sostienen. (Bordo, 2001, 29)

Esta aproximación —que para Bordo es propia de la primera ola del feminismo antes que del pensamiento posestructuralista, incluyendo a Foucault—, se encarga de situar al cuerpo como el punto focal de las luchas de poder y establece que es necesario asumir que la mujer no es la única responsable de su sometimiento a la tiranía de la cosmética por su naturaleza inclinada a lo irrelevante, emotivo e impulsivo, sino que también existe una responsabilidad del deseo masculino respecto a ese sometimiento: es necesario reconocer que históricamente el deseo de la mujeres ha estado subordinado al de los hombres: “(...) **los hombres y sus deseos** cargan con la responsabilidad y la obediencia femenina está mejor conceptualizada como atadura que como elección” (Bordo, 2001, 46, énfasis en el original). Bordo reconoce, sin embargo, que esta primera visión del feminismo no está lo suficientemente texturizada y que por lo tanto se sigue moviendo en el esquema opresor/oprimido en donde el hombre sería “el enemigo”. No obstante, lo valioso de esta aproximación es que nos muestra como los elementos discordantes frente a la norma del cuerpo se enmarcan como exóticos y no pueden tomar el control de la representación para establecer modelos de belleza subversivos. Vemos entonces, de manera patente, cómo el eje del ejercicio del poder se ha desplazado, siguiendo a Foucault, para ya no ser ejercido de manera vertical, sino para convertirse en una dinámica y un entramado de fuerzas que desde las formas históricas particulares —dentro de la cuales ciertos grupos e ideologías se constituyen como dominantes— donde el poder se sostiene desde la autovigilancia y la autocorrección a la norma: “Los hombres no son el enemigo, pero con frecuencia pueden tener un mayor interés en sostener instituciones dentro de la cuales han ocupado históricamente posiciones de dominación sobre las mujeres” (Bordo, 2001, 58). Lo anterior, según Bordo, erige al feminismo como una crítica sistémica, más que un “diagrama para la conducción de la vida personal” y permite hacernos más conscientes en el marco de una cultura que lo que espera es que nos mantengamos inconscientes.

### 3.1. Salir del clóset como gordas aún cuando no cabemos por la puerta

*Fat people out of control? I can't wait!*

Marilyn Wann

Esa nueva concepción del cuerpo allanó el terreno para lo que sería la emergencia del activismo gordo en los Estados Unidos en 1960. Surgido a la par del movimiento de liberación gay la segunda ola del feminismo, el activismo gordo pudo articularse dentro de esta última al vencer resistencias sobre cómo debía verse una feminista, en gran parte gracias a su fuerte vínculo con el también emergente movimiento lésbico. Para entonces, todos los movimientos sociales —como señala Amy Erdman Farrell en su libro *Fat Shame: Stigma and the Fat Body in American Culture* (2011) —, estaban conformados en torno a su particularidad —afroamericanos, negros, chicanos, lesbianas— y los gordos no eran la excepción; sin embargo, desde el inicio de este camino, el activismo gordo ha estado caracterizado por sus intersecciones con otros movimientos dado que su particularidad es transversal a otras. Su vínculo con el movimiento lesbiano y el feminismo fue una manera de poner en juego una nueva apreciación del cuerpo femenino, una concepción *queer* que rechaza la norma corporal sobre los cuerpos de las mujeres y reclama visibilidad e igualdad para las mujeres gordas.

Es un hombre delgado, esposo de una mujer gorda, sin embargo, quien se encarga de abrir las puertas del clóset en los Estados Unidos y fundar la primera organización gorda del país, la NAAFA (*National Association to Aid Fat Americans*) en 1969. Citado por Erdman, Bill Fabrey declara, en una entrevista para *Radiance*, acerca de los inicios de esta asociación:

Cuando inicié la NAAFA, toda la gente gorda que conocía había comprado el mito prevaleciente que decías que eran inferiores debido al tamaño de sus cuerpos. Eso me requirió — a mí, un hombre delgado que no estaba dentro de su grupo de opresión— tener suficiente autoconfianza para luchar por la aceptación con base en la talla. (Erdman, 2011, 141)<sup>32</sup>

---

<sup>32</sup> When I started NAAFA, all the fat people I knew had bought into the prevailing myth that said they are inferior because of the size of their bodies. It took me —a thin man, someone not in their oppressed group- to have enough self-confidence to fight for size acceptance. (Erdman, 2011, 141)

Las divisiones políticas frente a cual debía ser la agenda de la NAAFA, generaron una división en sus filas y el surgimiento en 1970 de Fat Underground, una asociación nueva con base en Los Ángeles con una clara determinación de enfrentarse contra la asociación generalizante entre corpulencia y mala salud. A través de acciones concretas, como repartir volantes en consultorios médicos sobre los verdaderos riesgos de hacer dietas, y una sesuda investigación acerca de la medicalización de la gordura, Fat Underground, produciría en 1973, con la autoría de Judy Freespirit y Sara Fishman, su “Manifiesto” que puso en evidencia los vínculos entre la opresión sobre los gordos y el capitalismo. Hacia 1976, una de las integrantes de Fat Underground, Vivian Mayer, crearía Fat Liberator Publications, editorial que permitió que, si bien la acción del colectivo se fuera dispersando y diluyendo a lo largo de la década de los 70, textos como el Manifiesto y las investigaciones realizadas por el mismo se divulgaran en la década de los 80.

La difusión de este material permitió que el debate sobre la relación entre la opresión de género y la opresión por talla avanzara, de manera que algunas de las organizaciones feministas más tradicionales aceptaran el asunto de la gordura como un tema propio de su agenda. En 1986, la NAAFA consiguió que, tras una gran controversia, hubiera un acercamiento con NOW (*National Organization for Women*) y que esta última asociación emitiera un comunicado declarando su compromiso con la causa gorda. Karen Jones escribiría en 1974: “No debemos permanecer en silencio por más tiempo; en tanto que las mujeres gordas encuentren oprimidas, ninguna mujer puede estar liberada”<sup>33</sup> (Erdman, 2011, 147); será a mediados de los 80 que sus palabras y las de Susie Orbach (*Fat is a Feminist Issue*, 1978) tendrán resonancia.

La importancia del movimiento de aceptación gorda de las décadas del 70 y el 80 radica en que, a pesar de sus diferencias en cuanto a cuáles son las mejores maneras de tomar acción, sus distintas filiaciones políticas y sus interacciones con diferentes movimientos sexuales, puede advertirse algo en común —señalado también por Erdman—: uno de los núcleos principales de la lucha es reclamar el cuerpo y la manera de nombrarlo, la palabra

---

<sup>33</sup> “We must not be silent any longer; for as long as fat women are oppressed, no woman can be liberated.” (Erdman, 2011,147)

**gorda** como propia y despojarla de la desexualización o la exotización a las que había sido relegadas. Se trata entonces de poder asumir que el ideal normativo de la belleza no es el único posible y que la gordura no es necesariamente una señal de fracaso, descuido de sí o falta de capacidad. Incluso, aún cuando pueda ser contraproducente, se trata de restituir valor a las personas gordas no solo como ciudadanas, sino también como consumidoras. ¿Qué impacto real puede tener este acercamiento a la gordura desde los campos normalmente destinados a la esbeltez, en la vida real de cada una de nosotras?

### **3.2. Más de mí para amar, ¿o más de mí para gastar?**

*Fat bottomed girls you make the rockin' world go round!*

*Queen*

El cuestionamiento de la emergencia de nuevos modelos corporales en los entornos de la dietética y la moda es necesario si reconocemos que la mayoría de ellos se encuentran cobijados bajo eufemismos como “plus size”, “curvy” y “plump”. Las campañas publicitarias de diferentes productos cosméticos han utilizado la aproximación a una “belleza real” para expandir sus nichos de mercado e incorporar a las mujeres gordas, que hasta hace relativamente poco, resultaban ser simplemente invisibles. En aquel panorama, pareciera ser que solamente la desaparición corporal, la disminución de la talla, podía hacernos visibles. Es debido a lo anterior que se postula el interrogante sobre la verdadera capacidad de subversión de la norma corporal occidental que pueden tener los diferentes ejemplos de mujeres gordas y exitosas que parecen representarnos y configurarse como modelos a seguir, en aras de la aceptación de nuestros propios cuerpos.

En el capítulo “Revolution on a Rack” de *Revoltin' Bodies?*, Kathleen LeBesco expone como una maniobra de objetificación y mercantilización esta reciente inclinación de la industria hacia las “mujeres de talla grande”, en la medida en que no parecen ejercer una verdadera presión hacia otras esferas de la vida en que las gordas siguen siendo marginalizadas, más allá de su potencial como consumidoras, como potenciales clientes. En cierta medida, podemos decir que la mercantilización del cuerpo gordo a través de la democratización de la moda estaría replicando los estándares de la industria tradicional, solo que con unos metros más de tela: “En una extraña maniobra, la objetificación en

contra de la cual las feministas han estado luchando por décadas se convierte en el nuevo sueño de las consumidoras gordas” (LeBesco, 2004, 68)<sup>34</sup>.

Para ilustrar lo anterior, tenemos la proliferación de blogueras gordas que se centran en la industria de la moda, como Betty Pamper y su famoso blog “Pamper and Curves” ([www.pamperandcurves.blogspot.com](http://www.pamperandcurves.blogspot.com)), y más cercano a nuestra ubicación geopolítica, podríamos señalar el caso del blog “La pesada de moda” ([www.lapesadademoda.blogspot.com](http://www.lapesadademoda.blogspot.com)), de la periodista colombiana Laura Agudelo. En éste último toda la información está centrada en la reflexión personal de la bloguera en torno a su cuerpo y su relación con la moda; invitada a los eventos de moda más importantes del país y fotografiada con las modelos y diseñadoras más importantes de la industria, Agudelo hace un diario de sus apuestas para vestirse de acuerdo a las tendencias, además de hacerle recomendaciones a sus lectoras para que se vistan por fuera del estereotipo de las prendas sin forma y fabricadas con materiales baratos. Todo lo anterior, a la par de una presentación de las marcas y los diseñadores que hacen posible este acceso a lo que antes era dominio exclusivo de las delgadas. Con secciones como “Tan fashion como las flacas” y “El clóset de una Fatshionista”, Agudelo se muestra como un modelo de autoaceptación y confianza. Sin embargo, cabe pensar en qué tanto el democrático acceso a este tipo de consumo contribuye a vencer otro tipo de barreras a los que se enfrentan las mujeres gordas, como la discriminación laboral y el maltrato por parte de los médicos. Si bien es cierto que el hecho de poder elegir cómo vestirse es un avance en términos de autoconfianza y autoaceptación, no podemos negar que este nuevo mercado se anida dentro de una industria que demanda sacrificios, bien sea en términos corporales o económicos. Así pues, si bien el trabajo de las fatshionistas sea elogiado en términos de visibilización de una forma alterna de corporalidad, no es suficiente para subvertir la dominación de la industria de la moda y la cosmética sobre el cuerpo de las mujeres, antes bien, podría ser una nueva forma en la que esa tiranía se modula. No deja de ser contradictorio que en aras de un empoderamiento de la mujer gorda se establezca siempre la aspiración de poder ser TAN bellas COMO las flacas, o tan exitosas o

---

<sup>34</sup> “In some strange maneuver, the objectification against which feminists have been fighting for decades becomes the new dream state of the fat woman consumer.” (LeBesco, 2004, 68).

deseables. Por mi parte, no puedo dejar de pensar en lo peligroso que resulta en términos de normalización, esta re-validación de los cuerpos gordos a través de la industria de la moda, en la medida en la que esta misma puede convertirse en un mandato y en una nueva forma de estratificación. De esta manera, quienes tienen los medios económicos para vestirse de acuerdo a las tendencias que el mercado les sugieren, o quienes tienen la disposición para usar prendas que enseñen tanta piel como estas tendencias les exigen a las mujeres delgadas, serán también quienes tengan lugar en este ámbito de respeto y aceptación del cuerpo gordo. Estas mujeres serán las gordas exitosas, bellas y además de eso, las deseables.

En ese sentido, la sexualidad femenina, subordinada al deseo masculino, sigue siendo un factor determinante. Tal es la razón de que por otra parte se intente representar a la mujer gorda como igualmente sexuada o hipersexuada, en algunos casos, como una forma de validar su existencia.

Para retomar un ejemplo cercano, la revista colombiana SoHo ha intentado mercantilizar también el cuerpo de las gordas, como se citaba en el caso de Yidis Medina, en sus “especiales del cuerpo” en los que se procura dar cabida a “otras” formas de corporalidad, de manera “artística”, sin “vulgaridades”, así para ello sea necesario el pretexto de representar un personaje distinto a sí mismas.



**Imagen 4.** La comedianta colombiana Fabiola Posada, posa para SoHo, representando el cuadro “Mujer leyendo” de Fernando Botero. ([www.soho.com](http://www.soho.com)) Consultado el 20 de julio de 2014



*Imagen 5. La escritora colombiana, Virginia Mayer, posa para la revista SoHo en la imagen que acompaña su artículo “Memorias de una gorda”. ([www.soho.com](http://www.soho.com)) Consultado el 20 de julio del 2014*

¿La exhibición de los cuerpos de las mujeres gordas en una publicación como esta constituye alguna forma de activismo gordo? ¿Estas publicaciones le están apostando a un modelo de belleza subversivo, diverso? Difícilmente. Al menos no por sí solas. El enmascaramiento en una obra de arte, la elección de una posición que no revele demasiado —se evita el desnudo frontal, contrariamente al caso de las modelos delgadas—, el uso de vestuario y accesorios sugestivos para llamar la atención sobre la sexualidad de las modelos, puede que lo que consiga sea, en últimas, hacer del cuerpo de la mujer gorda TAN mercantizable como el de la delgada. Sin embargo, no podemos desconocer que el hecho de que se abra el debate sobre su incidencia política es un inicio, al menos para cuestionar si lo que queremos es ser reconocidas como nosotras mismas o como personas que pueden lograr lo mismo que las mujeres delgadas. Por mi parte, es claro que, en la medida en que aceptemos que nuestros cuerpos sean normalizados y comerciados en los racks de las grandes superficies, no estaremos haciendo una revolución, sino conformándonos.

Esta controversia entre la visibilización a como de lugar y la búsqueda de otra forma de visibilización, una subversiva, del cuerpo gordo, es constante en el campo del feminismo y el activismo gordos, desde las diferencias entre la NAAFA y Fat Underground, hasta la crítica de los colectivos gordos punk hacia las académicas tradicionales de los Fat Studies, como Susan Bordo y Susie Orbach. No obstante, no debe verse esta constante fricción entre diferentes sectores del activismo gordo como algo negativo o improductivo. En

términos de Charlotte Cooper, en su texto “Los básicos: ¿qué es unx activista de la gordura?”:

Lxs activistas gordxs vienen de distintos contextos y tienen diversas ideas acerca de lo que constituye “desafiar el pensamiento mainstream acerca de la gordura”. A menudo lxs activistas gordxs desacuerdan unxs con otrxs acerca de lo que eso significa, a menudo también tenemos ideas incompatibles sobre el cambio social, a menudo esas ideas están arraigadas en nuestras identidades sociales. A veces lxs activistas gordxs encuentran aliadxs en lugares más allá del activismo gordx, pero es común que amplios movimientos sociales marginalicen las discusiones acerca de la gordura; esto es particularmente cierto en la izquierda radicalizada. (Cooper, 2013 a, en línea)

En este sentido, lo que es necesario plantear no es una pacífica revolución consumista que se satisfaga al cubrir las necesidades de vestuario de las gordas, sino un cuestionamiento profundo sobre la necesidad de que existan cuerpos que se asumen como patrones del deber ser de la mujer. Las representaciones son homogeneizantes y en la medida en que entramos en ese mercado que se encarga de mercantilizar el cuerpo femenino estaríamos retornando al esquema opresor/oprimido en el que lo que se requiere de las mujeres es su obediencia. La respuesta a estos patrones que históricamente han sido opresivos e invisibilizantes no puede ser “desaparecer para ser vista”.

En este punto quisiera retomar el caso del texto de la escritora colombiana Virginia Mayer para la revista SoHo, “Memorias de una gorda” y la imagen que lo acompaña. Reproduzco una parte del texto publicado en la revista para evaluar de qué manera puede ser considerado desobediente o no:

Cuando me desvisto frente a una persona flaca me siento tres veces más gorda y como si se fueran multiplicando los pocos defectos que tiene mi piel. Siento como si las venitas en la parte de atrás de mis piernas empezaran a crecer como telarañas. Me imagino mis cicatrices más grandes y más profundas, y me imagino mis estrías creciendo como los caminitos que dejan las gotas de agua bajando por una pared. Tengo que repetirme a mí misma, mentalmente, que soy una bomba, que soy divina. Soy hermosa. Soy hermosa. Soy hermosa. Me cuesta trabajo, porque he perdido muchos años de mi vida diciéndome exactamente lo contrario.

A mis 35 años he decidido dejar de perder el tiempo oyendo lo que tienen que decir de mi cuerpo quienes más me quieren. Me acepto tal y como soy, con estos gordos y estos rollos, con esta barriga, con estos brazos gordos y estas piernas gordas, con este culazo y estas tetas enormes. Hasta ahora empiezo a tener un romance con mi cuerpo. Empiezo a mirarme, vestida y desnuda, y a ver el espectáculo de mujerón que soy. Peter Paul Rubens hubiera dejado caer el pincel con mi cuerpo desnudo. Y aunque estoy regia, mi cuerpo es solo el envase que lleva mi alma, y solo una tajada del exquisito ponqué que soy yo. Y, en todo caso, lo mejor que tengo para dar ni se puede ver, ni se puede tocar. (Mayer, 2013)

Mayer se encuentra actualmente bajo tratamiento para adelgazar en la Clínica Rada, fundada en 1989 y pionera en el campo de la medicina estética en Colombia. Lo anterior podría resultar conflictivo con respecto al texto presentado, que además está acompañado por una imagen de la periodista en ropa interior, con el torso desnudo, rodeada de hamburguesas, a manera de sátira hacia las burlas que, relata la autora, sufrió desde pequeña al ser apodada “la gorda Mayer”. En una entrevista con ella el pasado 22 de julio, Mayer me refirió las motivaciones para emprender tal tratamiento:

Tengo ovario poliquístico, artritis reumatoidea en la espalda y esta fatiga tan terrible que ya los médicos me dijeron que si no bajaba de peso iba a terminar con apnea del sueño. Todos los días me convengo, y me lo digo, y para mí tiene que ser muy claro, que no estoy haciendo esto por estética sino por salud. [...] porque es que tampoco quiero bajarme de mi discurso, y mi discurso es: la gorda es divina si quiere ser divina, punto (Mayer, V. *Entrevista personal*, 22 de julio de 2014).

Desde su punto de vista, lo importante es reevaluar la consideración casi generalizada de que sentir deseo sexual por una gorda, considerarla bella, es algo extraño, casi como una perversión. De este modo, Mayer aclaraba que en primera medida, sin embargo, la primera persona que debe estar convencida de eso es ella misma. En el ámbito del periodismo joven colombiano, Mayer ha ganado reconocimiento como “la periodista gorda que escribe sobre sexo”, gracias a su columna en VICE, lo cual no ha dejado de resultar problemático:

Siento que estoy otra vez en esa dualidad porque por una parte, yo no tenía pensado el texto como mi salida del clóset como gorda y no quiero que me reconozcan como la periodista gorda, pero por otro lado soy una mujer que

disfruta de su sexualidad y sí creo que mis experiencias con el sexo me hacen humana, son lo más empeloto, lo más íntimo de mí y sé que son distintas de las experiencias sexuales de las delgadas. A veces me pregunto qué va a pasar cuando pierda los 32 kilos que debo perder, pero por otra parte, yo soy Virginia, no solo la periodista gorda (Mayer, V. *Entrevista personal*, 22 de julio de 2014).

El ejemplo de Virginia Mayer, publicado en una revista tradicional y de alta circulación, muestra clara del *mainstream*, me sirve para reflexionar, por contraposición, acerca de qué es lo que entendemos como activismo gordo en Latinoamérica y Colombia y por qué, si bien acciones y textos como los de Mayer pueden activar la discusión, no desembocan en una toma de postura que permita subvertir el sistema, sino acomodarse a él. En este sentido, es necesario que a partir de esta toma de consciencia avancemos no simplemente hacia una “tolerancia” hacia el cuerpo de la gorda sino a la reinención de los modelos estéticos, donde el ser y lo bello no sean algo que está debajo de la grasa corporal esperando a salir, sino algo que reside en los pliegues de la piel. A continuación se revisarán algunas de las iniciativas que llaman la atención al respecto en el contexto latinoamericano.

### **3.3. Comerse el mundo o ser devorado por él: activismo gordo en español**

*"Una cultura obsesionada con la delgadez femenina no está obsesionada con la belleza de las mujeres.*

*Está obsesionada con la obediencia de estas.*

*La dieta es el sedante político mas potente en la historia de las mujeres: una población tranquilamente loca es una población dócil".*

Naomi Wolf

*22 de enero de 2015*

*No recuerdo que el asunto del balón me hubiera dado tan duro la vez anterior. A veces cuando lo pienso detenidamente me parece que no hubo tal vez, porque no puedo creer que haya pasado por esto dos veces. Sin embargo, cuando miro las cosas que escribía entonces, me doy cuenta de que el dolor era un asunto terriblemente impactante para mí, que era enorme y parecía no tener salida. Ahora me duele cuando como mucho, vomito y tengo dificultades para dormir en las noches porque si me paso aunque sea un gramo de lo que debo meterle a mi cuerpo o me como algo de la lista prohibida me lleno de gases y el dolor de espalda me hace permanecer sentada por un largo rato. No recuerdo que*

*estas cosas me hubieran pasado hace cuatro años. Lo que quiero decir sin embargo es que incluso si el dolor de hoy fuera peor que el dolor de ayer, de alguna manera me he sentido más tranquila. No sé si me volví más fuerte o menos quejumbrosa, pero lo que sí sé es que ese otro dolor, el dolor de sentirme culpable por estar gorda, y de sentirme culpable por querer bajar de peso, ya no son cosas que tenga en la cabeza. Tampoco la cuestión de la pérdida de peso me resulta tan obsesionante como entonces. Mientras intento darle las puntadas finales a mi tesis me doy cuenta de que todo este proceso de leer y leerme ha resultado en una consciencia más sólida de que lo que soy no es una historia ya escrita, ni una carrera en pos de la belleza o la salud. Soy todos los pedazos de mi cuerpo que han sobrado y me han faltado a lo largo de este tiempo y soy todos los que reaparecerán.*

¿Cómo podemos traspasar todas las contradicciones que se nos plantean como gordas en una sociedad que nos categoriza como enfermas con base en nuestra sola apariencia? ¿Cómo desprenderse de la palabra “obesidad” sin implicar un desprecio hacia nuestra propia salud y nuestro bienestar? ¿Cómo decirnos bellas, en los mismos términos de la delgadez impuesta como norma occidental del cuerpo, sin volvernos objetos comerciables?

El estigma de la obesidad sigue transportando en nuestra cultura la idea de que existen unos cuerpos aptos, viables y modélicos, en contraposición con nuestro propio cuerpo. Lo más grave de esta concepción es que se sigue traduciendo en formas de discriminación, en señalamientos, burlas, matoneo escolar, entre muchas otras maneras de decir que somos incapaces, débiles, faltos de voluntad y necesariamente, poco saludables. Nos dice por otra parte, que nuestro cuerpo no está lo suficientemente civilizado porque no tenemos capacidad de autocontrol; en esa medida, nuestra identidad resulta peligrosa e incómoda y es a partir de ello que verdaderamente puede darse una resignificación de la palabra “gorda”, que podemos trascenderla como insulto.

Las acciones y colectivos que trabajan en este sentido, tanto en el ámbito global como en el local, se consolidan en una esfera distinta a la academia y los medios de comunicación

tradicionales. En una prolífica interseccionalidad con los movimientos punk, ecofeministas y posporno, entre otros, el escenario de la resistencia frente al dogma dietético se halla en las redes sociales y los blogs. Para Kathleen LeBesco, en “The Resignification of Fat in Cyberspace”, esta localización del activismo gordo puede deberse en gran parte al contraste entre las restricciones del mundo fuera de línea tanto en su organización política como social, y la libertad, al menos aparente, de expresarse en línea, incluso desde el anonimato (LeBesco, 2004, 104-105). Esta *Fatosphere*<sup>35</sup> ha permitido la circulación libre, además, de muchas de las investigaciones desarrolladas por activistas gordos y académicos, que a lo largo de las últimas décadas se han encargado de reevaluar el vínculo entre corpulencia y mala salud que se ha traducido en el estigma de la obesidad y la gordofobia. En esta medida, es importante reconocer el valor que tienen estas nuevas formas de agruparse y comunicarse, dado que permiten el establecimiento de redes que en el espacio material sería difícil imaginar. La *Fatosphere* ha abierto espacios de debate, expresión artística y luchas legales que hacen que el margen frágil al que la norma del cuerpo había relegado a las mujeres gordas se vuelva igualmente peligroso y tenga la potencia política para volverse en su contra. En suma, la *Fatosphere* ha permitido que se emprendan acciones concretas en torno a la gordofobia y se pueda aspirar a un verdadero empoderamiento. Dentro de estos espacios virtuales nos encontramos con activistas gordas como Charlotte Cooper quien, con más de 25 años de trayectoria académica, se ha encargado de cuestionar cuál es el verdadero papel del feminismo en relación con el cuerpo gordo; por otra parte, Cooper defiende la perspectiva de que hay otras maneras de promover la buena salud entre las personas con sobrepeso considerable, que no tengan que ver solo con la medicalización de su cuerpo, bien sea desde el aspecto quirúrgico o el farmacéutico. Para Cooper, cuarenta años de activismo gordo han demostrado que existen alternativas, como los programas que promueven prácticas deportivas especializadas como la natación, en la que las personas gordas

---

<sup>35</sup> *Fatosphere* es la denominación dada al conjunto de blogs que escriben promoviendo la aceptación de las personas gordas no solo en términos de belleza, sino revaluando la historia causada por la proclamación de la obesidad como epidemia. Si bien este espacio se abre en Estados Unidos y es allí, y en inglés, donde se encuentran sus más destacados representantes, la virtualidad ha permitido que se convierta en un espacio transnacional en el que muchas de las prácticas de activismo gordo latino e hispanoamericano han encontrado asidero y vasos comunicantes entre las problemáticas sociales de nuestros países en términos de discriminación en torno a la talla y lo que sucede en otras partes del mundo.

pueden ponerse un traje de baño sin sentirse blancos de la burla o el juicio de los demás.

Respecto a estas alternativas, dice Cooper:

El desarrollo y mantenimiento de estos proyectos no precisan mucha inversión y lo más importante es que no provocan ningún daño ni fomentan el odio, la discriminación o el estigma hacia las personas gordas. Lo que estas iniciativas tienen en común es que no piensan la gordura como una simple ecuación de las calorías consumidas y quemadas, sino que reflejan las dimensiones sociales de la gordura, que son complicadas. Se centran en el bienestar y no en la pérdida de peso, fomentan los lazos comunitarios, el conocimiento y el intercambio de conocimientos. Las personas gordas participan y difunden los proyectos porque en ellos encuentran mejores resultados de salud, aumentan su confianza y enriquecen sus lazos sociales.

Estos son los lugares en los que las personas gordas mejoran su salud, no en la mesa de operaciones o bajo las miradas prejuiciosas del sentido común. Sin embargo, muchos profesionales de la salud todavía tienen que comprometerse con esta tarea. Están desconectados de la realidad cotidiana porque la obesidad se convirtió en un asunto de alta política, alejada de lo que las personas gordas quieren y necesitan. Si los cuerpos profesionales como RAdCM están preocupados verdaderamente por la obesidad y la salud, en vez de intentar complacer a Jamie Oliver, a la industria de las dietas y a los números de las organizaciones no gubernamentales, deberían empezar a prestar atención a los nadadores, boxeadores, jardineros y bailarines gordos. (Cooper, 2013 b)

La postura de Cooper se aleja de cualquier discurso que pudiera denominarse autocomplaciente, y más bien abre un camino para considerar que si bien pueden existir ciertas condiciones de salud asociadas al sobrepeso, no es el campo médico en donde estás deben tratarse primero pues deben ser apuestas por la igualdad y el bienestar. Asimismo, su trabajo se encarga de encarar las debilidades con las que el feminismo ha asumido el tema de la gordura, declarando que si bien —parafraseando el título del best seller de Orbach— la gordura es un asunto del feminismo, hay que evaluar de que feminismo. De esta manera, Cooper se convierte en un referente para muchas otras activistas que, como se plantea en este trabajo, se oponen a la idea de que exista un modelo único de corporalidad y que este se equipare al éxito profesional y amoroso, el bienestar y la felicidad, y en esa dirección se acogen más a la rama del activismo gordo

propuesta por Fat Underground en la que es el mundo quien debe adaptarse a los cuerpos gordos y no al contrario.

Las iniciativas que consideraré para abordar el activismo gordo en el mundo hispanoamericano fueron elegidas en virtud de su interconexión y su visibilidad, que además se da en el entorno del ciberespacio, en la medida en que permite darle cohesión al movimiento y no simplemente hacer un recuento de casos aislados. En su trabajo de grado como antropóloga, la activista colombiana Diana Pulido señala respecto al establecimiento de estas redes de activismo:

Facebook se convierte entonces en el lugar de difusión del manifiesto, tanto en texto como en video, gracias a la opción ‘compartir’. El ‘like’ funciona entonces, para este caso también, como una manera de apoyar lo dicho, lo escrito, lo publicado porque una se siente identificada con ello y porque lo que aparece allí toca fibras afectivas importantes. Así, las actividades que se generan diariamente por fuera del ciberespacio pueden llegar a 56 conectarse, generando así, una red de redes total relacionadas con el ciclo vital, redes de sobrevivencia, apoyo afectivo, entre otros, en espacios como el internet. La solidaridad funciona para pensar redes de ayuda mutua y de acciones de voluntariado. Cuando las redes de solidaridad se constituyen en movimiento social, pueden llegar a superar límites locales, regionales e, incluso, alcanzar escalas nacionales e internacionales (Scherer-Warren, 2005). En el ciberespacio es posible compartir interconexiones que se retroalimentan continuamente, pero este, no es en ninguna medida un espacio que funcione de forma autónoma, sin influencia de las realidades socioculturales, todo lo contrario. A pesar de que la práctica virtual esté mediada por unas especificidades, existe una estrecha relación de complementariedad con lo real que se hace visible, por la convergencia tecnológica. (Pulido, 2013, 55)

En el trabajo de Pulido se advierte cómo muchos de los documentos e iniciativas de los colectivos de activismo gordo fueron conocidos por ella antes de su difusión masiva, gracias al establecimiento de estas relaciones virtuales con otras y otros activistas. Es así como el ciberespacio se configura como uno de los escenarios centrales en los que el activismo gordo actúa y puede ser divulgado. El primer caso que consideraré es el de *Gorda! Zine*, fanzine de la argentina Laura Contrera, que inicia como un blog en Tumblr ([gordazine.tumblr.com](http://gordazine.tumblr.com)) y ahora cuenta con su propio dominio. *Gorda! Zine* se ha convertido en un referente al hablar de activismo gordo en Latinoamérica sobre todo por su labor de traducción de textos del feminismo gordo norteamericano y el establecimiento

de vínculos con otras activistas a través del entorno virtual. La historia de *Gorda! Zine* inicia en abril de 2012 y la editorial introductoria a la publicación es la siguiente:

Pensé mucho acerca del nombre de este zine. Por varias razones, como ya verán. Ante todo, la marca de género. Bio-políticamente asignada mujer al momento de nacer, devenida femme, punkie, darkie y no sé cuantas otras cosas más, usar el calificativo “gorda” en vez del “gordx” que me sale cómodamente y casi sin pensar, me resultó problemático en un primer momento. Mientras en el Estado español se divierten con una acalorada discusión sobre el uso del lenguaje no sexista, pelea que involucra a los eminentes catedráticos de la Real Academia Española –los dueños del lenguaje, según parece- y a otrxs especialistas, en nuestro contexto regional subsisten las más retrógradas marcas sexistas. Pues hasta hay quienes se autodenominan anarquistas y pretenden acabar con las opresiones simplemente ignorando las cuestiones de género -a las que aluden como “tener pene o vagina” (sic). O, en el otro extremo, el uso -progre y políticamente correcto- del femenino y el masculino en vez del masculino universal que deja en pie las viejas definiciones binarias (popularizado por la actual mandataria de la Argentina en lo que parece ser su máxima concesión a cierto feminismo, ya que de la legalización del aborto mejor ni hablemos). Minoritariamente, abunda una proliferación de x, \*, @, e, \_ y demás signos que estallan los encorsetamientos lingüísticos a los que no queremos adaptarnos. Pero, finalmente quedó “Gorda!” nomás, porque si se trata de reapropiarnos de los insultos y de las palabras hirientes, el adjetivo “gorda” tenía exactamente todas las cualidades para ganarse su lugar, al menos en mi caso. Que otrxs hagan su “Gordo!”, su “Gordx”, “Gord\*”, “Gord@”, “Gorde”, “Gord\_” y así...

En segundo lugar, me preocupaba la referencia a un zine emblemático de la movida norteamericana por la aceptación de la gordura. El zine en cuestión se llama Fat!So? y se inscribe en una línea que acá es casi desconocida y con la cual no comulgo de todo. Pero es un poderoso e ineludible antecedente para pensarnos en relación a nuestra gordura. Así que superé este obstáculo y acá estamos.

En el mundo angloparlante hay mucha producción teórica y un activismo sólido en torno a las identidades gordas, la aceptación, el reconocimiento y el orgullo gordo. Más allá de las críticas o las adhesiones que puedan merecer estas iniciativas por nuestra parte, resulta muy llamativo que estos textos no estén disponibles en castellano. O no, ya que tiene una lógica que aún debemos desentrañar. Por eso desde hace un tiempo estoy convencida de que urge plantear políticamente estas cuestiones en nuestras regiones. Vale la pena intentar una reflexión conjunta sobre los insultos, las miradas, las hipervisibilizaciones e invisibilizaciones o las identidades que se configuran a partir de idealizaciones normativas corporales que operan incluso en ambientes pretendidamente radicalizados, libertarios, activistas, etc. Porque ser gordx en estas sociedades no es un hecho menor o anecdótico, ligado a la “vida privada” o a la estética. Todo esto tiene que ver directamente con los cuerpos que importamos y si contamos como tales para otrxs.

Yo hago desde hace unos años un zine sobre cosas que pasan en la infancia llamado Pido perdón. Un tiempo atrás hice un collage de palabras y afectos en base a algunas experiencias compartidas por amigxs y aliadxs en torno a múltiples sensaciones infantiles imborrables (burlas en la escuela, señalamientos vergonzantes, adultxs avasallantes, etc.). La niña gorda que soy no pudo escribir en su propio zine sobre el insulto que más la había herido a lo largo de los años. Me refiero a “gorda”, claro está. Pero no sientan lástima por mí, que esta primera persona del singular no quiere habitar una herida ni hacer de esto una letanía llorosa. Sólo lo cuento porque hace referencia a las azarosas trayectorias que nos llevan a habitar ciertos espacios y a poder pensarnos otrxs, siempre. Incluso cuando insultos, amenazas y golpes nos han dejado inermes más de una vez, siempre podemos intentar volver a levantar la cabeza y mostrar que nuestra vergüenza es en realidad la vergüenza de una sociedad que apenas puede consigo. Como ha escrito hermosamente Judy Butler “las palabras mismas que tratan de herir pueden igualmente errar su blanco y producir un efecto contrario al deseado”. Por eso “Gorda!” sale a las calles y levanta su barricada femme-inista, punkie, ácrata, queer, sudaka y gorda. Porque no queremos sólo revertir el ideal estético dominante, ofreciendo una suerte de contra-cara. Como en los ’90 soñaron las políticas queer, o entrado este milenio los transfeminismos, queremos dismantelar todo lo que esté a nuestro alcance.

Salud y alegría,

Laura

La apuesta de *Gorda! Zine* es entonces en primer lugar, plantear la necesidad de pensar la gordura en el marco geopolítico latinoamericano, en la medida en que la mayoría del discurso teórico del activismo gordo proviene de Estados Unidos e Inglaterra y si bien se constituye como un punto de partida importante para pensar esta corporalidad específica, no puede dejar de reconocerse que la forma en que se presentan interacciones entre esta y otras categorías como la raza, la clase social y el género, difieren de la experiencia cotidiana de las mujeres latinoamericanas y por lo tanto necesita otro tipo de acciones y de respuestas. En segundo lugar, está la tarea de divulgación de ese corpus teórico que constituye el campo del activismo gordo y para proveer de herramientas y categorías epistémicas apropiadas para una consideración seria sobre la gordura en nuestro contexto. En tercer lugar, estaría la acción desde el lenguaje, siguiendo a Judith Butler, a través de la apropiación y resignificación del insulto “gorda” para apropiarse de él en la vida personal y configurar así el propio cuerpo como un campo de acción política. Como he podido presenciar a lo largo de mi propio proceso de escritura, el darse un nombre,

apropiarse del insulto, es uno de los momentos más significativos en la apropiación del cuerpo y es uno de los elementos comunes a todas las manifestaciones activistas tanto en el contexto anglosajón como en el hispanohablante.

Esta intención de “salir del lugar de la herida” en palabras de Laura Contrera, es un propósito compartido de otras aproximaciones al activismo gordo en nuestra región. Tal es el caso del libro *La cerda punk. Ensayos desde un feminismo gordo, lésbico, antikapitalista & antiespecista* de la activista Constanza Álvarez Castillo, publicado en septiembre de 2014, que plantea la necesidad de reflexionar sobre el cuerpo gordo a través de la escritura y la reiteración de que llamarse gorda se establece como una identidad estratégica, contextual y perturbadora:

Escribir porque no todas las posturas sobre la gordura y su activismo son iguales, ni las experiencias son las mismas. Nos separa la clase, la raza, la sexualidad, la opción política, la etnia, la ubicación geopolítica, la edad. No se es una cuerpa política solo por ser “gorda” sino por cómo nos enfrentamos al mundo con nuestra gordura. La postura que se tiene al enunciarse a sí misma como gorda no desde el insulto, sino desde la resignificación de una palabra que molesta, que genera incomodidad. (Álvarez Castillo, 2014, 23)

Otra cuestión importante que aparece en estas publicaciones es la necesidad de que los cuerpos delgados reconozcan su posición de privilegio y que en esta medida la reivindicación del cuerpo gordo como bello, saludable y poderoso, se inscriba en las discusiones políticas actuales y no se quede solo en la marginalidad de los zines o la escena artística. En este sentido, cobran especial importancia los manifiestos redactados por los diferentes colectivos y activistas que trabajan en torno al tema, en la medida en que construyen una narrativa de la experiencia de la gordura y muestran tanto sus potencias revolucionarias como su estado actual de invisibilización. Para ilustrar lo anterior me referiré a una tercera iniciativa, la web española “Cuerpo empoderados” conformada por un grupo de antropólogas que en su manifiesto, del que comparto algunos apartes, señalan:

Te preguntarán quienes somos. De dónde salimos. Por qué somos así.

Somos aquella niña que insultabas en la escuela.  
Sí, sí, no se te ha olvidado. Me gritabas gorda.

[...]Somos tu amiga, la que se ha pasado la vida en el segundo plano, esa que te acompaña mientras ligas en las fiestas.  
La maja, gorda y fea según tus patéticos novietes.

[...]Somos la universitaria a la que decidiste no dar el puesto de trabajo, pues su imagen física no estaba a la altura para tu proyecto.  
Somos el que nunca entendió porque ser gordo es considerado algo desagradable a nivel social.  
Somos la que no tiene claro que ser gorda signifique no follar.  
Somos a la que le apetece hacerlo todo el rato.  
Somos el que se esconde tras la toalla en la playa, cada día de cada verano.  
Somos la adolescente que se mira al espejo y llora, la que come y se siente mal, cada vez peor. Hasta que decide dejar de hacerlo.

[...]Somos las activistas que estamos hasta los ovarios de combatir vuestras malditas armas de publicidad masiva contra nuestros cuerpos.  
Somos tu hija, a la que recomendabas que hiciera dieta si quería gustar a los chicos y tener amigas.

[...]Somos las que estamos empezando a amar a nuestro cuerpo independientemente de lo que nos obliguen a sentir hacia él. Somos las que nos juntamos y nos contamos cómo nos sentimos y por qué. Las que reconocen las causas de sus lágrimas y las combaten día a día, de la mano, con todo el corazón.

Por eso nos declaramos feministas, anticapitalistas, y antiespecistas. Le declaramos la guerra al patriarcado, al machismo, al mercado, al mercado del cuerpo, a la publicidad asesina, a las dietas.

Queremos ver cuerpos diferentes. Queremos querer cuerpos diferentes. Queremos comer mas de 1300 Calorías al día. A nosotras también nos aprieta el chocho la talla 38.

Estamos en contra de la corrección. En contra de la opresión. De la patologización. Creemos en el empoderamiento. Creemos en tomar las calles. En gritar. En ser unas histéricas. Somos chonis. Somos sofisticadas. Nos gusta el flow. Somos negras. No creemos en la culpa. No queremos ser víctimas. Queremos gritar. Queremos bailar. Queremos que nadie nos diga lo que tenemos que hacer.  
Queremos ser.  
(Cuerpos empoderados, s.f., en línea)

Habida cuenta del anterior texto, podemos notar que no solamente se trata de una autorreflexión ni de una narración autobiográfica, sino una reclamación de los cuerpos gordos como legítimos sujetos de derecho, en las mismas condiciones y con las mismas responsabilidades que los cuerpos delgados. No se trata, parafraseando a Bordo, de convertir al cuerpo delgado en el enemigo, sino de evaluar de qué manera los cuerpos delgados también cargan con una responsabilidad sobre la marginalización de los gordos y de qué manera en sus prácticas cotidianas personales —reconociendo que toda acción personal es política— se encargan de mantener su lugar de privilegio frente a aquellos cuerpos que se rehúsan a someterse al gobierno desde su propio deseo a partir de la herramienta de la autorregulación. Sin embargo, cabría preguntarse si estas reclamaciones pueden tener resonancia suficiente en las prácticas sociales cotidianas en la medida en que su circulación se da por fuera de los medios tradicionales. Por otra parte, también sería importante considerar si es la reclamación la mejor manera de generar consciencia sobre el privilegio de lo delgado en nuestra sociedad.

En este sentido, y tal vez por su filiación con los movimientos punk y DIY —que cuentan con iconos tan grandes como la cantante de The Gossip, Beth Ditto—, las iniciativas de activismo gordo en Hispanoamérica se extienden más allá del campo de la escritura, más allá de la misma gordura y aprovechan las plataformas virtuales para exhibir el cuerpo, manifestarse y responder de manera resuelta para declararse como cuerpos inapropiados capaces de derribar el sistema de normalización que nos ha sido impuesto. Al respecto, señala la activista gorda, Lucrecia Masson:

Es actualmente una apuesta urgente la de plantearnos una rebelión de los cuerpos. Rebelión que, necesariamente, rechaza la frontera entre el cuerpo normal y el deforme, el cuerpo saludable y enfermo, el cuerpo válido e inválido. Rebelión que debe ser planteada a partir del encuentro, la afinidad y la alianza entre estos cuerpos inapropiados e impropios. De ahí que los sistemas que nos organizan a partir de género, raza, sexualidad, normalidad corporal, salud mental o física, se vuelven edificios que es necesario derribar, y esta acción de derribo nos deberá encontrar juntas, sabiéndonos atravesadas y en constante y compleja intersección. (Masson, 2014)

Acciones como las de la Bala Rodríguez, en el campo del performance, y las Krudas, en el de la música, reafirman la anterior resolución. La Bala Rodríguez es una socióloga, activista gorda, mexicana, que realiza performances en vivo y fotográficos como una estrategia de visibilización de su cuerpo y como una nueva forma de apropiación de la desnudez que tradicionalmente está relegada a la esbeltez, incluso en el circuito del arte. “Acá se hacen activismos de gorda, manflora, feminista. Incómodos por añadidura. Así es y así será. Acostúmbrese o no”, señala en la descripción de su página de Facebook, dentro de la cual se pueden ver imágenes de sus intervenciones en espacio público junto a otras transfeministas.



*Imagen 6. La Bala Rodríguez en la serie “La Bala de las cavernas” para la revista de estudios de género Hysteria ([www.hysteria.mx](http://www.hysteria.mx)) Consultado el 25 de noviembre de 2014*

En adición, La Bala Rodríguez, también ha hecho intervenciones desde el campo editorial y ha dado varias entrevistas en las que plantea su postura como activista gorda. En la concedida el pasado 15 de octubre de 2014 a la periodista Lulú Barrera en el programa “Luchadoras” afirma sobre su inicio como activista:

La verdad tuvo que ver mucho con un momento en el que quise ser muy honesta con mi activismo y revisar esta parte de sentirme, de no sentirme a la altura nunca o que la cultura te regresa a pues este lugar donde no eres suficientemente buena, y es todos los días. Entonces vengo revisando que lo gordo en la cultura es algo terrible y últimamente enfermo, entonces lo gordo es indeseable, lo gordo es irrespetuoso y lo gordo es enfermo. Entonces vienen estos ejercicios de performance en los que me involucro, meto el cuerpo en el activismo y empiezo desde mis espacios en casa y

desde la historia familiar a ver qué ha pasado, qué onda con lo gordo y resulta que sí, que viene de familia toda esta inquietud por la mala prensa con la que circula en la cultura lo gordo. (Barrera y Rodríguez, 2014, en línea)

Los ejercicios performáticos de La Bala Rodríguez proponen una reapropiación no solo del espacio que le ha sido negado al cuerpo gordo sino del propio gesto y la propia experiencia al ponerla a circular en lo público.

Por otro lado, tenemos el caso de Las Krudas Cubensi, grupo de Hip Hop cubano fundado en 1999 por Odaymara Cuesta y Olivia Prendes, que se caracteriza por su discurso contestatario e incluyente desde la perspectiva feminista, negra y LGBTI. Según su página de internet ([www.krudascubensi.com](http://www.krudascubensi.com)): “ellas han elegido el arte como una rama para luchar en contra de la opresión, por la justicia, por el balance, por nuestros derechos, para celebrar la vida”. Luego de su migración a los Estados Unidos, donde se encuentran actualmente radicadas, han extendido su actividad hacia otras áreas, con la organización de talleres de concienciación sobre el cuerpo y el empoderamiento de la comunidad inmigrante en Texas.

“Redonda como la tierra/ que tantos mitos y leyendas encierra/ Redonda como acetatos/ pa’ la old school./ las novatas y novatos./ Redonda como un CD/ que contiene este background/ que se hizo para mí./ Circular como las monedas./ como el pan./ Redonda hasta donde quiera como las mías que están como están/ y mira ya por donde van./ Resistiendo como gorda./ como negra, como guerrillera./ Yo, ballena, más espacio en el mundo/ Más se ve, sin pena./ A mí que me digan gorda/ que me mencionen/ Que recuerden el himno de esta gorda y sus canciones./ Que me señalen porque existo./ peso gladiadora./ como me gusto ¡ay! no me resisto./ El silencio no me protege/ no me voy a callar./ Vivan las gordas sin domesticar/ las pasás, las pesás./ las que no creen en na’./ las de talla 40, 50./ las que no se inventan./ Gordura, en tiempos de guerra, sinfonía que se aferra/ a la más real, vital, poesía./ imposible de ocultar gorda./ y flotante como mi Cuba/ en medio del mar./ Peso bloque mijo./ pa’ que te sofoque’./ Esto es 90 kilos, ven, ven y dilo.

Así cantan Las Krudas en su canción “La Gorda” que se ha convertido en un himno celebratorio para muchas activistas; lo anterior, sumado a su peculiaridad en el panorama

musical cubano, especialmente en el campo del rap y el hip hop que siempre había sido predominantemente masculino, en un entorno opresivo como el cubano que se caracteriza, entre muchas otras peculiaridades, por una cultura patriarcal y heterosexista para la que el proyecto resultó ser demasiado transgresor; de ahí la razón de su migración. Sin embargo, Las Krudas no resultan transgresoras solo para la audiencia de su país — que paradójicamente ahora las aclama en sus visitas a la isla— sino para todo un continente en el que, como señalaba La Bala Rodríguez en la entrevista anteriormente citada, “el cuerpo gordo es algo que se debe eliminar, es algo que simplemente no queremos ser”. (Barrera y Rodríguez, 2014, en línea)

Las anteriores son una muestra representativa de las propuestas de un activismo gordo en nuestra lengua y nuestra ubicación geopolítica, en la medida en que su difusión a través del ciberespacio y su interconexión, que se hace evidente en el material que comparten y la continua referencia entre sus trabajos, nos permiten elaborar un mapa de lo que sucede en nuestro entorno. Sin embargo, tal como sucedió en el momento de su consolidación en los Estados Unidos e Inglaterra —e incluso hoy en día, 40 años más tarde—, el hecho de que la gordura sea una categoría transversal, con intersecciones tan múltiples como contradictorias nos impide acercarnos a una sola consideración de lo que debe ser el activismo gordo, de si debe hacerse o no dieta, exponer o no el cuerpo. Lo que considero es que, pese a ello, esa plurivocidad es una potencia positiva, una fuerza que nos permite seguir en constante búsqueda de nuestra identidad como gordos y gordas, apropiarnos de nuestra piel y de nuestra grasa, generar una consciencia sobre la posibilidad de escapar de la tiranía de la delgadez y la moral biopolítica del entrenamiento, la dietética y la autorregulación, para pensarnos en términos de igualdad. “Punk will never diet”, señala Beth Ditto, y si lo hiciera, no es asunto de nadie más que de sí mismo.

Tal es la razón de que el estudio de la obesidad y la gordura como problemas de los Estudios Culturales se vincule en este trabajo al saber situado, a la experiencia como la manera en la que los sujetos mismos se constituyen (Smailes, 2014; Burns & Walker, 2005). En esta medida, la emergencia del activismo gordo en el ámbito local se caracteriza por una producción desde la propia aceptación, desde la ruptura de las

fronteras entre lo que se considera público y privado. De este modo, la apuesta es la de una investigación feminista autoetnográfica en la que el posicionamiento de quienes nos acercamos a la gordura como un problema de la cultura somos también nuestro objeto de estudio. Lo que se aprecia a través de los proyectos de activismo gordo comentados en este aparte, es la manera en que le están apostando no a una transformación del cuerpo sino a una transformación del contexto en la que nuevas formas de considerar al cuerpo puedan ser visibilizadas, bien sea desde el punto de vista de la comprensión de su carácter ficcional, producido histórica y socialmente, o de la reapropiación del mismo.

Tales objetivos son señalados por Lucrecia Masson, a la luz de su propio rol en la emergencia del activismo gordo en Latinoamérica:

No es mi apuesta la de entrar en un reclamo identitario en torno a la gordura. El punto está en reconocer en el cuerpo gordo una construcción médico-política más. La apuesta es partir de aquí para poder cuestionarnos las ficciones naturalizadas que ponen etiquetas y diagnósticos a nuestros cuerpos. Pero, al mismo tiempo, quiero identificarme como gorda. Toda mi trayectoria corporal está atravesada por esta palabra, casi siempre en tono injurioso. Enunciarme desde ahí es hoy una necesidad política. Apropiarnos del insulto para salir del lugar de la herida, como bien dice mi amiga Laura Contrera. Se trata también de seguir rompiendo armarios y dar respuestas colectivas a cosas que nos han dicho que pasan por lo individual. Igual que desde el feminismo se politiza la sexualidad, la economía o la violencia, también es importante trabajar colectivamente en torno a otras dimensiones. Se me ocurre pensar en el clásico *quíérete a ti misma*. Parece que hubiera un logro personal a celebrar en el haber aprendido a quererme, alcanzado con esfuerzo y a costa de padecimientos que deben quedarse en un terreno individual y en el espacio del silencio. Prefiero pensar que podemos crear colectivamente condiciones de posibilidad donde las existencias corporales, a veces incómodas, no se vivan en soledad. Una vez alguien me dijo: "mi cuerpo lo que quiere es que lo quieran", y con esta frase entendí muchas cosas. (Masson, 2014, 2)

Es en esta línea de pensamiento en la que puedo reflexionar acerca de mi propia experiencia y la manera en la que ha sido introducida a lo largo de este trabajo. En los últimos 4 años he pasado de la negación de mi cuerpo a la re-aparición del mismo. Para este proceso ha sido necesario que me cuestione acerca de las condiciones de emergencia de la negación misma y el rechazo que siempre sentí hacia mi cuerpo gordo. Es así como

al indagar las condiciones de emergencia de la obesidad y la gordura como corporalidades problemáticas puedo comprender de manera mucho más clara las relaciones entre el afán de normalización que me ha caracterizado, pero también comprender que esa norma corporal, ese cuerpo ideal y perfecto al que aspiré durante toda mi juventud, no es más que una ficción que obedece a dinámicas económicas, políticas y sociales.

Mi propia experiencia con el balón intragástrico, el posterior efecto rebote y la colocación de un segundo balón, ha sido consecuencia de una reflexión profunda acerca de lo que significa hacerse un cuerpo desde las múltiples capas de contradicción que me constituyen y que se manifiestan en el lenguaje, que también construye a mi cuerpo, cada vez que soy llamada “gorda”. Al leer las entradas de mi diario seleccionadas para conversar con las reflexiones teóricas de este trabajo, me convenzo de la importancia de la apropiación del insulto para poder disminuir su poder de dañar. Sin embargo, queda abierta la pregunta sobre el peligro de que este empoderamiento gordo se convierta en una nueva matriz de estratificación moral en la que las actitudes gordofóbicas y la delgadez son satanizadas. Considero que en este punto falta mucho camino por recorrer aún en América Latina y que como fenómeno emergente, el activismo gordo en nuestra región necesita cada vez más y más espacios de discusión en los que las miles de formas de ser gorda puedan encontrarse.

La apuesta entonces, desde mi punto de vista, debe ser por la indagación y el cuestionamiento constantes. No podemos entrar en el terreno de la negación y es pertinente cuestionar si es posible una gordura saludable. No basta solo con la autoaceptación y el logro del bienestar personal, sino que debemos avanzar en la dirección de verdaderos cambios sociales gracias a los que los cuerpos gordos, y todos los demás cuerpos que son estigmatizados en nuestro entorno, puedan reescribirse como espacios para el placer sexual, la belleza, la productividad y el éxito académico.

## Conclusiones

La inquietud central que dio origen a este trabajo –cómo la intersección entre obesidad y género tiene implicaciones en las prácticas sociales con respecto a las mujeres obesas–, ha sido no solamente un problema de investigación sino un cuestionamiento sobre mi propio cuerpo y la manera en que lo he sometido a intervenciones y transformaciones a lo largo de mi vida. Es así como cuestionarme acerca de las condiciones a partir de las cuales emerge la categoría de la obesidad ha sido no solamente un objeto de estudio sino una fuente de experiencia en la medida en que constituye una parte de mi propio relato.

De esta manera, ha sido pertinente cuestionar la manera en que la gordura pasa de ser una condición deseable, y un marcador de estatus socioeconómico, a una condición médica que se caracteriza por minar el bienestar de quienes la padecen y se relaciona con problemas de salud que atentan contra la vida misma de las personas. En este sentido, es clave reconocer que la medicalización de la obesidad se ha encargado de volcar la vista de nuestra sociedad hacia esta como un problema de salud pública, una epidemia.

Sin embargo, adicionalmente a las consideraciones médicas en torno al cuerpo obeso, se moviliza a través de ellas el asunto del gobierno de los cuerpos, que desde las lógicas neoliberales, está directamente ligado al autogobierno y la autorregulación. Es así como el cuerpo es considerado capital humano y su rendimiento se mide en términos de eficiencia y entrenamiento, lo que privilegia a los cuerpos delgados y atléticos. Del mismo modo, este mesuramiento de los cuerpos se encarga de propagar un pánico moral en el que el cuerpo obeso resulta indeseable en la medida en que es un cuerpo negligente y débil moralmente, incapaz de cumplir con la normativa corporal que el entorno le impone.

Por otra parte, resulta importante advertir que el reconocimiento de la obesidad como un problema médico y social está relacionado con las maneras en que la gordura es construida y apreciada desde el punto de vista histórico, político, económico y cultural, de manera que es preciso llamar la atención sobre la forma en que los cuerpos gordos son

representados y expuestos, y el modo en el que estos interactúan con el género. Los Estudios Culturales y el feminismo, me permitieron considerar a lo largo de este trabajo la manera en que se pueden establecer iniciativas de resistencia frente a la normativa corporal y como estas se corresponden con la experiencia particular de ser una mujer gorda.

En esta medida, la reflexión en torno a la intersección entre peso y género, nos hace revalorar la gordura no solo como un problema estético o médico sino como una posición política que está embebida en diferentes prácticas opresivas que han recaído sobre el cuerpo de la mujeres como la mercantilización de los estándares de belleza, a través de la moda, la publicidad e incluso el rol de las mismas en la academia. En este sentido la reflexión del segundo capítulo de este texto me condujo a la consideración del sentido que tiene la apropiación de la palabra “gorda”, en la medida en que resulta subversiva en medio de un contexto en el que incluso las mismas mujeres gordas han sido guiadas a despreciar su propio cuerpo, de manera que el mismo acto de rebelarse ante el insulto y asumirlo como una señal de identidad no es solamente una modificación abstracta sino que permite desnaturalizar los modos de agresión física y social en contra de nuestro propio cuerpo.

Es así como se construye no solo una resignificación del lenguaje sino de los propios cuerpos, para de este modo controvertir los modelos de estigmatización y abrirle paso a la multiplicidad del ser, a la configuración de un escenario múltiple en el que tengan cabida otros cuerpos y otras subjetividades. Sin embargo, es pertinente cuestionar la manera en que estos modos de insurrección se encuentran aún atravesados por estándares de cuantificación de la normatividad corporal y cómo es posible entonces escapar de una nueva forma de sujeción en la que los cuerpos gordos sean mercantilizados y estratificados.

De esta manera, la preocupación existente en nuestra sociedad por la manera en que los cuerpos se autorregulan y se sujetan a la norma, del modo en el que regulan sus propios deseos, es un reflejo de las inestabilidades del propio cuerpo social y en esta medida no se

puede desconocer como la construcción de subjetividad está íntimamente relacionada con las estructuras económicas y sociales dentro de las cuales los cuerpos se construyen (Bordo, 2001).

Dado lo anterior, al evaluar las propuestas de aceptación y activismo gordos, cabe cuestionarse si las maneras de exposición y representación de los cuerpos dentro de las mismas se rebelan contra este sistema social en todo su conjunto o agotan su potencial político en el registro de la queja y la reclamación. Adicionalmente, es preciso sopesar si el radicalismo en la aceptación de los cuerpos gordos estaría desconociendo problemas reales en el campo de la salud que redundarían en un verdadero peligro biológico, sobrepasando el pánico moral que se ha movilizadado a causa de la obesidad.

Desde este punto de vista, ha sido importante en el marco de este trabajo revisar las condiciones de emergencia del activismo y el feminismo gordos, especialmente en el caso de Estados Unidos donde el movimiento surge y ha mantenido su constancia y visibilidad a lo largo de las últimas cuatro décadas. La revisión de este panorama plantea las contradicciones propias de la consideración del asunto mismo de la obesidad y se bifurca en posturas a favor de una aceptación incondicional de la gordura, que decide obviarla como un problema médico; el intento de abarcar el cuerpo como un proyecto, dentro del cual el adelgazamiento sería una meta; la exposición de los cuerpos gordos en escenarios que usualmente les son vedados, como el campo de la moda y el entretenimiento, e incluso, la industria pornográfica; y aquellas que trabajan en torno a la intersección específica de la obesidad con la discriminación racial o con base en el estatus socioeconómico.

Lo que resulta productivo de estas bifurcaciones es que nos permiten realizar un mapeo de las raíces de nuestras ideas contemporáneas acerca de la gordura, la manera en la que las narrativas de las que se desprenden se han modulado para pervivir hoy en día, y las voces y acciones de aquellas personas y colectivos que rechazan, y esto abarcaría casi todo el espectro, las dominación de una norma única del cuerpo y la aceptación de un relato unívoco sobre los cuerpos gordos.

Lo anterior requiere además reconocer que existe un estigma sobre los cuerpos gordos, por supuesto, pero también que hay puntos de fuga a partir de los cuales resistir y repensarse como cuerpos con derechos y deberes equivalentes a los de cualquier otro. En orden de conseguirlo es necesaria una indagación constante sobre los modos en los que tal estigma ha sido constituido y opera en nuestras prácticas cotidianas, habida cuenta de que culturalmente se le asignan significados más allá de la apariencia a los cuerpos gordos, asociados con negligencia y debilidad del carácter entre otras señales de una presunta inferioridad moral. La revisión consciente y metódica es productiva en la medida en que nos lleva a concluir que como cualquier estigma, el de la obesidad es relativo y depende de su contexto histórico y cultural de manera que puede ser revertido y combatido si existe un conocimiento amplio de sus causas y efectos en el cuerpo social.

A razón de lo anterior, la revisión de la emergencia de propuestas de un activismo gordo en nuestro entorno político, fenómeno mucho más reciente, nos permite identificar también la plurivocidad de nuestro contexto y las formas en que una posible resistencia debe configurarse no solamente a partir del modelo del activismo gordo norteamericano y europeo, sino a través de la consideración de nuestras particularidades históricas, sociales, raciales y económicas.

En este sentido, el camino hasta ahora está empezando a trazarse, pero se pueden establecer ciertos puntos comunes que permiten que la experiencia de esta corporalidad problemática no se viva en soledad (Masson, 2014): en primer lugar está el gesto de resignificación del propio cuerpo a través del uso de la palabra “gorda” como un mecanismo para salir “del lugar de la herida”, en palabras de Laura Contrera; en segundo lugar, una apuesta por la escritura como un mecanismo de discernimiento de la diferencia entre las múltiples maneras de enfrentarse al mundo como mujer gorda (Álvarez Castillo, 2014), presente en los ensayos, los manifiestos de los colectivos y los ejercicios creativos, como el de Krudas Cubensi; y en tercer lugar, la utilización del ciberespacio de manera estratégica que permite la difusión acelerada de los productos de cada colectivo, bien sea a través del performance, el registro audiovisual o la crítica cultural, de manera que se

construyan redes de conocimiento y acción transnacionales que permitan dar cuenta del estado de las prácticas cotidianas en cada uno de los contextos de las mujeres gordas de nuestro entorno geopolítico, gracias a la validación de la experiencia como un lugar de producción de pensamiento.

A la luz de lo anterior, este trabajo hace énfasis en la importancia del establecimiento de esas redes y el cuestionamiento constante sobre los procesos que están detrás de nuestra valoración de los cuerpos y de la manera en que nosotros mismos consideramos a nuestro cuerpo como un “peso insostenible”, parafraseando a Bordo, un campo de batalla, un lugar de resistencia o un espacio de libertad. La inquietud final que queda, entonces es si es posible realizar transformaciones profundas en la valoración del cuerpo gordo en nuestra sociedad y no simplemente cambios superficiales como la posibilidad de comprar ropa de diseñador o aparecer retratadas en revistas de farándula: mi propuesta es que para que las transformaciones se den en un nivel más profundo, en el que no solamente los cuerpos gordos estén liberados de estigma, sino en general, que se abra el espectro de posibilidad para los cuerpos que exceden y subvierten a la norma es necesario transformar la norma misma y esto solo será posible en la medida en que seamos conscientes de que los cuerpos no son solamente un envase, un estuche para el alma, sino que son nuestro propio ser que se construye a través del lenguaje y el contexto histórico, social y político en el que nos hallemos inmersos.

Finalmente, este trabajo propone una consideración seria de que las implicaciones del estigma de lo gordo abarcan múltiples aspectos de la vida de las personas, desde el matoneo escolar, hasta el tratamiento médico diferencial, y la discriminación en los entornos laborales y académicos. Por esta razón es necesario un activismo gordo informado, consciente de las raíces culturales de estas formas de discriminación y sobre todo consciente de las particularidades contextuales con las que interactúa, para que no solamente sea el grito que llama la atención sobre una corporalidad estigmatizada sino que, valorando objetivamente sus peculiaridades, pueda abogar por una gordura saludable y valiosa.

## Bibliografía

- Álvarez Castillo, C. (2014). *La cerda punk. Ensayos desde un feminismo gordo, lésbico, antikapitalista & antiespecista*. Valparaíso: Trío Editorial.
- Bacon, J.G., Scheltema, K. & Robinson, B.E. (2001). "Fat Phobia Scale Revisited: The Short Form." *International Journal of Obesity*, 25, pp. 252-257. Recuperado de: <https://www.nature.com/ijo>
- Barrera, Lulú y La Bala Rodríguez. *Entrevista: activismo gordo en "Luchadoras"*. Rompeviento TV, 15 de octubre de 2014. Recuperado de: [https://www.youtube.com/watch?v=azp\\_IRJkkZQ#t=165](https://www.youtube.com/watch?v=azp_IRJkkZQ#t=165)
- Baudrillard, J. (2001) *La sociedad de consumo*. Barcelona: Plaza & Janés.
- Bordo, S. (2001). "El feminismo, la cultura occidental y el cuerpo". *Revista de Estudios de Género La Ventana*, vol. 14., pp. 44-65. Recuperado el 13 de octubre de 2014 de: <http://www.redalyc.org/toc.oa?id=884&numero=12394>
- Bordo, S. (1993) *Unbearable Weigth: Feminism, Western Culture and The Body*. Berkley: University Press of California.
- Burns, D. & Walker, M. (2005). "Feminist Methodologies". En Bridget. Somekh & Cathy Lewin (Eds.), *Research Methods in the Social Sciences*. Londres: Sage.
- Burman, E. (2006). "Emotions and reflexivity in feminist education action research". *Educational Action Research*, 14(3), pp. 315-332. Recuperado de: <http://dx.doi.org/10.1080%2f09650790600847636>
- Butler, J. (2007). *El género en disputa. Feminismo y la subversión de la identidad*. Barcelona: Paidós.
- Caponi, S. (2004). "George Canguilhem y el estatuto epistemológico del concepto de salud". En *História, Ciências, Saúde*, vol.IV, pp. 2-10.
- Castro-Gómez, S. (2005). *La Hybris del punto cero: ciencia, raza e Ilustración en la Nueva Granada (1750-1816)*. Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana.

- Citro, S. (2014). "Silvia Citro: "Diferentes ámbitos sociales van construyendo nuevas maneras de considerar el cuerpo"", entrevista de Ángela Cruz para *Revista Diners*. Recuperado el septiembre 12 de 2014 de:  
[http://revistadiners.com.co/actualidad/18558\\_silvia-citro-diferentes-ambitos-sociales-van-construyendo-nuevas-maneras-de-considerar-el-cuerpo/](http://revistadiners.com.co/actualidad/18558_silvia-citro-diferentes-ambitos-sociales-van-construyendo-nuevas-maneras-de-considerar-el-cuerpo/)
- Cooper, C. (2013 a) "Los básicos: ¿qué es unx activista de la gordura?". Laura Contrera [Trad.] en *Gorda! Zine*. Recuperado el 7 de octubre de 2014 de:  
<http://www.gordazine.com.ar/traduccion/62-los-basicos-que-es-unx-activista-de-la-gordura-por-charlotte-cooper>
- Cooper, C. (2013 b) "No hay necesidad de esta histeria por la epidemia de la obesidad". Publicado originalmente en *The Guardian*, 18 de febrero de 2013. Laura Contrera [Trad.] en *Gorda! Zine*. Recuperado el 1 de noviembre de 2014 de:  
<http://www.gordazine.com.ar/traduccion/45-charlotte-cooper-en-castellano>
- Courtine, J. (2006) "El cuerpo anormal. Historia y antropología culturales de la deformidad" en *Historia del cuerpo. Vol. 3. Las mutaciones de la mirada en el siglo XX*. Trad. Alicia Martorell y Mónica Rubio. Madrid: Taurus
- De Lauretis, T. (1987). *Tecnologías del género. Ensayos en teoría, la película, y la ficción*. Bloomington: Prensa De la Universidad De Indiana.
- Di Carlo, L. *Why Airlines Can't Cut Fat?* Recuperado el 14 de julio de 2012 de:  
[http://www.forbes.com/2002/10/24/cx\\_id\\_1024obese.html](http://www.forbes.com/2002/10/24/cx_id_1024obese.html)
- D'Uva, M. y Fernández, J. (2010): "Las conmociones del feminismo: una reseña vital", en: Espinosa Miñoso, Yuderlys (coord). *Aproximaciones críticas a las prácticas teórico-políticas del feminismo latinoamericano* 1a ed. - Buenos Aires: En la Frontera.
- "El polémico desnudo de Yidis medina en SoHo" 10 de julio de 2008 en Terra.com.  
 Recuperado de: <http://www.terra.com.co/actualidad/articulo/html/acu13102.htm>
- Erdman, A. (2013). "Academia's Anti-Fat Problem". En: *Bitch Magazine*. Recuperado el 25 de enero de 2015 de: <http://bitchmagazine.org/post/academias-anti-fat-problem>
- Erdman, A. (2011). *Fat Shame: Stigma and the Fat Body in American Culture*. Nueva York: New York University Press.

- Esteban, M.L. (2008) “Etnografía, itinerarios corporales y cambio social” en *La materialidad de la identidad*. Madrid: Hariadna Editoriala.
- Foucault, M. (2006). *Seguridad, territorio, población*. Curso en el Collège de France. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M. (2008) *Nacimiento de la biopolítica*. Curso en el Collège de France. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M. (s.f.) “La escritura de sí”. *Corps écrit*, n° 5: L'Autoportrait, febrero de 1983, pp. 3-23. Versión digital: <http://es.scribd.com/doc/3802413/Michel-Foucault-La-escritura-de-si>
- Gilman, S.L. (2009). “Lucha contra la obesidad”. En *Project Syndicate*. Recuperado el 16 de noviembre de 2014 de: <http://www.project-syndicate.org/commentary/fat-chance/spanish>
- Gimlin, D. (2006). “The Absent Body Project: Cosmetic surgery as a Response to Bodily Dys-appearance” en: *Sociology* Vol. 40(4): pp. 699–716. London, Thousand Oaks, New Delhi, SAGE Publications.
- Goffman, E. (1995). *Estigma: la identidad deteriorada*. Buenos Aires: Amorrurtu.
- Guerra, J. et al. (2006). “Antecedentes históricos sociales de la obesidad en México”. *Artemisa* en línea, vol. VIII, No. 2, pp. 91-94. Recuperado el 20 de noviembre de 2014 de: <https://www.mediagraphic.com/pdfs/invsal/isg-2006/isg062f.pdf>.
- Haraway, D. (1995) *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*, Madrid: Cátedra/Universitat de València/Instituto de la Mujer.
- Hartley, C. (2001). “Letting Ourselves Go”. En Evans & LeBesco [eds.] *Bodies Out of Bounds*. pp. 60-73. Berkeley California: University of California Press.
- Heatherton, T. & Hebl, M. (1998). “The Stigma of Obesity in Women: The Difference Is Black and White”. *Personality and Social Psychology Bulletin*, vol. 24, no. 4, pp. 417-426.
- Herrera, J. (2012). *Cuando las carnes abundan. La emergencia de la obesidad como un problema de la cultura contemporánea*. [Tesis de Maestría en Estudios

- Culturales- Pontificia Universidad Javeriana] Recuperado en enero de 2014 de:  
<http://hdl.handle.net/10554/4403>
- Huff, J.L. (2001). "A 'Horror of Corpulence'". En Evans & LeBesco [eds.] *Bodies Out of Bounds* Berkeley California: University of California Press.
- Hurtado Zorro, M.A. (2010). *Cambio de actitud física y comportamiento en mujeres adultas jóvenes con sobrepeso y obesidad en el sitio de trabajo mediante intervención en nutrición y actividad física*. [Tesis de Nutrición y Dietética – Pontificia Universidad Javeriana] Recuperado en mayo 5 de 2011 de:  
[http://biblos.javeriana.edu.co/uhtbin/cgiisirs/?ps=ResFEHAceu/B-GENERAL/232450005/88#search\\_form](http://biblos.javeriana.edu.co/uhtbin/cgiisirs/?ps=ResFEHAceu/B-GENERAL/232450005/88#search_form)
- Illouz, E. (2007), *Intimidades congeladas: las emociones en el capitalismo*. Buenos Aires: Katz.
- Jameson, F & Zizek, S. (1998). *Estudios culturales. Reflexiones sobre el multiculturalismo*. Buenos Aires: Paidós.
- Krinsky, C. (s.f.) "Introduction: The Moral Panic Concept". *The Ashgate Companion To Moral Panics* Recuperado el 3 de enero de 2015 de:  
<http://www.ashgate.com/pdf/samplepages/ashgate-research-companion-to-moral-panics-intro.pdf>
- LeBesco, K. (2004). *Revolting Bodies? The Struggle to Redefine Fat Identity*. Massachusetts: Massachusetts University Press.
- López, M. (2007). "Claves para entender la pandemia de la obesidad" en: *Mente y Cerebro* No. 241 (mayo- junio 2007) pp. 74-83.
- Lupton, D. (2013). *Fat Politics: Collected Writings*. Sidney: University of Sidney.
- Masson, L. (2014). "El cuerpo como espacio de disidencia". En *Diagonal Cuerpo*. Recuperado el 10 de agosto de 2014 de:  
<https://www.diagonalperiodico.net/cuerpo/22353-cuerpo-como-espacio-disidencia.html>
- Moreno, L. (2010). *Cuerpos modelos, cuerpos moldeables*. [Tesis de Antropología– Pontificia Universidad Javeriana] Recuperado el 5 de mayo 2011 de:  
<http://www.javeriana.edu.co/biblos/tesis/csociales/tesis70.pdf>

- Nancy, J. L. (2003). *Corpus*. Madrid, Arena Libros.
- Nancy, J. L. (2006). *El intruso*. Buenos Aires, Amorrortu.
- Redacción Vivir en El Espectador: “Sibutramina se vuelve a colar en el mercado”.  
Recuperado el 4 de octubre de 2014 de:  
<http://www.elespectador.com/noticias/salud/sibutramina-se-vuelve-colar-el-mercado-articulo-284747>
- OAC. (s.f.). “Comprensión del estigma de la obesidad”. Recuperado de OAC en junio 3 de 2104: <http://www.obesityaction.org/educational-resources/brochures-and-guides/comprencion-del-estigma-de-la-obesidad>
- Pedraza Gómez, Zandra (1996). *En cuerpo y alma: visiones del progreso y de la felicidad*. Bogotá: Universidad de los Andes.
- Preciado, B. (2008). *Testo Yonqui*. Madrid: Espasa.
- Preciado, B. “Biopolítica del género”. Filosofía – Universidad de Princeton París 8 – Saint-Denis. (s.p.)
- Probyn, E. (2000), *Carnal Appetites: FoodSexIdentities*, Londres: Routledge.
- Pulido, D. (2013). *No-body is perfect. El papel del cuidado en la configuración de cuerpos gordos de mujeres jóvenes en medios de comunicación, un análisis desde la televisión y Facebook*. [Tesis de Antropología- Pontificia Universidad Javeriana] Sin publicar.
- Rose, N. (2007). *The Politics of Life Itself. Biopower, Medicine and Subjectivity in the Twenty- First Century*, Princeton, Princeton University Press.
- Sachs, J. (2012). Entrevista hecha por Jo Cofino para The Guardian, “Rio+20: Jeffrey Sachs on how business destroyed democracy and virtuous life”. Recuperado el 22 de junio de 2013 de: [http://www.guardian.co.uk/sustainable-business/rio-20-jeffrey-sachs-business-democracy?CMP=tw\\_t\\_gu](http://www.guardian.co.uk/sustainable-business/rio-20-jeffrey-sachs-business-democracy?CMP=tw_t_gu)
- Smailes, S. (2014). “Negotiating and navigating my fat body – feminist autoethnographic encounters”. *Athenea Digital*, 14(1), pp. 49-61. Recuperado de:  
<http://dx.doi.org/10.5565/rev/athenead/v14n1.1357>

Sibilia, P. (2014). “Paula Sibilia: La intimidad como espectáculo”, entrevista de Ángela Cruz para *Revista Diners*. Recuperado el 4 de septiembre de 2014 de:  
[http://revistadiners.com.co/ocio/18337\\_paula-sibilia-nos-apoyamos-en-la-visibility-para-construir-lo-que-somos/](http://revistadiners.com.co/ocio/18337_paula-sibilia-nos-apoyamos-en-la-visibility-para-construir-lo-que-somos/)

Tomiyama, J. & Mann, T. (2013). “If Shaming Reduce Obesity, There Would Be No Fat People”. En *The Hastings Center Report*, vol.43, No. 3, pp. 4-5

Twigg, J. (July, 2002) “The Body in Social Policy: Mapping a Territory” en: *Journal of Social Policy*, 31(3), pp.421-439.  
<http://journals.cambridge.org/action/displayJournal?jid=JSP> Consultado el 12 de enero de 2012.

Vigarelo, G. (2006). “Entrenarse” en: *Historia del cuerpo. Volumen 3: las mutaciones de la mirada, el siglo XX*. Madrid, Taurus.

### ***Blogs y páginas web referenciadas***

BBC Noticias <http://www.bbc.co.uk/mundo/> Consultado en agosto 20 de 2014

Cuerpos empoderados [www.cuerposempoderados.wix.com/gordas#!manifiesto/cf01](http://www.cuerposempoderados.wix.com/gordas#!manifiesto/cf01)  
Consultado en octubre 15 de 2014

Ficha técnica del documental “The Heaviest Man” en Internet Movie Database  
<http://www.imdb.com/title/tt1347011> Consultado en octubre 14 de 2014

Fuck Yeah! Fat PhDs <http://www.fuckyeahfatphds.tumblr.com> Consultado en noviembre 25 de 2014

Gorda! Zine <http://www.gordazine.tumblr.com> Consultado en octubre 15 de 2014

La pesada de moda [www.lapesadademoda.blogspot.com](http://www.lapesadademoda.blogspot.com)

Página oficial de Krudas Cubensi [www.krudas.cubensi.com](http://www.krudas.cubensi.com) Consultado en octubre 15 de 2014

Página oficial de Manuel Uribe Garza [www.manueluribe.com](http://www.manueluribe.com) Consultado en octubre 14 de 2014

Página oficial de la Organización Mundial de la Salud <http://www.who.int/es/> Consultado en agosto 20 de 2014

Pampers and Curves [pampersandcurves.blogspot.com](http://pampersandcurves.blogspot.com) Consultado en septiembre 26 de 2014

Revista SoHo [www.soho.com.co](http://www.soho.com.co) Consultado en junio 13 de 2014.

**ANEXO 2**

**CARTA DE AUTORIZACIÓN DE LOS AUTORES  
(Licencia de uso)**

Bogotá, D.C., abril 6 de 2105

Señores  
Biblioteca Alfonso Borrero Cabal S.J.  
Pontificia Universidad Javeriana  
Cuidad

Los suscritos:

Ángela Marcell Cruz Parra , con C.C. No 52'904.936  
\_\_\_\_\_, con C.C. No \_\_\_\_\_  
\_\_\_\_\_, con C.C. No \_\_\_\_\_

En mi (nuestra) calidad de autor (es) exclusivo (s) de la obra titulada:  
¿Desaparecer para ser vista? Consideraciones en torno a la intersección entre obesidad y género.

\_\_\_\_\_ (por favor señale con una "x" las opciones que apliquen)  
Tesis doctoral  Trabajo de grado  Premio o distinción: Si  No   
cual: \_\_\_\_\_

presentado y aprobado en el año 2015 , por medio del presente escrito autorizo (autorizamos) a la Pontificia Universidad Javeriana para que, en desarrollo de la presente licencia de uso parcial, pueda ejercer sobre mi (nuestra) obra las atribuciones que se indican a continuación, teniendo en cuenta que en cualquier caso, la finalidad perseguida será facilitar, difundir y promover el aprendizaje, la enseñanza y la investigación.

En consecuencia, las atribuciones de usos temporales y parciales que por virtud de la presente licencia se autorizan a la Pontificia Universidad Javeriana, a los usuarios de la Biblioteca Alfonso Borrero Cabal S.J., así como a los usuarios de las redes, bases de datos y demás sitios web con los que la Universidad tenga perfeccionado un convenio, son:

<b>AUTORIZO (AUTORIZAMOS)</b>	<b>SI</b>	<b>NO</b>
1. La conservación de los ejemplares necesarios en la sala de tesis y trabajos de grado de la Biblioteca.	X	
2. La consulta física (sólo en las instalaciones de la Biblioteca)	X	
3. La consulta electrónica - on line (a través del catálogo Biblos y el Repositorio Institucional)		X
4. La reproducción por cualquier formato conocido o por conocer		X
5. La comunicación pública por cualquier procedimiento o medio físico o electrónico, así como su puesta a disposición en Internet	X	
6. La inclusión en bases de datos y en sitios web sean éstos onerosos o gratuitos, existiendo con ellos previo convenio perfeccionado con la Pontificia Universidad Javeriana para efectos de satisfacer los fines previstos. En este evento, tales sitios y sus usuarios tendrán las mismas facultades que las aquí concedidas con las mismas limitaciones y condiciones	x	

De acuerdo con la naturaleza del uso concedido, la presente licencia parcial se otorga a título gratuito por el máximo tiempo legal colombiano, con el propósito de que en dicho lapso mi (nuestra) obra sea explotada en las condiciones aquí estipuladas y para los fines indicados, respetando siempre la titularidad de los derechos patrimoniales y morales correspondientes, de acuerdo con los usos honrados, de manera proporcional y justificada a la finalidad perseguida, sin ánimo de lucro ni de comercialización.

De manera complementaria, garantizo (garantizamos) en mi (nuestra) calidad de estudiante (s) y por ende autor (es) exclusivo (s), que la Tesis o Trabajo de Grado en cuestión, es producto de mi (nuestra) plena autoría, de mi (nuestro) esfuerzo personal intelectual, como consecuencia de mi (nuestra) creación original particular y, por tanto, soy (somos) el (los) único (s) titular (es) de la misma. Además, aseguro (aseguramos) que no contiene citas, ni transcripciones de otras obras protegidas, por fuera de los límites autorizados por la ley, según los usos honrados, y en proporción a los fines previstos; ni tampoco contempla declaraciones difamatorias contra terceros; respetando el derecho a la imagen, intimidad, buen nombre y demás derechos constitucionales. Adicionalmente, manifiesto (manifestamos) que no se incluyeron expresiones contrarias al orden público ni a las buenas costumbres. En consecuencia, la responsabilidad directa en la elaboración, presentación, investigación y, en general, contenidos de la Tesis o Trabajo de Grado es de mí (nuestro) competencia exclusiva, eximiendo de toda responsabilidad a la Pontificia Universidad Javeriana por tales aspectos.

Sin perjuicio de los usos y atribuciones otorgadas en virtud de este documento, continuaré (continuaremos) conservando los correspondientes derechos patrimoniales sin modificación o restricción alguna, puesto que de acuerdo con la legislación colombiana aplicable, el presente es un acuerdo jurídico que en ningún caso conlleva la enajenación de los derechos patrimoniales derivados del régimen del Derecho de Autor.

De conformidad con lo establecido en el artículo 30 de la Ley 23 de 1982 y el artículo 11 de la Decisión Andina 351 de 1993, “*Los derechos morales sobre el trabajo son propiedad de los autores*”, los cuales son irrenunciables, imprescriptibles, inembargables e inalienables. En consecuencia, la Pontificia Universidad Javeriana está en la obligación de RESPETARLOS Y HACERLOS RESPETAR, para lo cual tomará las medidas correspondientes para garantizar su observancia.

**NOTA: Información Confidencial:**

Esta Tesis o Trabajo de Grado contiene información privilegiada, estratégica, secreta, confidencial y demás similar, o hace parte de una investigación que se adelanta y cuyos resultados finales no se han publicado. Si  No

En caso afirmativo expresamente indicaré (indicaremos), en carta adjunta, tal situación con el fin de que se mantenga la restricción de acceso.

NOMBRE COMPLETO	No. del documento de identidad	FIRMA
Ángela Marcell Cruz Parra	52904936	

FACULTAD: Ciencias Sociales  
 PROGRAMA ACADÉMICO: Maestría en Estudios Culturales

**ANEXO 3**  
**BIBLIOTECA ALFONSO BORRERO CABAL, S.J.**  
**DESCRIPCIÓN DE LA TESIS O DEL TRABAJO DE GRADO**  
**FORMULARIO**

<b>TÍTULO COMPLETO DE LA TESIS DOCTORAL O TRABAJO DE GRADO</b>						
¿Desaparecer para ser vista?						
<b>SUBTÍTULO, SI LO TIENE</b>						
Consideraciones en torno a la intersección entre obesidad y género						
<b>AUTOR O AUTORES</b>						
<b>Apellidos Completos</b>			<b>Nombres Completos</b>			
Cruz Parra			Ángela Marcell			
<b>DIRECTOR (ES) TESIS O DEL TRABAJO DE GRADO</b>						
<b>Apellidos Completos</b>			<b>Nombres Completos</b>			
Cabrera			Marta Jimena			
<b>FACULTAD</b>						
Ciencias Sociales						
<b>PROGRAMA ACADÉMICO</b>						
<b>Tipo de programa ( seleccione con "x" )</b>						
Pregrado	Especialización	Maestría	Doctorado			
		x				
<b>Nombre del programa académico</b>						
Maestría en Estudios Culturales						
<b>Nombres y apellidos del director del programa académico</b>						
Eduardo Restrepo						
<b>TRABAJO PARA OPTAR AL TÍTULO DE:</b>						
Maestra en Estudios Culturales						
<b>PREMIO O DISTINCIÓN (En caso de ser LAUREADAS o tener una mención especial):</b>						
<b>CIUDAD</b>		<b>AÑO DE PRESENTACIÓN DE LA TESIS O DEL TRABAJO DE GRADO</b>			<b>NÚMERO DE PÁGINAS</b>	
Bogotá		2015			115	
<b>TIPO DE ILUSTRACIONES ( seleccione con "x" )</b>						
Dibujos	Pinturas	Tablas, gráficos y diagramas	Planos	Mapas	Fotografías	Partituras
					x	
<b>SOFTWARE REQUERIDO O ESPECIALIZADO PARA LA LECTURA DEL DOCUMENTO</b>						
<b>Nota:</b> En caso de que el software (programa especializado requerido) no se encuentre licenciado por la Universidad a través de la Biblioteca (previa consulta al estudiante), el texto de la Tesis o Trabajo de Grado quedará solamente en formato PDF.						

MATERIAL ACOMPAÑANTE					
TIPO	DURACIÓN (minutos)	CANTIDAD	FORMATO		
			CD	DVD	Otro ¿Cuál?
Vídeo					
Audio					
Multimedia					
Producción electrónica					
Otro Cuál?					
DESCRIPTORES O PALABRAS CLAVE EN ESPAÑOL E INGLÉS					
Son los términos que definen los temas que identifican el contenido. <i>(En caso de duda para designar estos descriptores, se recomienda consultar con la Sección de Desarrollo de Colecciones de la Biblioteca Alfonso Borrero Cabal S.J en el correo <a href="mailto:biblioteca@javeriana.edu.co">biblioteca@javeriana.edu.co</a>, donde se les orientará).</i>					
ESPAÑOL			INGLÉS		
Obesidad			Obesity		
Estudios de género			Gender Studies		
Feminismo gordo			Fat Feminism		
Activismo			Activism		
Autoetnografía			Autoethnography		
RESUMEN DEL CONTENIDO EN ESPAÑOL E INGLÉS					
(Máximo 250 palabras - 1530 caracteres)					
<p>El presente trabajo de investigación consiste en una autoetnografía, situada en la perspectiva feminista, en la que se aborda la intersección entre la obesidad y las formas de construcción de la subjetividad en los cuerpos de las mujeres. El trabajo inicia con un recorrido por los procesos de medicalización en torno a la obesidad y su emergencia como problema de salud pública, para dar paso a la consideración de los efectos de esta categorización en la construcción del género y finalmente, analiza las maneras en las que el feminismo gordo norteamericano y los movimientos de feminismo gordo en América Latina hacen frente a estas interseccionalidades.</p>					



Bogotá, 6 de abril de 2015

Srs.  
Pontificia Universidad Javeriana  
Facultad de Ciencias Sociales  
Maestría en Estudios Culturales

Cordial saludo,

Por medio de la presente solicito el acceso restringido a mi tesis de maestría “¿Desaparecer para ser vista? Consideraciones en torno a la intersección entre obesidad y género?”, debido a que gran parte de los testimonios presentes en la misma serán desarrollados posteriormente en mi trabajo doctoral.

Agradezco su comprensión y colaboración.

Cordialmente,



Ángela Marcell Cruz Parra  
C.C. 52'904936

